





BIBLIOTECA NACIONAL

DE CHILE

Sección HEMEROTECA

Volúmenes de la obra.....

Ubicación 12 (529-8)

BIBLIOTECA NACIONAL



1090690

12(529) 33

144

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PARA TODOS

M. R.



N.º 85 (abril)

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

\$ 1. 20



Conquiste su derecho a ser bella usando un
LAPIZ DEL HAREM

M. R.



PARA TODOS M.R.

REVISTA QUINCENAL
AÑO IV NUM. 85
Santiago de Chile, 6 de enero de 1931
Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



LAS MUJERES

Por H. T. Wallace

Las mujeres que tanto preocupan al mundo, que son el tema obligado de sociólogos, psicólogos, científicos, poetas, hombres chiflados, hombres pacíficos y hombres de todas clases, son los seres más sencillos del Universo.

¡Que la mujer es la imagen de la perdición! Mentira... ¡Que la mujer es la frivolidad hecha carne! Pamplinas... ¡Que la mujer es la causa de toda discordia, es la causa de todo escándalo, la causa de todo lo malo que sucede en el mundo! Pataleos de gente ignorante...

¿Acaso las flores son motivo de ruina, de perdición y de tragedia? Y la mujer es una flor, nada más que eso, una flor. Solo hay que fijarse un poco y cada hombre al escoger su compañera puede saber de antemano qué clase de mujer le tocará en suerte, como puede saber qué clase de flor ha escogido.

Cada mujer está representada por una flor, ya sea exótica, ya sea humilde, ya sea silvestre o ya sea sencilla.

¿Quién no ha notado la diferencia entre un lirio y un clavel, entre los juncos y las rosas?... Eso son las mujeres: flores, nada más que flores, unas distintas de las otras.

¡Cómo es de hermosa y delicada la camelia y qué orgullosamente bella es la orquídea! ¡Qué suave el perfume de la violeta y qué penetrante el de las margaritas y claveles!

Hay flores tan livianas y delicadamente frágiles como los juncos y los clarines. Las hay tan puras como los nardos y tan espirituales como los lirios. Hay y poema en las violetas y ternura en los jazmines, hay belleza rústica y sana en las retamas...

La amapola es llamativa y luce bien sus

encendidos colores, cuando muere adormece; la flor de la manzanilla es insignificante, sin embargo da su vida para los enfermos.

Hay mujeres que nacieron hermosas, que nacieron sólo para eso, para ser hermosas, no se les puede pedir nada más; son de conservatorio y de cuidados refinados; lucen siempre, en vaso de cristal como en vaso de greda.

La alegría, la frivolidad, de algunas almas femeninas, son los coloridos variados de los claveles; la melancolía es propia de las lilas y pensamientos; el amor está en las rosas; y como hay tanta variedad de rosas, existe entre ellas toda la escala del amor; desde el apasionado y loco hasta el más sacrificado, desde el que vive del interés y del placer hasta el más sublime y espiritual.

Hay amapolas mujeres que atraen y adoran, hermosas cri-santemos, productos de estudios y de injertos, resultado de modernismos exagerados, mujeres que no tienen naturaleza, que lucen el colorido de una vida ficticia y engañosa.

Hay mujeres que pasan por el mundo escondidas haciendo el bien en silencio, sin bullicio, sin ostentación; son madres elvas, son las florecitas del campo, que crecen para curar, para restar heridas, para ser el remedio de muchachos.

Hay mujeres que son toda ternura; son jazmines; las hay que todo lo embellecen con su bondad; son geranios, no tienen perfume, no tienen hermosura delicada; pero creen en todas partes, alegran cualquier rincón, se cuidan solas se dan en todos los climas, a la orilla del mar como en la montaña.

El muguet es nostalgie, el (Continúa en la pág. 17)



UN HOMBRE DE HONOR

Por Rex Beach

El señor Arnault podía decir con sinceridad que venía del pueblo más antiguo de Nueva Orleans. Cuando en 1718 el señor de Bienville fundó la ciudad, un Etienne Arnault era uno de sus tenientes. Y por el lado materno Alcée también tenía orgullo de su ascendencia. Tanto que retó a duelo a un señor que se permitió confundir con otra persona a su abuela, muerta ya. Todo concluyó favorablemente; pero el incidente fué motivo de muchos comentarios.

—No hay por qué extrañarse —dijo un anciano del pueblo— los Arnault son de familia duelista y siempre han sido sumamente exagerados en materia de honor. Su padre se batío por una insignificancia; otro Arnault, sin razón alguna...

El padre de Alcée fué el primero de la familia que gastó más dinero que el que entraba y educó a sus hijos en lujo y comodidades; murió no dejando lo bastante para que sus hijos continuaran la vida comenzada. Alcée no tenía cabeza para los negocios, sin embargo habría podido vivir con frugalidad pero tranquilo, si no hubiera sido por su hermano Raúl. Raúl se metió en una especulación de aceites. Alcée descubrió el asunto, pagó las obligaciones del hermano y evitó un escándalo. Cuando Raúl protestó por el sacrificio hecho, Alcée dijo:

—Lo que se hace correctamente no está nunca mal hecho. Nosotros debemos al mundo sólo una deuda, y es conservar y defender el honor de nuestro nombre.

Jamás habló de lo sucedido a Raúl con nadie, excepto Delfina Marigny. Ella con Alcée habían crecido juntos y eran novios desde chicos; la fecha del matrimonio estaba fijada. Delfina tenía ya listo todo su «trousseau».

—¡Pobre Raúl! —exclamó ella, —qué hermano habría hecho menos de lo que tú hiciste.



—Eso quiere decir que nuestro matrimonio tendrá que aplazarse, —dijo Alcée. —Dadas las circunstancias, encuentro que es mi obligación devolverte tu palabra.

—¡Alcée! —dudas de mí... Somos jóvenes; eso sólo es cuestión de nuestro amor.

En realidad no sentía ella tanta valentía como parecía. Cada puntada que había hecho en su ropa, cada hebra bordada la había amarrado más a él, y ahora era como si todo se cortara.

—¡Querida mía!... —exclamó él. —Me das nuevo valor. Ten un poco de paciencia. Estas calamidades me han convertido en un hombre y no frascaré. Voy a trabajar duro. Paciencia y valor...

Este primer aplazamiento fué seguido de otros. Primero la muerte de Raúl, que murió dejando muchas deudas, las que Alcée pagó inmediatamente. Esto se llevó la vieja mansión de los Arnault, muy bonita casa y muy bien amueblada. Cuando Alcée de nuevo quiso deshacer su compromiso con Delfina, ella se negó.

—Jamás, mientras tú me ames! —Podríamos ser felices con tu hermano deshonrado?... No, no podríamos edificar nuestra dicha sobre su desgracia.

—Eres un ángel, —exclamó Alcée.

En sus ojos brillaba algo que dió miedo a Delfina; siempre que él la miraba así, ella temblaba, y sin embargo, deseaba estar en sus brazos y sentir sus besos; pero educada en la antigua tradición criolla, no se atrevía a expresar sus deseos.

Cuando Delfina por la segunda vez guardó su lindo vestido de novia en el fondo de su baúl, tenía los ojos llenos de lágrimas. El honor estaba muy bien, sin embargo... Alcée no era su único pretendiente; pero ella amaba a su novio.

Al fin él encontró una ocupación en un banco. Delfina, feliz, propuso casarse al momento, así podría ayudar a su marido cuidando la casa.

—Ten paciencia, —dijo él, —casándonos tendremos más gastos, y mi salario no es nada todavía; espera a que me asciendan, quiero poner el mundo a tus pies, y eso vendrá...

—Yo podría ayudarte, —gimió Delfina tristemente.

fortuna los empleaba en obras de caridad. Un soltero de costumbres irreprochables, soñó en la vida, no dejaba familia ni relaciones.

Alcée consideró justo asistir a su entierro, y para eso escobilló como mejor pudo su traje negro. Días después fué grande su sorpresa al recibir una carta invitándolo a estar presente para la lectura del testamento del señor Bland. (Sería posible que durante su trabajo en el banco hubiera cometido en un error estúpido y que el señor Bland hubiera guardado en reserva?... Era muy posible.

Aterrizado, oyó leer lo siguiente:

«En el nombre de Dios... amén. Yo, Holman Bland, de la ciudad de Nueva Orleans estado de Luisiana, dueño de mi

Alcée se afirmó en la silla: ¡200.000 dollars!...

—Sí, continuó el abogado, tenía sus modos especiales el señor Bland. Eso me recuerdo; hay una petición verbal que no está en el testamento.

Buscó en su libreta unos apuntes:

—Le pide él a Ud. que vaya a... y conozca a la señora St. Pierre.

—¿Sí?... —preguntó Alcée, —y qué?

—Eso es todo; no hay instrucciones. Le escribiré la dirección en caso que desee cumplir esa petición.

—Por supuesto; su menor deseo será una orden para mí.

—No hay apuro, mientras tanto si yo puedo ayudarlo...

—Ayúdeme, —gimió Alcée cerrando los ojos, —con un vaso de agua.

Era otro hombre cuando abandonó la oficina más tarde. Miraba a lo alto, sentía vigor y entusiasmo; sus piernas eran las de un muchacho que corre donde su novia.

—Delfina!... ¡Su estrella! Cómo la había martirizado; cómo iba a gozar ahora; esas palabras «en cuyo honor», esas palabras del hombre que era el comentario de toda la ciudad. El Alcée Arnault, ¿un fracaso?... Seguramente... Alegria, triunfo, eso para Delfina...



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

W. SMITHSON
BROADWEA

—Exacto, serás mi inspiración y mi estrella, como siempre. Ninguna muchacha hubiera podido insistir más.

Alcée no fué un éxito. El gerente, un señor Bland, excelente persona, probó su capacidad en una y otra cosa y al final lo llamó a su oficina, donde conversaron largamente. Se separaron como buenos amigos; pero convencido Alcée que no servía para ese trabajo. Delfina fué valiente; era una mujer entre millones. El muchacho ensayó una cosa y otra; pero no es fácil vivir hoy día para un Quijote. Alguien, al fin, tal vez el mismo gerente del banco, le consiguió un puesto en un museo de reliquias francesas.

Delfina se atrevió a decirle:

—Si puedo hacerte feliz, ¿por qué me niegas esa dicha?

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Pero lo que yo gano apenas da para un cuerpo y un alma. Tú eres para mí una mujer a quien no quiero convertir en esclava de la pobreza, sino la mujer que quiero convertir en una diosa. Te adoro... Algo vendrá para mejor, ten paciencia...

Otra vez Delfina arrodillada al lado del baúl lloró amargamente.

Holman Bland, el gerente del banco, murió repentinamente y Alcée se dió cuenta por los diarios qué hombre tan filántropo era y qué generoso. Mucho de su tiempo y de su

salud y memoria; pero inseguro de las vicisitudes de esta vida... —seguían algunos encargos sobre sus funerales, de caridad, etc.

El abogado tosió y continuó:

«Todo lo que queda de mi propiedad y de mi fortuna, lo dejo a mi amigo Alcée Arnault, en cuyo escrupuloso honor, carácter e integridad...»

Alcée no oyó el final, porque su cabeza bailaba. Esto era fantasía, ilusión o locura.

Algo más sobre el único heredero... voluntad... notario... testigos... Después de un rato los otros presentes se retiraron.

—Creo que hay una equivocación, —dijo Alcée. —El señor Bland y yo no éramos tan amigos. No tengo derecho.

—Es su voluntad, contestó el abogado. El total es más o menos 200.000 dollars. No hay equivocación, es suyo. Esas palabras «en cuyo escrupuloso honor, carácter y completa integridad tengo plena fe...» son sus palabras. Insistió en ponerlas, no sé por qué.

Qué momento aquel cuando golpeó a la puerta de los Marigny. Pasados los primeros transportes de júbilo, con la estupenda noticia. Alcée habló:

—Amada mía, he sido un enamorado fiel; pero tú has sido una santa. Ya no más penas; ahora la felicidad, somos ricos; no, más o menos, sino RICOS... Serás una reina; ahora un pequeño regalo.

Sacó de su bolsillo una cajita de joyería; era la primera joya que compraba.

—Señora, —continuó, dirigiéndose a la madre de su novia, —traga tres vasos para beber a la salud de la bella de Nueva Orleans!

—Oh, Alcée!, —gimió ella, —estoy marchita ya.

—Tu hermosura está fresca como una rosa. Tú eres la única mujer perfecta, la flor de tu sexo. Esta noche comermos fuera, ¿les parece?... Después un taxi y vamos al teatro, ¿quieres?...

Los días siguientes fueron como un sueño para Arnault.

(Continúa en la pág. 17)

E L B I E N

"PARA TODO S"

Cuando Fermín llegó a su casa, ya estaba abierto el portal. Tuvo una sonrisa de cinico humorismo:

—No dirás mi mujer que me retiro tarde: son las seis y media de la mañana... ¡Me parece que es bastante temprano!

Venia fatigado, la boca saburrosa, febles las piernas. En el espejo de un rellano se vió los ojos hundidos, el terroso color, la traza macilenta y desvaidada. Indudablemente es poco joya divertirse con exceso. Además, ya no tenía veinte años, ¡qué demonio! Ni treinta, por desgracia. Y, sin embargo...



No lo podía remediar. Eran hábitos de toda su vida, adquiridos en la primera juventud, estimulados más tarde por el ambiente en que se desarrollaba su existencia de escritor mimado por todos, con simpatías por doquier, que impidió dar tres pasos en la calle sin tropezar con algún amigo, que le animaba a pasar la noche en claro si él no se le hubiese ocurrido.

Y esto es lo que sucedió las dos noches precedentes. Sólo que, además, no pudo ir a comer a casa por apremios de tiempo.

Llevaba, pues, cuarenta y ocho horas sin aparecer por sus lares. Tendría que resignarse a sufrir alguna escena conyugal, realmente disculpable en este caso.

Introdujo con mucho cuidado la llave en la cerradura, bien engrasada por él para evitar chirridos inoportunos. Era harto desagradable despertar a Solita con su llegada. Cuando podía eludirlo metiéndose en el lecho silenciosamente; y si el próximo día se suscitaba la conversación nada más fácil que achacar al reloj la tardanza excesiva:

—Mujer te aseguro que no era más que la una y media...

Ya sabes que el reloj de mi despacho adelanta bastante...

¡Bah! No era Soledad ciertamente una mujer molesta.

Cuando a poco de casarse comenzaron sus correrías de noctámbulo incorregible, ella le esperaba despierta alarmañadísima:

—¡Dios mío, habrá ocurrido alguna desgracia!

No tardó en convencerte de que la desgracia le había ocurrido a ella uniéndose a un hombre que no tenía aptitudes para el matrimonio.

—Desengáñate hija mía — decía él disculpándose —; se nace buen marido como se nace poeta o músico; es un don natural como otro cualquiera. Nada de lo que yo hago es culpa mía.

—Si al menos hubiera tenido hijos! Y la pobre Soledad — por esta vez el nombre no contradecía la condición — pasaba los días y las noches sola, conformándose con llorar su abandono.

Esto de los llantos crispaba los nervios de Fermín.

—¡Vamos! ¡Ya estás haciendo agua de limón! Pues me voy, a ver si se te ha pasado cuando vuelva.

Acabó ella por sorber las lágrimas, habituándose a su triste vida, que tenía leves compensaciones cuando, de tarde en tarde, la llevaba una noche al teatro o a comer en un restaurante de lujo. ¡Qué alegría la de Solita en estos casos! ¡Y qué pena al día siguiente, pensando que habrían de transcurrir meses y meses antes de que el gratísimo lance se repitiera!

El muy truhán, conocedor del remedio infalible para mitigar el efecto de sus abusos, pensaba mientras abría la puerta:

P E R D I D O

resultaba más anónima todavía. El texto era breve. De una ojeada lo leyó: «Haces mal abandonando a tu mujer. Mientras te diviertes, ella se desquita».

Nada más. Era suficiente, por supuesto. Quedó un rato pensativo. Aquello no parecía verosímil. Más aun: ni siquiera posible. Es decir... Imposible no hay nada en el mundo. La soberbia masculina no tiene límites. ¡Por qué no reconocer que había abusado de la mansedumbre de Solita? Los versos de una décima campoamoriana viniéronle a las mientes:

Faltó la mujer al cabo,
harta de tanto desdén...

¡Demonio, demonio, demonio!... Un sudor frío le invadió la frente. ¡Tendría que ver!... Sabiendo a Soledad siempre humilde, sufrida, resignada, jamás había pensado en semejante contingencia. Se asomó a la estancia de su mujer. La tenue luz de la lámpara vedadora era más que suficiente para ver, hasta en sus menores detalles, el rostro de la bella durmiente, no obscurcendo ni por la sombra más leve de inquietud. Así dormía Desdémona cuando la despertó trágicamente el moro veneciano. Pero Desdémona era inocente... ¿Y Solita?... A juzgar por la placidez de su semblante, también. Un sueño culpable no puede ser tan tranquilo, tan reposado como era el suyo. Otros versos de feroz escepticismo acudieronle a la memoria:

La que más santa pa-
[rece
res porque engaña me-
[jor.

Reaccionó. Era un imbécil. Bueno fuera que se dejase preocupar por la gracia de cualquier amigo envidiioso o compañero despechado. Un anónimo es siempre despreciable. Lo rompió en pequeños fragmentos, arrojándolos por la ventana. Luego se acostó. El excesivo cansancio le hizo tardar en dormirse.

—De seguro, mañana he olvidado este lance molesto...

Pero no fué así. Al despertar, a las tres de la tarde, en ese arqueo espiritual con que acogemos el nuevo día, rememorando el sedimento grato o adverso que nos dejó el precedente, lo primero que hubo de asaltarte fué el recuerdo del anónimo:

—Decididamente soy un imbécil.

Vistióse presuroso y buscó a Solita, que bordaba en el gabinete. Lo mejor era no aludir a su ausencia prolongada. Muy calmado exclamó:

—Oye, Sola, esta noche te llevo a cenar por ahí. Luego iremos al teatro, siquieres.

Solita alzó los ojos de la labor, fijándolos en su marido. No había en ellos el menor reproche, pero tampoco el más leve entusiasmo por la noticia.

—Lo siento, chico; pero ya no es posible.

La última no llevaba firma ni fecha. Escrita a máquina,

—¿Esta noche?... Es el santo de Filomena, la del segundo, y he quedado en pasar la tarde y cenar con ella, creyendo que tampoco vendrías hoy... Dejémoslo para otra vez, si te parece.

—Como quieras. Creí que te agradaría.

¡Demonio, demonio, demonio! Aquello era muy extraño. Indiferencia, casi repulsión... Era preciso vigilar.

Vigiló, sin obtener datos concuyentes. Soledad salía y entraba mucho. Tenía amigas cuya existencia ignoró Fermín hasta entonces. Ya no hacía «agua de limón», aunque él faltase de casa tres días seguidos. Un nuevo anónimo vino a trastornarle más y más: «Decididamente, eres miópe. En tus mismas narices ocurren cosas estupendas. ¡O será que no hay veor sordo que el que no quiere oír? No te creía tan... tranquillo hombre».

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

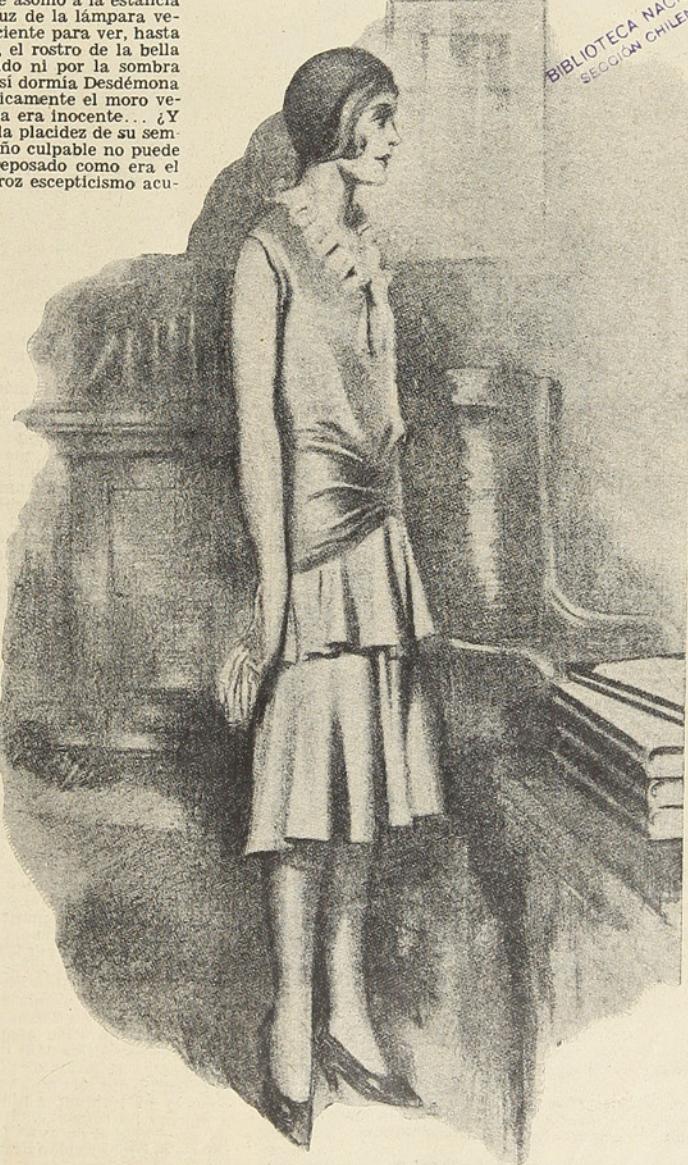
No bastaba la vigilancia somera que veía ejerciendo. Había que espiarla concienzudamente. Venciendo la repugnancia que esto hubo de producirle, se decidió a seguirla. Pero, poco hábil y ella, sin duda, sobre aviso, perdió su rastro en el pliegue de carruajes y peatones. Muchas veces, en los interminables ratos de espera tras una esquina, en un portal o en el interior de un coche, con las cortinas echadas, reconoció su error abandonando a una mujer como Soledad, aún joven y linda, conquistada por el comansiá feroces, venciendo obstáculos de toda especie para hacerla suya. Y después, tontamente, sin que lo disculpare una pasión irresistible hacia otra, aquel perenne encogimiento de hombros en que los encantos de Sola se marchitaban día tras día, viéndole indiferente, casi hostil a su cariño. ¿Tenía algo de extraño, después de todo, que otro se fijase en lo que él despreciaba?

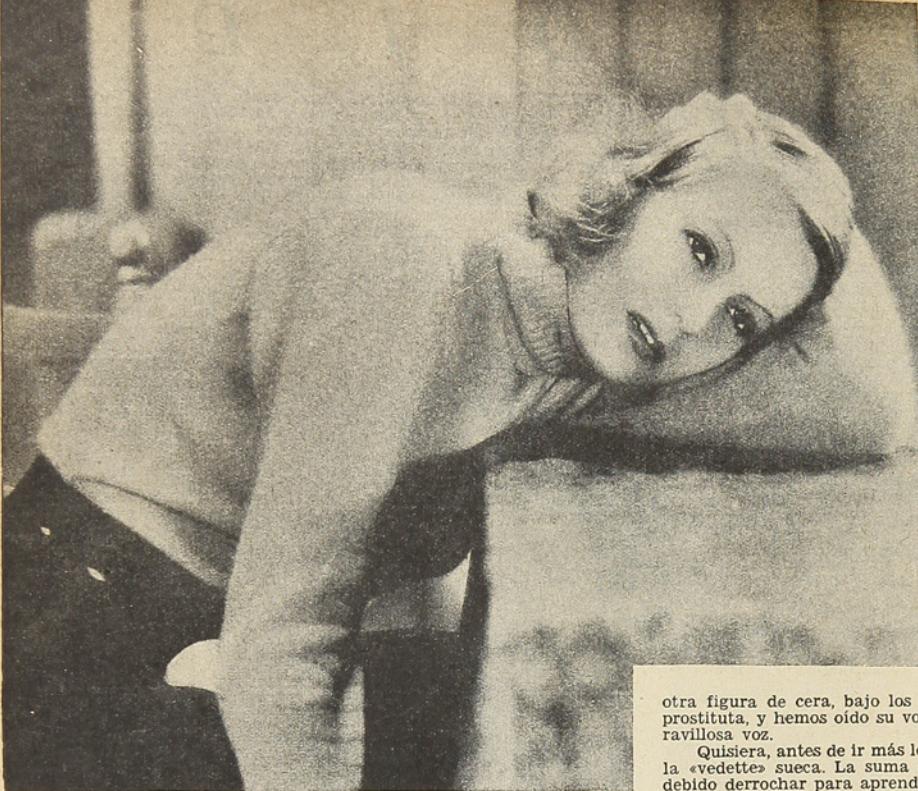
Porque ahora reconocía que Soledad estaba sobradamente en condiciones de inspirar una pasión. Bastante más joven que él, aunque había pasado la primera juventud, escasamente rebasaba la treintena. Era una hermosa matrona de no excesivas exuberancias, ojos bellísimos e irreprochables facciones. ¡Cuánto mejor que otras muchas que le deleitaron un momento!

Sólo que ya era tarde para todo. El alma de Otelo resurgía en él, que tantas veces se rió de los arrestos calderonianos.

—¡Oh! ¡Cómo se convenció de que eran fundadas las anónimas!

(Continúa en la pág.





¡En Fin, La voz de Greta Garbo!

Los films envejecen más ligero que las buenas intenciones. Y aunque Anna Christie no sea una novedad, la publicidad hecha en torno de esta obra, el nombre de Greta Garbo y el de Clarence Brown, nos obliga a someternos a este espectáculo. En el cine de Mme. Tussaud, Greta Garbo se nos aparece, como

otra figura de cera, bajo los rasgos de una abatida prostituta, y hemos oido su voz, esa famosa, esa maravillosa voz.

Quisiera, antes de ir más lejos, rendir homenaje a la «vedette» sueca. La suma de trabajo que ella ha debido derrochar para aprender la lengua inglesa en cuatro años, hasta el punto de perder casi, toda señal de acento escandinavo, me colma de sorpresa y admiración. En seguida, con la poca experiencia teatral que ella poseía es perfectamente notorio, el haber en Anna Christie, dado prueba de dotes oratorias, que no habrían estado mal en la Comedia Francesa. Es una excelente actriz para dramas románticos, y estoy seguro que debe decir los versos muy lindamente. La voz de Greta Garbo me hace explicar el nombre de sirena que algunos le han dado, porque se parece, en efecto, al llamado commodev de los barcos perdidos. Damia, en momentos más realistas, es más soprano que ella. Esto unido al diálogo extremadamente crudo de M. O'Neil junto con ciertas escenas, da a toda la pieza un «catchet dockers», que no es desagradable. Para un «habitué» del cinema que no conozca o casi no conozca el teatro, Anna Christie tiene el sabor a nuevo.

Muy conocido el asunto: Old Christie, viejo lobo de mar sueco, recibe una carta de su hija Anna, anuncíandole su próxima llegada. Christie cree a su hija una joven muy bien, y se desembaraza, en previsión de esta llegada, de sus costumbres de ebrio y de su compañera, una consuetudinaria del alcohol. Anna llega. Ella está enferma, alcohólica y sale de una casa de prostitución. Pero ella no ha dicho nada y su padre se la lleva consigo a la barca.

En un viejo film de Marcel L'Herbier, un subtítulo nos enseñaba que el personaje principal había sido santificado por el mar salvaje. Es lo que pasa con Anna. Nada de sorprendente hasta que un naufragio irlandés es recogido por Christie y quiere casarse con Anna. Pero Anna no puede casarse a causa de su pasado que revela. Ofuscados por esta confesión, los dos hombres van a embriagarse y Anna se apresta a hacer lo mismo y a volver a su antiguo oficio, cuando los dos retornan. Por azar, los dos se enrolan en el mismo barco. Héles aquí ligados, y por otra parte, el irlandés ha reflexionado. Si Anna puede jurar sobre el Crucifijo que ella no ha amado nunca, en el sentido elevado del término, a ninguno de los otros hombres a quienes ha conocido, él se casará con ella, a pesar de su iniquidad de ayer. Anna jura. Y mientras que los dos marineros hablan de «el diablo de mar que llevan en la sangre», Anna regenerada, esperará su retorno al rincón del hogar.

Este asunto, que está lejos de ser cinematográfico,



inspiró, sin embargo, a Tomás Duce cuando él lo representó en 1922, notables imágenes. La atmósfera de Docks, de mareas que saben a gins, está muy bien sentida. Dos decorados solamente y muy poco variados: un bar y la cabina de un barco. Y sólo dos momentos en que nos parece que aquello es cinema: una incursión al Luna Park y la escena en que detrás de Greta Garbo, afirmada sobre el puente, se desenrola el panorama de Brooklyn.

Errariamos si buscáramos en la pieza de teatro «Anna Christie», fotografiada bajo la dirección de Clarence Brown, las cualidades del «metteur en scène» de «La Mujer de 40 Años» y «El Demónio y la Carne». Mas nos vale juzgar este esfuerzo únicamente por el oido, siendo como es nulo el campo visual. Nos hace falta decir, como Greta Garbo ha cogido todos los efectos de un gran teatro. Cierta gesto que ella repite siempre: cogérse a la italiana la cabeza con ambas manos, prueba que ella puede mover un lado de su talento que nosotros ignorábamos. George Marion habla con un acento sueco divertido, pero sobre un tono bien monocorde, sobre todo en los pasajes filosóficos. Cuando Charles Bickford habló el texto nos pareció mejor, porque no comprendíamos sino una palabra en veinte. María Dressler hace la vieja desvergonzada y buena en el fondo, con una fantasía y un humor notables. Tal es este primer «talkie» de Clarence Brown, que encontrando la palabra, parece haber perdido la voz.

ROMANCE

Romance no es un romance sin palabras. Es el segundo «talkie» de Clarence Brown, también interpretado por Greta Garbo. Que la América haya hecho de esta timida y fría escandinava, contratada por darle gusto a Mauritz Stiller, con el flaco sueldo de 250 dollars semanales, un mito en que el mundo entero ve una «vamp» de talento es uno de los más grandes triunfos de la publicidad. Pero se perdoná a la Garbo el que no sea sino una entidad movida en todas y cada una de sus piezas, por la ingeniosidad de Hollywood, a causa de lo profundamente que parece ella aburrirse en todos sus films y del esfuerzo que hace por aprenderlos, de tal manera que acaba por obligarnos a simpatizar con ella. En «Romance», la vemos convertida en diva, y representa el rol de una célebre actriz italiana, mimada, adulada y sentimental. Tiene un amigo, un protector, un hombre muy simpático, pero un día, ella encuentra un muchacho, y se enamora de él, un verdadero amor, al claro de la luna. Pero, naturalmente, el padre interviene, y ella debe renunciar al que ama, porque un hijo de familia «no puede mantener relaciones con una actriz». Claro que esto ocurría en los tiempos de antes... Con el corazón destrozado, ella partirá para la orilla del mar, donde su protector, muy bueno, pero muy aburrido organizará pequeñas comidas íntimas. Se parece, en fin, furiosamente a «La Dama de las Camelias». Es extraordinario anotar cuántas obras en todos los dominios del arte, se hallan saturados de la influencia de este libro, el más pueril y falso que se haya escrito jamás. Las Margaritas Gautier son legión. En el cinema, sin contar los dos films tomados directamente de la obra de Alejandro Dumas (hijo), uno en 1923, de Natacha Ranova con Nazimova y Valentino, y el otro en 1927, por Fred Niblo, el que fué salvado por la inefable presencia de

(Continúa en la pág. 19)



Faltaban ocho días para su mayoría de edad, y ya habían llegado sus tres hermanos. Ulrico, el guerrero, alto y fuerte, con la mejilla izquierda atravesada por una cicatriz que le hiciera la lanza de un enemigo y la mirada aguda y fría como un puñal. Y con él su escudero, y hasta una docena de servidores, que, por las mañanas limpianaban las armas en el patio del castillo y las blandían al sol, que las llenaba de luz, en un combate imaginario, mientras tarareaban la canción de la victoria que solían entonar al terminar una batalla, ganada siempre. Segismundo, dueño de incalculables riquezas, de vastísimos territorios, que un caballo, ligero como el viento, tardaría en recorrer años enteros; flaco y encorvado, con sus ojos turbios, que hacían recordar el agua muerta de un estanque removida hasta el fondo un momento antes, y las manos, afiladas y pálidas, que él frotaba con suavidad casi constantemente. Y sus criados, numerosos y gigantescos, etiopes en su mayoría, que deslizaban sin ruido por las inmensas naves, obedientes como perros a un gesto de su señor, impasibles y mudos entre el bullicio de los soldados. Y, por último, Brunilda, Reina de un país lejano, con una corte interminable de doncellas y pajés, que, al anochecer, corrían alocados por el bosque de abedules que se extendía rumoroso detrás del castillo, llenándolo de risas, de danzas y juegos...

Todos estaban ya, y el corazón de Arnaldo no cabía en sí de gozo. Porque a la alegría de tenerlos tan cerca se unía el pensamiento de que pronto cumpliría veintiún años y entraría en posesión de su patrimonio y de su libre albedrio. Esto, sobre todo, le enajenaba. Pensar que no tendría que obedecer las órdenes de su viejo preceptor, que lo había sido también de sus hermanos, le llenaba de dicha. Poder galopar a placer por las inmensas llanuras de su condado, risueñas y claras, cegado por el sol, aliviadas sus sienes con el aire fresco que bajaba de las lejanas montañas, tendida al viento su capa azul, que tremolaba inquieta como una llama viva de ilusión para luego descansar en algún ribazo, apagando la sed en el agua transparente de los arroyuelos, poseido de esa dulce somnolencia que da el cansancio... O vagar por el bosquecillo de abedules, dando rienda suelta a la imaginación, que poblabía su frente de imágenes confusas y deliciosas a la vez y le dejaban, después, un rastro de tristeza, suave como una caricia... Y bajar al valle, donde se agrupaba el pueblecito humilde que llevaba su nombre, para escuchar a los meciéanos relatos guerreros de otros tiempos, llenos de la melancolía que acompaña siempre a los recuerdos, aun a los más felices; comovido involuntariamente cuando a ellos se unía el de algún amor infortunado; o jugar con los mozos de su edad, que le miraban intimidados, no atreviendo a acercárselas, y a los cuales abrazaba con cariño para animarles, turbado si, de pronto, divisaba el rostro juvenil de alguna muchacha contemplándole atenta...

Para mejor soñar en la dicha que le esperaba, se había tendido al pie de un abedul, cuyas ramas proyectaban grisísimas sombras y a través de las cuales veía pequeños trocitos de cielo, de un azul inmaculado. Al principio el pensamiento volaba, sin cesar, de un punto a otro, revisando someramente



Emilio Ferrer

tan inefable y tan íntima, que soñó quiméricamente alargarse el momento indefinidamente... Pero, de pronto, el encanto se deshizo: su viejo preceptor, a respetuosa distancia, le anunciable que sus hermanos, reunidos en la sala de armas, solicitaban su presencia.

El disgusto de haber sido arrancado de sus ensueños cedió el paso a la extrañeza que le produjo la noticia. ¿Cómo? Se habían abierto, por fin, las puertas infranqueables? No salía de su asombro. Se puso en pie de un salto y siguió al preceptor con la presteza alegre que da la dicha, casi desvanecido el recuerdo de la embriaguez gustada.

Al llegar se detuvo en el dintel de la puerta, gratamente sorprendido. Era una habitación grande, cuadrada y mezcladas con trofeos de guerra se veían cotas, escudos, cascos, toda clase de armas, en artístico desorden. Por las ventanas abiertas, estrechas y altas, penetraban, como sonrisas de luz, vivos rayos de sol y unos soplos de aire tan tibios y perfumados, que la cara del mozo se aclaró en una sonrisa. Y pensar que durante tantos años se había figurado aquel aposento como algo temeroso y horribil... Volvió a sonreír... Pero se borró de su rostro la expresión placentera al mirar a sus hermanos, que, sentados en torno a una mesa, le contemplaban fijamente. Iban vestidos con gran riqueza, y mostraban tal gravedad en los semblantes, que Arnaldo se sobrecogió.

—¿Qué sucede? —Por qué me habéis llamado? —preguntó inquieto.

Los tres guardaron silencio.

—Entra y sientate —dijo, por fin, Ulrico.

El muchacho obedeció temblando.

—Te hemos llamado —empezó diciendo — porque tenemos que decirte algo muy importante... No te inquietes; no es nada malo. Verás, voy a explicarte — se detuvo un instante, como para precisar las ideas, y añadió —: Hace muchos años, siglos tal vez, un hombre que volvía a su choza, situada en lo alto de un monte, vió, al atravesar un bosque, que un tigre lamía las heridas de un anciano caído en tierra, que, presa del miedo más intenso, no se atrevía a moverse por

(Continúa en la pág. 19)

las venturas prometidas, como abeja que sale al campo y no liba en ninguna flor, porque todas son igualmente bellas y gira, indecisa, de un lado a otro, borracha de sol; estremeciéndose de placer cuando la idea de la felicidad se hacía palpable y real en el fondo de su pecho; pero, poco a poco, fué nublándose su mente, plegando los pensamientos sus alas irisadas, entornándose sus párpados, sedosos y tercos como los de un niño. Pero no dormía; sentía el golpear ritmico de su corazón, la caricia del aire al penetrar por sus labios entreabiertos, el aroma a voluptuoso que brotaba de la tierra entera y le envolvía como un cendal suavísimo; se daba cuenta de que todo el bosque estaba en calma, en un silencio absoluto, cuya voz, apenas perceptible, era el susurro del viento, roto a veces por los trinos armoniosos de un ruiseñor lejano, en una penumbra misteriosa, rasgada a trechos por jirones de luz dorada y tibia, que se filtraba por las hojas puntiagudas y dentadas de los abedules... Aquella quietud en torno y dentro de él le producía una laxitud tan dulce, una sensación

Grano de Mirra

La mano de tu amor, preso me toma,
y entre nardos y rosas me encarcela...
Al verte, mi mirar se aterciopela,
y mi voz, al hablarte, tiene aroma...
Tu sonrisa infantil mi orgullo doma,
y humilde a tu regazo el alma vuela,
¡como un tigre rendido a una gacela
o un milano entregado a una paloma!
Olvido por tus rosas mis laureles,
y mis ansias de gloria por espuma...
¡Estérilmente nuestras horas pasan!
¡Y entre tus manos bellas y crueles
mi vida entera es mirra que perfuma
a las lenguas de fuego que la abrasan!

FRANCISCO VILLAESPESA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL JARDIN DE LOS POETAS

DE
LOS

POETAS

Sueño de Amor

He tenido un bello sueño...
un bello sueño de amor;
soñé que eras tú rosal
y yo del rosal la flor.
Y fueron tus verdes hojas
por un milagro creciendo
y con ternura infinita
mis pétalos envolviendo;
de pronto quedé guardada
en sedoso relicario,
y tuve, mi buen amigo,
tu corazón por santuario.
¡Oh!, magia del dulce sueno...
del dulce sueño de amor...
en que fuiste tú rosal
y yo del rosal la flor.

MARIA ESTER

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

T E Q U I E R O . . .

Yo te quiero! ... Quizás tú no lo sabes,
pero me sobra con saberlo yo.
Cariños como el mío es imposible
hallar en todos los del mundo dos.

Es un cariño que no tiene nombre
y no puedo encontrarle su expresión;
es un amor azul que en mi conciencia
no tiene "pero" ni tampoco "por".

No estoy ardido del divino fuego,
que ya no tiene llamas mi pasión:
me queda la verdad de la ceniza
como después del sol el arrebol.

BIBLIOTECA NACIONAL

Y como dijo Bécquer en las rimas
hechas con sangre de su corazón,
cuando me miras y te miro, siento
la misma fuerza de ¡creer en Dios!

Un júbilo auroral viene en tu risa
y suplicia el silencio de mi amor;
es la crueldad del viento cuando irrumpre
con ruido mundanal en la prisión!

Yo me quedo mirando cuando pasas
como arrebata tu belleza en flor;
y esa alegría que al pasar enciende
¡es la tristeza de mi corazón!

GUILLERMO AUSTRIA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

A una Rosa

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda, puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparsa la naciente rosa;
mas si el ardiente sol, lumbre enojosa
vibra del can en llamas encendido
el dulce aroma y el color perdido
sus hojas lleva el aura presurosa.
Así brilló un momento mi ventura
en alas del amor, y hermosa nube
fingí tal vez de gloria y alegría.
Mas ¡ay! que el bien trocéo en amargura
y deshojada por los aires sube
la dulce flor de la esperanza mia.

JOSE DE ESPRONCEDA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Silencio

Entré pausado y la besé dormida...
En el sillón de rústica madera
reclinéme; a través de la vidriera
penetraba la luz entrustecida.
¡Qué noche tan feliz! Ella, tendida
en el lecho nupcial, a la manera
de un pedazo de nieve que tuviera
el hálito fragante de la vida.
Dieron las doce en la vecina estancia;
flotaba en el ambiente una fragancia
como de lilas y de rosas muertas...
Y yo muy cerca de su blando lecho,
murmuraba, las manos en el pecho:
¡No latas, corazón, que la despiertas!

Adolfo MARTA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

A D I Q S

Fué furtiva la mirada
de la despedida.
Sin decirnos nada
quedó sin alas el sueño de mi vida.
Hoy estoy lejos como el mar del cielo,

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

¡si es que el cielo y el mar están tan lejos!
Entre nosotros se extendió el mañana.
Somos dos almas con las mismas alas
¡pero en distintos vuelos!

GUILLERMO AUSTRIA



¿Se casa Greta Garbo con un Príncipe?

Greta Garbo tiene los ojos luminosos, claros, como un amanecer de estío. Su tez es blanca, nacarada, tersa, delicada, como la carne de los nardos. La línea de su cuerpo se quiebra en esguinces felinos de una sensualidad enfermiza. Los trazos correctos que dibujan la herida en gules de sus labios finos, son de una atracción a tormentadora. Se nota en todas las características esenciales de su ser, nieve y fogada: nada más semejante a su temperamento que el volcán, al parecer inofensivo, coronado en su cresta de arminios imponentes y encendido en su entraña por fuegos eternos.

Sin embargo, ambos esconden su incendio en el corazón, sin dejar descubrir más que sus llamaradas voraces.

Los que la conocen a través de su producción cinematográfica se sentirían defraudados al contemplarla erguida en una roca a la orilla del mar, contemplando los horizontes lejanos con unos ojos cargados de tempestad. Nada en ella hace adivinar a la mujer fatal. Son serenos sus ademanes; humildes sus ojos; de una impecable corrección sus vestiduras; franca su sonrisa pálida, y humilde su gesto acogedor.

Vive alejada del fausto de esa corte que en Hollywood tiene por reinas a la moda y la despreocupación y aunque con ella se cuenta en toda fiesta, y muchos intentaron arrastrarla a los alegres fondos de la brillante ciudad, ninguno logró, de la hermosa mujercita, aceptación para una sola noche de esa loca alegría. Las blancas palomas incitantes que se

posaron en sus manos, llevando colgado en el pico rosado al diabillo de la tentación, fueron despedazadas con un gesto de absurda crueldad por las manos que quisieron acariciar su plumón mullido.

El "Majestic" cruza el Atlántico con velocidad, dejando en el mar una estela luminosa en la que los delfines se recrean persiguiéndose, juguetones. El cielo cobalto se desgarra con el humo negro con que las chimeneas del gran paquebot abofetean su azul purísimo. Atardecer cercano al ecuador. El sol es brasa en el horizonte sangriento en el que comienzan a llamear los primeros carmines. La música de la orquesta quiebra sus ritmos en bárbaras melodías exóticas. En un rincón de la cubierta dos jóvenes conversan. Nada de lo que les rodea existe para ellos. Su mundo se reduce en los límites de un solo corazón. El es nada menos que el príncipe Sigvard de Suecia, hijo segundo del rey Gustavo. Ella nada más que la célebre "vamp" de los estudios de la Metro conocida por Greta Garbo. (Hemos de advertir que Greta es más bella en la realidad que en la pantalla).

Este día que acaba sobre la pareja enamorada ha sido para ellos igual que ayer; pero no será igual que mañana, porque al día siguiente del que nos ocupa, el gran transatlánti-



tico habrá rendido viaje en el puerto colosal que parece guardar la Libertad alumbrando al mundo...

¡La última noche de los enamorados a bordo del buque parecía creada para el amor! A la huida del sol, siguieron las primeras estrellas y la noche y el cielo sirvieron de tabernáculo al primer beso de Greta Garbo. Hemos dicho el primero, porque los que conocen nuestros lectores son falsos, y la mala moneda en las cuentas de amor no se toma.

Desde aquel día sellaron sus espousales Greta y el príncipe, en el maravilloso templo que tachonaban las estrellas, encendía la luna y decoraba el mar, y ante un único testigo: un viejo lobo de mar que, sonriente, se acercó al capitán, y, señalándole a la pareja, puso en el silencio de la noche el grito aterrador de "¡Hombre al agua!" que fué a caer en la noche seguido de una carcajada y un suspiro...

Pero los hijos de los reyes no pueden jugar con el amor, y pronto el rey Gustavo de Suecia, enterado de que su vastago

se dejara arrastrar por un romántico impulso, rompió el idilio con una orden de retorno que el príncipe hubo de acatar.

Nadie ha logrado saber lo que entre el padre y el hijo ocurriría en la primera entrevista; pero lo cierto es que el príncipe Sigvard rompió sus relaciones con la actriz, y los que dieron por hecho su matrimonio hubieron de limitarse a compadecer a Greta que, a partir de aquel entonces, se hizo más retraída y amante de la soledad.

Y volvieron para ella los largos paseos solitarios. Se hicieron más profundos los círculos morados de sus ojeras. Exacerbióse su sensibilidad y, según indiscreciones de su doncella, la sorprendieron los albores de muchas auroras desvelada y pensativa, releyendo las cartas de amor del príncipe lejano...

Es en esta época cuando el amor a los niños se exalta en el espíritu de la enamorada, cuando puede estrechar entre sus brazos la cabellera rizada de un angelote rubio. Si su amor no hubiera sido roto por la rigidez protocolaria, tal vez sobre su vida triunfara la sonrisa de otra vida nueva que iluminase su existencia con albores de bendición.

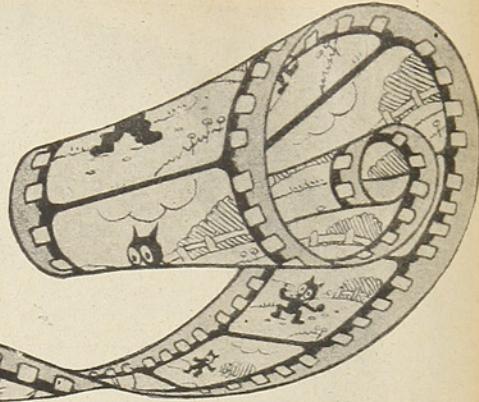
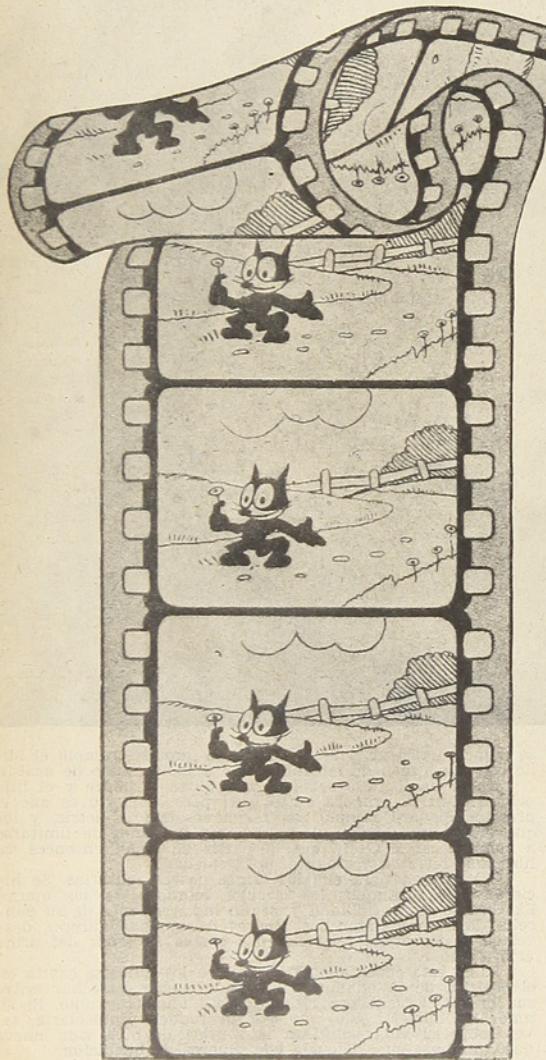
(Continúa en la página 14).

"LE SANCY"

\$ 2.00

DENTÍFRICO: Purifica y perfuma el aliento... refresca la cavidad bucal...
Dr. MAI, Químico-Jefe-Superior del Gobierno Alemán.

Cómo se hace una película de dibujos sonora



cima de un tablero de dibujo. La preparación de una sola película exige la colaboración de veinticinco delineantes especializados en este género de trabajo, a los que se da el nombre de «calcadores».

Estos calcos de celuloide son los que emplean los fotógrafos para hacer la película de movimiento, a la que acompañan las melodías de una orquesta de veinticinco músicos, más los ruidos imitativos que con oportunidad introducen en ella los operarios encargados de esta sección.

Los fotógrafos, provistos de una cámara especial, retratan una por una las hojas de celuloide, de modo que al rodar el metraje, produce la ilusión óptica del movimiento, pues la vista se engaña, ante la vertiginosa rapidez con que las imágenes cambian. De lo expuesto se desprende que se necesita combinar la pericia y habilidad de un centenar de profesionales para producir uno de esos entretenidos films. Es decir que la preparación de una película sonora necesita un personal triplemente numeroso, así como también tres veces más tiempo del que requiere una cinta muda para ser filmada.

No creemos exagerado comparar estos nuevos dibujos sonoros con las antiguas funciones de automatas, en la cantidad de personajes inanimados y animales que ocupan el escenario, cantando, riendo, suspirando, comiendo, bebiendo y sosteniendo de mil modos el interés del auditorio.

Entonces, para ver cómo funcionaba el mecanismo que hacia mover los muñecos, era preciso entrar dentro del escenario.

Hoy también, hay que ponerse entre bastidores para observar cómo se combinan las invisibles fuerzas humanas para producir ese modernísimo espectáculo que se llama película dibujada sonora.

El público que presencia una de estas cintas no ve ninguna señal de actividad humana, y sin embargo, todo ello es producto de la armoniosa colaboración de un centenar de actores.

Surge una idea, que se desarrolla en forma de argumento. Este primer paso da lugar a que en un estudio, situado en un neoyorkino rascacielos, se congreguen unos quince delineantes instalados ante sus tableros, y tracen rápidamente diseños sobre hojas de papel vitela. Dibujan brazos, piernas, rostros cómicos, animales, aldeas y otra multitud de cosas, que al parecer no guardan entre sí relación alguna. Están interpretando las ideas de los autores. Durante varios días menudean las conferencias entre los artistas, el director de orquesta y los maestros de canto y baile.

Se trata de que la cinta se desarrolle matemáticamente igual a la música. El baile no ha de ser una confusión de brincos y piruetas, sino una serie de pasos definidos y acompañados. y las situaciones cómicas deben ser subrayadas por la música.

Después de haber sido completados y aprobados muchos miles de dibujos al lápiz, pasan éstos a manos de los delineantes, que los calcán, como ya hemos dicho, sobre hojas de celuloide. Terminados los dibujos, se encarga de ellos el supervisor, a quien compete numerarlos y escoger los que juz-

Para reproducir en el cine sonoro una sola película de dibujos, se necesitan de diez a veinte mil dibujos al lápiz, incluyendo los duplicados que no son completamente exactos, y que un grupo de quince delineantes trazan sobre hojas sueltas de papel vitela. Estas son lo que pudiéramos llamar la base de la futura película. A este trabajo, ya de por sí muy copioso, hay que añadir otro no menos prolífico. Cada una de estas hojas debe ser calcada sobre otra de celuloide exactamente del mismo tamaño, y al efecto, se sujetan ambas en-

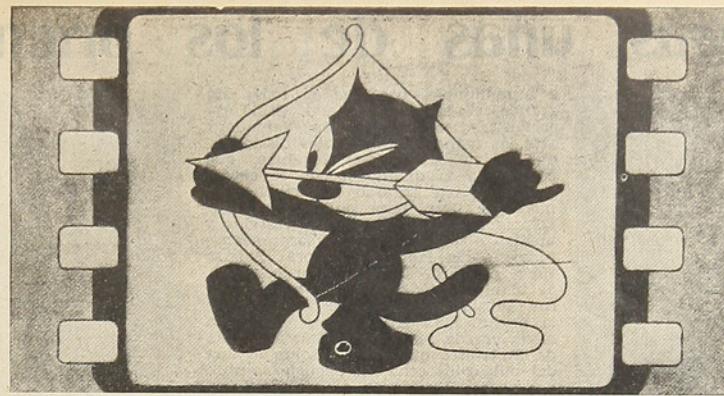
que necesarios para el conveniente desarrollo de la acción, por medio de las exposiciones fotográficas.

Las cámaras cinematográficas corrientes reproducen dieciséis pruebas por segundo, pero las que se emplean para retratar las películas dibujadas sonoras están dispuestas de modo que sólo toman una prueba a cada vuelta del manubrio.

Estas cámaras tienen la especialidad de que el operador no tiene más que tocar un pedal para que gire automáticamente el manubrio, haciendo una exposición.

El número de hojas de celuloide que se entrega a los fotógrafos fluctúa entre diez y veinte mil.

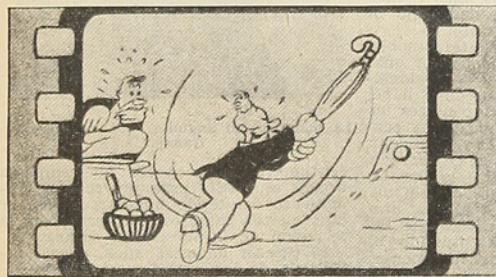
Bajo el objetivo de la cámara, la cual está en sentido vertical, se coloca un fondo, y entre éste y aquél se ponen las hojas de celuloide, sujetándolas con dos clavijas unidas a la



y la imagen, y una vez que ésta esté completa, se fotografía. Para demostrar cómo el gato dispara la flecha, se hacen varios dibujos, que sobreponen, y por medio de leves variaciones, indican las fases de progresivo movimiento, necesarias para colocar la flecha en el arco y dispararla. El siguiente paso nos lleva a la sincronización de la fotografiada película. Trasladémonos con ese objeto a un estudio sonoro. Allí encontramos una pantalla para las proyectadas y guarde perfecto compás con los movimientos y los que se sientan de espaldas a aquella y de frente a su director. A poca distancia de la orquesta vemos una larga mesa cubierta de instrumentos desconocidos y objetos extraños. Los tres hombres que se hallan detrás de aquella, son los encargados de producir, con el singular arsenal, los ruidos imitativos en los oportunos momentos.

A una señal del director de escena, se apagan las luces y empieza la proyección de la flamante película. Al aparecer el título, el maestro levanta la batuta y dirige la música, cuidando que ésta se adapte con exactitud a las imágenes proyectadas y guarde perfecto compás con los movimientos y bailes de los personajes, tal y como quedó convenido en las conferencias preliminares.

Los encargados de producir «los efectos», van siguiendo con mirada atenta las señales que indican los momentos en que su cooperación es necesaria. Por cinco veces se repite la película, con música y efectos, antes de hacer el ejemplar definitivo, para que recorra las pantallas del mundo entero.



mesa de la cámara. Esta se sitúa por encima del fotógrafo, enfocando de arriba abajo los dibujos expuestos sobre la mesa. Frente a él cuelga una pizarra con las indicaciones de las hojas que se han de poner juntas para completar un cuadro. Tomemos, por ejemplo, la escena en que el «gato» Félix dispara una flecha, emulando al valiente «Robin de los Bosques». En la hoja fija que sirve de fondo, se dibuja la selva de Sherwood.

UN AROMA

de pureza perfecta y exquisita es la característica de los productos

KALODERMA

Conocidos desde muchos años en todos los países del mundo gozan, entre los preparados para el cuidado y la belleza del cuerpo, de una particular reputación entre las personas que prefieren una calidad excelente a los caprichos pasajeros de la moda.



F. WOLFF & SOHN
KÄLSRUHE / ALEMANIA



Las largas uñas de los orientales



Un aristócrata chino, que no se ha cortado las uñas hace muchos años

Las uñas son distintas según las razas humanas, la edad y el sexo del individuo. Destinadas a preservar los órganos del tacto, son ordinariamente más pequeñas y más finas en la mujer que en el hombre, debido a las menores proporciones de las manos y de los pies. Pero esta diferencia sólo consiste en unas centésimas de milímetros.

Algunos individuos que tienen los dedos cortos poseen unas uñas chatas y planas, cuadradas y hasta de mayor anchura que altura. Por el contrario, los que tienen los dedos mejor formados, poseen unas uñas de forma alargada que es la principal característica de la estética de las uñas.

A veces la forma de la uña depende del trabajo de cada cual, así, por ejemplo, un trabajador manual las tiene más duras que las de los burócratas; las de los ebanistas son de un color oscuro, las de los curtidores aparecen rojas.

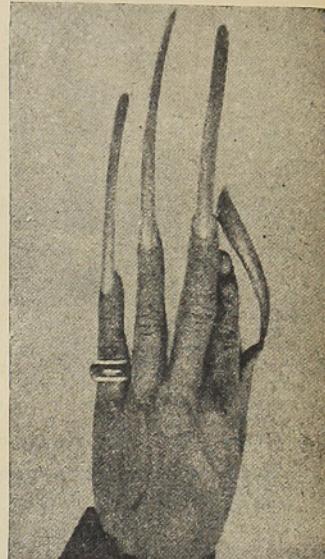
En los negros, las células de la capa mucosa situada al nivel de la lúmula, están cargadas de gran cantidad de pigmento que dan una coloración azulada a esta región ungular. Las uñas de la mano izquierda de las lavanderas aparecen muy gastadas, y el apéndice cárneo, duro y espeso, del pulgar de la mano izquierda de los zapateros, presenta un borde suelto, más o menos profundo, causado por la lezna.

La civilización ha impulsado a los seres humanos a cuidarse las uñas con tanto esmero como se pone en el cuidado del resto del cuerpo. Actualmente, la de manicura, es una profesión lútrativa que da lo necesario para vivir

a innumerables personas en todas las grandes ciudades del mundo. Estas especialistas embellecen con verdadero arte las manos de las gentes distinguidas. Algunas jóvenes elegantes, que confunden la distinción con la extravagancia han tratado de imponer la moda de usar, para pulirse las uñas, colores iguales a los de los vestidos y medias, o — y esto es más sorprendente todavía— adecuados a la hora. Así, se tinen de verde las uñas por la tarde, de blanco perla durante el mediodía y con substancias fosforescentes durante la noche. Más extravagante es aún la moda creada por la juventud femenina de Inglaterra que ostenta sobre la uña del pulgar derecho un pequeño retrato del novio. Realmente, el procedimiento es mucho más sencillo y económico que el de encerrar el retrato en un dije.

Los pueblos orientales semicivilizados vienen observando desde hace mucho tiempo la curiosa y antiesética moda de llevar las uñas extremadamente largas. Particularmente, los chinos, anamitas y siameses de ambos sexos que no han de trabajar para vivir, tienen para el crecimiento de las uñas el mismo respeto que para el desarrollo de sus brazos y de sus piernas.

En Indochina se encuentran nobles cuyas manos están adornadas por uñas de doce a quince centímetros de longitud. El profesor Hamy asegura haber visto dos anamitas cuyos apéndices ungulares median más de cuarenta centímetros de largo. La uña del pulgar de uno de ellos aparecía muy curvada hacia adentro, la del índice la llevaba más corta para poder coger los objetos menudos. Otro anamita tenía la uña del pulgar en espiral, mientras que las de los demás dedos, exceptuando el índice, se retorcían caprichosamente, alcanzando una longitud que oscilaba entre los cuarenta a cuarenta y cinco



La mano de un anamita, que no necesita trabajar.

centímetros. Parece ser que emplean drogas especiales para provocar el crecimiento del tejido ungular, o bien se dan ciertos masajes que producen la secreción de la substancia cárnea.

El espesor de estas uñas, por la influencia de los ingredientes o manipulaciones, explica que puedan conservarse sin romperse, a pesar de su longitud extraordinaria.

Entre los mandarines chinos y la nobleza siamesa se considera como un signo de alta alcurnia y un exquisito adorno el llevar las uñas excesivamente largas. Tanto es así, que los actores que desempeñan en el teatro papeles de grandes señores ponen a sus dedos largas uñas artificiales, similares a las naturales de los personajes que encarnan.

Los aristócratas de la Indochina profesan especial estímulo a sus uñas largas y cuando éstas crecen demasiado les ponen una vaina como si se tratara de un estoque. Así pueden hacer toda clase de movimientos sin temor de que se les rompa el preciado tesoro ungual.

Esto tiene su explicación. El que trabaja no puede llevar largas las uñas pues ello le impediría mover las manos libremente. Por eso el que es rico y noble, es decir, el que no tiene que trabajar para vivir, puede demostrar su jerarquía dejándose crecer las uñas, con la seguridad de que no han de imitarle los modestos oficinistas y los humildes obreros.

Así se explica que los nobles orientales luczan sus uñas largas con el mismo orgullo con que se lucen por aquí las coronas ducales y los toisones de oro.



Aristócrata de la Indochina con su uña de 40 centímetros y una funda que le preserva como si fuera un sable.

SE CASA GRETA GARBO CON UN PRINCIPE?

El amor no ha podido jamás ser vencido. Por lo menos lo aseguran los hombres sabios de todas las edades. El príncipe Sigvard se aburria bajo los pálidos cielos de Suecia y aforaba constantemente a la amada lejana, y un día rompió el cerco de frivaldad de su corte; se puso de pie sobre el protocolo de su rancia estirpe; dio tres o cuatro votos que fueron rotando desde los salones de palacio hasta las calles de Estocolmo, y se fué en pos de los cielos luminosos que se encendían en los claros ojos de su adorada Greta.

Se vuelve a creer en el matrimonio de Greta y el príncipe. Los comentarios se suceden en la prensa internacional. ¿Será un hecho cierto o no será más que un buen deseo de los cismanteros?

Yo, querido lector, a fuer de hombre sincero, como me lo contaron te lo cuento, y reconoce que si no ocurrió tal lo ofrecido, pudo muy bien así haber ocurrido. Al fin y al cabo ni tú ni yo vamos a perder nada.

MARTINEZ DE LA RIBERA.

EXPERIENCIA
DE MUJER:

Amor al prójimo

Toda mujer, por el hecho de serlo, debe sentir infinito amor al niño. Asimismo, no ha de olvidar que las tiernas almitas infantiles se moldean con dulzura y nunca con amenazas.

En la época en que pasó lo que voy a contaros, por si puede serviros de ejemplo saludable, prestaba yo mis servicios como cajera en una importante ferretería de Bilbao. Mi carácter formal y la idea del deber que mi padre me inculcó de pequeña, hacían de mi una persona obediente y seria en todo lo que se relacionaba con el trabajo que el dueño me tenía encomendado. Mi vida transcurría plácidamente hasta que el amor, niño y ciego como es, vino a llenarme de turbaciones e inquietudes. Por que el hombre a quien hice dueño de mis sentimientos era... el hijo del dueño de la ferretería. Podéis calcular, las dificultades de que se vió rodeado este cariño apenas nacido. Pero Manuel, me quería tan de veras, adivinaba en él tanto desinterés y tanto cariño, que, joven como era, venció el amor y cerró los ojos a toda contrariedad. Sin embargo, la idea de que un día tenía que enterarse su padre, amargaba mis horas más felices, porque comprendía que jamás daría el consentimiento para un enlace tan desigual. En vano me juraba Manuel su cariño, para tranquilizarme. Sus protestas, chocaban contra mi dolorosa obsesión. Y con estas luchas morales, iba pasando el tiempo, mientras Manuel y yo nos queríamos cada día más y el amo ignorante de todo, aprobaba satisfecho mi trabajo.

Pero una tarde, cuando al tiempo de cerrar hacia con don Luis—que así se llamaba el dueño de la tienda—el resumen de operaciones verificadas durante el día, noté con extrañeza que faltaban dos pesetas. Persuadida de que aquello obedecía a un error, conté y reconté el dinero inútilmente, puesto que las dos pesetas seguían fantando. Algo me hizo dudar esta desaparición dada mi experiencia en el cálculo, pero me rendí a la realidad y ya hubiera olvidado todo a no darse la casualidad de que a la noche siguiente, volvieran a faltar otras dos pesetas. Esta vez, mi asombro creció y creció también el mal humor del amo, que me recomendó mayor orden en mi obligación. Aquella noche, di mil vueltas a mi cabeza y me prometí no volver a cometer otra torpeza, poniendo mis cinco sentidos en todas mis operaciones. Sin embargo, al hacer nuevamente el arqueo, no pude evitar un grito de dolorosa sorpresa. Faltaban ocho pesetas! Sin dar tiempo a reponerme, don Luis me dijo, malhumorado:

—Esto es muy extraordinario, Magdalena. Si he de decirle la verdad, me sorprende más, porque siempre la creí muy ordenada...

—Créame usted—contesté avergonzada—que yo misma no me explico esto... no me lo explico.

El amo, hizo además de marcharse, diciendo:

—Bueno, pues procure rectificar, su conducta, o de lo contrario me veré obligado a descontar de su sueldo, el dinero que falte. Sal de la tienda y marché sin rumbo fijo, dándole vueltas a mi cabeza. Esta vez, tenía la certeza de no haberme equivocado. Una idea me asaltó... Tal vez... pero no, no era posible una substracción. Repasé el personal de la casa y saqué en consecuencia que eran todos hombres honradísimos que estaban sirviendo al dueño desde pequeños. Sin embargo, la duda seguía atormentándome y cuando por la tarde marchaba a mi quehacer, me sentí la mujer más desdichada del mundo, cuando oí decir a Manuel:

—Me ha contado mi padre una cosa que me extraña... y siento más que nada tu silencio. ¿Por qué me has ocultado esta preocupación tuya?

Las lágrimas me impedían ver. Afligida, contesté:

—¡Oh Manuel! ¡Verdad que tú no dudas? ¡Verdad que en ti no cabe un malo, un falso pensamiento?

—Querida Magdalena—respondió—¿has podido creer eso? Aunque todo el mundo te acusara, jamás dudaría yo de tu bondad.

Aquella afirmación me alivió tanto, que llegué a la tienda con una energía insospechada y dispuesta a observar el menor detalle que me sirviese de guía. Al temor de abrir la puerta y cuando nos disponíamos a entrar, instintivamente, miré desde la calle aún, al sitio donde estaba la caja. Lo que vi, me dejó helada y hubiera preferido mil veces, no haberlo visto. El aprendiz, un niño de catorce años, metía la mano apresuradamente en el cajón del dinero, corriendo después hasta el almacén. Confieso, que en vez de sentir toda la indignación que llevaba reconcentrada, una pena infinita se apoderó de mí. Hubiera deseado ver a un hombre, antes que sorprender aquella inclinación torpe, en una almita de niño. Mi compasión me impedia desenmascararlo. Conté el dinero, vi

que faltaba un duro y lo puse del que llevaba en el bolso. Aquella misma noche, rogué a don Luis:

—Quería que me pusiera usted un candado.

—¿Sospecha usted de alguien? — exclamó el dueño,entre sorprendido e ironico.

—No señor — contesté — pero creo que es mejor...

Me prometió que así lo haría, pero la fatalidad venció a mi buen propósito.

Al otro día por la tarde, entré todo lo de prisa que pude para no dar tiempo de obrar al aprendiz. A pesar de mi rapidez, palidecí al contar el dinero; me había robado un billete de cien pesetas. Sin fuerzas para nada remé a llorar con desconsuelo. El dueño, al enterarse del robo, se dejó llevar de su ira y prometió averiguar la verdad a toda costa. No sé si por casualidad o intencionalmente, cuando pasó junto a mí al marcharse, dijo al contable:

—Mañana, vendrá un amigo mío policía y con carácter particular hará las necesarias averiguaciones.

Deshecha en llanto, marché a casa por las más apartadas



calles esquivando a Manuel, que debía esperarme. No tenía valor para hablar con él, ni quería delatar a una criatura. Al otro día, a mitad de mañana llegó un señor con el amo. En seguida, se acercó a mí y saludó amablemente preguntándome el nombre y los años que llevaba de servicio. Aquel bochornoso interrogatorio me indignaba hasta enrojecer de vergüenza y de orgullo. Sin embargo, pudo más el amor al prójimo, a la desgraciada criatura que tal vez era una víctima de la sociedad o de las malas compañías.

El policía poco o nada debió de sacar en limpio, porque dejando de hablarle, preguntó al amo por todos los dependientes. Este, le advirtió:

—A éses, no. Estoy seguro como de mí mismo.

—¿Y a quel pequeño? — dijo el policía, mirando con sus sagaces ojos al aprendiz, que, ajeno a todo, empaquetaba clavos. — Líámalos, anda.

A una orden del dueño, se presentó el chico, mirando celosamente.

—¡Guapo muchacho! — exclamó el policía cariñosamente— guapo y trabajador. Vamos a ver pequeño, si me cuentas algo. ¿Qué haces por las tardes cuando sales de aquí?

El aprendiz tembloroso sin voz, contestó:

—Pues... jugar con otros chicos... y luego, a cenar...

Al ver aquel trato delicado y aquella voz dulce del policía, respiré más a mis anchas pensando que no serían crueles para él. Súbitamente, le preguntó:

—¿Y qué has hecho con las cien pesetas?

Se le vió al chico buscar apoyo, tal vez auxilio a su alrededor. Bajó la cabeza y rompió a llorar.

—¿Tú has sido? ¡Confíasalo! — preguntó el amo.

El pequeño, junto las manos y entre lágrimas exclamó:

—Tengo miedo... ¿qué me harán?...

Después de esto, el policía se transfiguró. Cogió al ladrónzuelo por los hombros y lo sacudió brutalmente, gritando:

—¡Granuja, pillo! ¡Yo te prometo que has de sudar bien las cien pesetas! ¡Fuera de aquí, quítate de mi vista, que esta tarde, yo me encargo de ti!

Y dándole un terrible empellón lo envió a la pared.

Con el corazón dolorido, observé al pequeño. Lloraba silenciosa y desconsoladamente, levantando las manos de cuando en cuando en un ademán impotente de pedir auxilio. ¡Pobre y desgraciada criatura, abandonada de todos sin nadie que le guiese y le regañase dulcemente!

Sali de la tienda experimentando la certeza de que no era espontánea aquella maldad. Efectivamente: seguí al niño, que abandonado de todos marchaba por la calle. Me

acerqué, le interrogué cariñosamente y procuré ahondar en aquella alma que ya conocía el pecado. Su historia, era una historia de dolor que partía el corazón. Sin madre, con el padre en América, él vivía con una mujer a la que entregaba el jornal y la que guardaba las pesetas robadas. Todo el dinero, lo cogió aleccionado por ella y por un vecino de veinte años que le amenazaba si no traía algo y le hacía callar, calmándole el hambre con golosinas...

Al final de este relato, llorábamos los dos: él de miedo, yo de dolor. Abracé al niño y me propuse salvarlo. Lo llevé a casa, lo consolé y le di de comer. Por la tarde fuimos

los dos juntos a la tienda. Nada más llegar hablé con don Luis al que conté todo, manifestándole mi deseo de que a su vez se lo contase al policía para que éste recobrara el dinero y ahorrara en consecuencia. Al mismo tiempo, le confesé el deseo que había arraigado en mi alma: llevarme al chico y educarlo yo, como a un hermano.

—¿Cree usted que no habrá inconveniente alguno? — pregunto.

El amo, un poco emocionado, prometió hacer todas las gestiones necesarias para satisfacer a quel anhelo mío de salvar un alma.

A los ocho días, hambriento de cariño, de buen ejemplo, había asimilado ya muchas cosas y germinaba en él la semilla del bien. Manuel, radiante de gozo me daba aliento para continuar esta obra de caridad.

Y un día... un día don Luis, me dijo sonriente y feliz:

—Magdalena, hace ya tiempo que acaricio el deseo de tener un nieto bueno y fuerte que alegre mi vejez. Y después de oír los ruegos de

cierta persona y apreciar sus cualidades de educadora, no me importaría nada que fuese usted la madre de mi nieto...

• • •
Don Luis tiene un nieto y además, un contable listo, honrado y trabajador, que me llama hermano y me bendice.

PURI.

UTILES PARA OFICINAS **UNIVERSO**
AHUMADA 32
SANTIAGO



L A S M U J E R E S

(Continuación de la pág. 1)

aroma es música. ¿Hay algo más delicadamente poético, sutil y misterioso que el perfume suavísimo de la flor del espino?...

Hay tanta clase de mujer como hay tanta clase de flor. Ustedes, lectoras, querrán saber qué elegiría yo, ¿no es cierto?... ¿Una orquídea, una violeta, un lirio, una rosa?...

Y ¿qué me dicen de la hermosura única de la flor de durazno? Verdad que no tiene casi perfume; pero en cambio cuando me ha recreado ya con la belleza y exuberancia de sus ramas florecidas, me brinda después su fruto sabroso y exquisito. Y ¿verdad que es bien rico un durazno?...

E L H O M B R E D E H O N O R

(Continuación de la pág. 2)

El pasado moría como un fantasma, sólo brillaba el porvenir. Sin embargo, martilleaban en su cabeza las frases del testamento: «Su honor, su integridad...» ¿Por qué?... ¿Por qué?... Palabras, extrañas palabras.

Determinó ir a ver a la señora St. Pierre. Vivía en un barrio apartado. Llamó. Una mulata le abrió y lo hizo entrar. Sobre el piano un gran retrato de Holman Bland y al lado un vaso de cristal con una rosa. Miraba el retrato cuando entró una mujer joven y encantadora. La palidez de su rostro resaltaba más por estar vestida toda de negro. Alcée explicó su visita y al nombre de Bland la mujer suspiró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso es todo? — preguntó —. No hay ningún mensaje?

—Ninguno.

—No sé por qué deseaba que yo viniera para acá. No comprendo.

—Leí lo de Ud. en los diarios y lo del testamento. El se confió en usted.

—Más de lo que yo merezco.

—Seguramente creyó que Ud. sería tan bueno conmigo como lo fué con él. ¡Es todo tan raro!... La situación es tan difícil.

—Perdone, señora. Usted lo quería?

—No lo habría mandado si él no quisiera que yo le contara todo. Usted será el primero que sabrá nuestro secreto.

—Creo que lo adivino, señora, y respeto su dolor...

—Vivíamos el uno para el otro. — Y los ojos tristes se posaron en el retrato. — Ahora no me importa la vida; pero tengo nuestra niñita en quien pensar. Es una complicación; nunca pensamos en eso, no sé qué hacer.

Supongo que habría alguna razón para que él no legitimara a la guagua. Perdone... no sé cómo decir.

—Casarse conmigo? ¡Oh!, lo habría hecho mucho tiempo, si se hubiera podido. Eso es lo que lo ha muerto, ese pesar.

—Su marido, ¿vive?

—Mi marido?, no tengo marido. El nombre de «señora» es por la niñita. Nunca podré tener un marido blanco. Ve Ud., mi bisabuela era una esclava.

—La eterna historia de las razas!

—Hablaron largo rato.

—Supongo que el señor Bland le dejaría una buena asignación a Ud. y a la niña.

—Dinero? ¡Oh, no!... Jamás hablamos de eso. ¿Cómo podía dárme sin ofenderme? No importa. Yo coso maravillosamente, eso nos dará para vivir.

Cuando Alcée dejó la casa, sus piernas temblaban, volvió de nuevo a encorvarse y a parecer casi un viejo. Veía claro en su cerebro y ciertas palabras martilleaban su cabeza: «En cuyo honor... integridad...»

—Qué ciego y estúpido había sido.

Alcée empleó casi todo el día siguiente con el abogado y era tarde ya cuando llegó donde su novia. El cambio atroz de sus facciones alarmó a las dos mujeres.

—Después de hablar con la señora en cuestión, comprendí por qué el señor Bland me dejaba su fortuna.

—¡Alcée, — gritó la madre de Delfina, — está Ud. loco!...

—Si hubiera testado a favor de ella y la niñita habría sido un escándalo. Era un hombre notable, tenía que velar por su nombre y el banco, además. Era un caballero honorable, ¿podía enriquecer a un extraño y dejar a esas dos sin un centavo?...

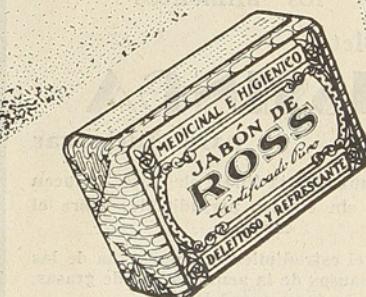
—Supongo...

—Sí, exactamente. Traspasé todo a la señora; pero nadie lo sabrá, sólo el abogado y yo sabemos quién es. Todo se arregló admirablemente y siento un gran alivio... Espéremos, paciencia...

Delfina lo interrumpió con un grito:

—Estoy enferma de esperar... enferma..., enferma... No es el dinero, ni la fortuna, que si no es para nosotros, no la queremos...

Para Todos—3



**JABON
DE
ROSS**
(Certificado Puro)

M. R.

The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.



PUEDE UD. ADELGAZAR

Sin necesidad de privarse
de los alimentos

Las Tabletas

KISSINGA

para Adelgazar

mantienen una silueta fina y elegante. Reducen la obesidad sin efectos perjudiciales sobre el corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome usted las

PILDORAS LAXANTES

KISSINGA

Son el laxativo más agradable y más seguro. Evite usted siempre el estreñimiento, que atrae tantos trastornos y avejenta prematuramente. Tome usted las Pildoras laxantes Kissinga para purgarse.

Pildoras laxantes. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapomedio. Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

M. R.

Por primera vez en su vida Delfina Marigny perdió su calma y serenidad, y hablaba a gritos, riéndose:

—Sí, sí, sólo me tienes a mí. Te crees y te llamas un hombre de honor, un caballero... Yo te llamo un ladrón...

—Dios nos ampare, — sollozó la madre; — ha perdido la razón.

Delfina corrió a su viejo baúl y lo abrió. Estaba lleno de cosas femeninas. Envuelto en papel de seda el traje blanco, el velo... Siempre había tocado esos tesoros con veneración y amor, ahora, como loca rompió los papeles.

—Mira, está amarillo con los años, como yo... No pude ponérmelo cuando estaba blanco y fresco, como mi juventud. Tuve otras oportunidades; pero esperé... esperé... La otra mujer no esperó; tomó su felicidad cuando pasó a su lado... tiene su guagua... Ahora es demasiado tarde para mí. Tú me robaste mis años... mis niños... y ahora te propones robarme los años que me quedan. Pero no, no me robarás más... No y no... Te casarás conmigo, ahora, hoy día, al momento...

—Pero nos moriremos de hambre, — gimió Alcée.

—Durante veinte años no he hecho otra cosa... — sollozó la pobre mujer.

—Soy un ladrón y... me crucificas!

—¡Alcée! — y la voz se tornó suave otra vez. — Nos moriremos de hambre los dos juntos!

Al momento Delfina se rodilló al lado de Alcée, lo abrazó, llorando sobre su pecho.

Media hora después, Alcée Arnault bajaba de su casa vestido para la ceremonia de su matrimonio. Su rostro brillaba de alegría, su corazón latía confiado y tranquilo. ¡Era un hombre de honor!...

EL BIEN PERDIDO

(Continuación de la pág. 4)

mas acusaciones!... Y oprimía nerviosamente la culata de la browing oculta en el bolsillo. Interrumpiendo sus meditaciones. Solita salió de su casa, echando calle arriba, con paso menudo, de madrileña castiza, y recio, de mujer bien conformada. Fermín marchó detrás, recatándose, sin perderla de vista ni aproximarse demasiado. Así recorrieron varias calles, temiendo a cada paso perderla, como otras veces. Estaba decidido a que no se repitiera el lance, aun a riesgo de ser visto por ella, que, cínica o despreocupada, no volvió ni una sola vez la cabeza. Esto le permitió ganar terreno, hasta ir casi pisándola los talones. Así llegaron a la plaza de Castelar, cerca de Correos. Solita sacó del bolso una carta.

—He aquí el cuerpo del delito! Es para el amante, dándole una cita, sin duda.

En el momento de echarla en el buzón, Fermín le sujetó rudamente la muñeca. Ella lanzó un leve grito:

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Yo soy. ¿Para quién es esa carta?

Muy sosegada, Solita replicó:

—Ahi la tienes. Mirala tú mismo.

Ob-Gecio Fermín. El sobre estaba dirigido a él. Aquello era un poco extraño.

Rompió la memoria nerviosamente. Con la misma escritura a máquina de los anónimos, leyó una quintilla compuesta por él muchos años atrás:

En lucha constante y recia
busca un ideal mi fe;
conseguido, lo desprecia,
y nuevamente lo aprecia
cuando imposible lo ve.

Y debajo, con letra de Soledad, una linea: «Por qué has de ser de esta manera, Fermín mío?»

Mordióse los labios, apesadumbrado y pesaroso. Luego alzó los ojos hasta los de Solita, que supo cortar la situación embarazosa preguntando ingenuamente:

—Y esta noche, ¿me llevas a cenar?

—Esta noche y todas las de mi vida. Alejáronse, Prado abajo, del bracero, como dos recién casados.

La faz de Sola resplandecía de gozo...

AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA



¡EN FIN, LA VOZ DE GRETA GARBO!

(Continuación de la pág. 6)

Norma Talmadge, hemos tenido una docena de films, bordados más o menos sobre el mismo tema. La mujer que sacrifica su amor por salvar la reputación del amado, ha sido el «dádá» favorito de los escenaristas durante diez años. Se podía esperar que esta evolución del mundo que tiende a remplazar las escobas por los aspiradores de polvo y el Gounod por el jazz, nos libertara también de algunas otras cosas. Pero nada. Con «Romance», se sacan a luz las más viejas maquinaciones.

Digamos, sin embargo, que «Romance» es un film más reciente, porque el diálogo es menos denso, los silencios más frecuentes y la acción o la ausencia de acción, más cinematográfica, a pesar de todo. Trabajo en general bien hecho, pero sin relieve. Una sola cosa notable: el trabajo de Lewis Stone. Hace tiempo que éste viene probando, que es uno de los mejores actores cinematográficos del mundo. Somos felices de constatar que él, al menos, no ha perdido nada desde que habla. Gavin Gordon es simpático y lleno de talento, pero hombre de teatro, le falta ese no sé qué que es característico de los hombres de cinema, que parecen encontrarse tan bien en la pantalla como en su cama. Las siluetas y figurantes que se agitan en torno de estas tres figuras centrales, tienen la homogeneidad y la perfección sin énfasis a que nos han acostumbrado los films americanos. En cuanto a la propia Garbo, sobre la cual el film entero se apoya, reconociéndole las cualidades citadas más arriba, quiero decir una vez más, que por mi parte me gustaría más, si en lugar de ser «la misteriosa», «la esfinge escandinava», «la exótica», «el iceberg turbador», se contentara con ser esta cosa sencilla y magnifica: una mujer.

EDMOND GREVILLE

F E L I C I D A D

(Continuación de la pág. 8)

temor a que la fiera se excitase. Sabiendo muy bien el hombre aquél que el gusto a sangre acabaría por despertar los instintos del animal y en un momento destrozaria el cuerpo tembloroso del anciano, preparó rápidamente su arco y disparó, con tanto acierto, que el tigre cayó en el acto gravemente herido. Luego, con calma, le remató. Inmediatamente cogió al anciano, que de la impresión se había desvanecido, y lo llevó a su choza, donde le curó con todo esmero y donde permaneció hasta que estuvo completamente restablecido. Sólo cuando vió coloreadas de nuevo sus mejillas curtidas le permitió recoger sus escasos enseres para marchar. Pero antes de separarse del hombre que le había salvado la vida, con riesgo de la suya propia, le dijo dulcemente: «A cambio de tu valor y tu generosidad, toma esta cajita: dentro de ella, la perla más hermosa que han visto ojos humanos concederá a tus descendientes cuanto quieran si formulan su petición el mismo día que cumplan los veintiún años. Pero, entiéndelo bien: sólo ese día y por una sola vez; repetir la demanda será perder la primitiva. No la abras hasta que tu hijo mayor pueda hacer uso de ella.» Y poniendo en sus manos una cajita de cedro, desapareció. El hombre de la choza, obediente y sencillo, guardó la caja, y cuando fué llegado el instante entregó a su hijo el presente misterioso con las advertencias recibidas. El anciano había dicho verdad: lo que se pedía a la perla era satisfactorio. Y desde entonces todos los descendientes de aquel hombre valeroso han conseguido su ilusión más cara — le miró un momento con atención, y agregó —: Ya habrás comprendido que me refiero a un antepasado nuestro; así, pues, como descendiente suyo, dentro de ocho días podrás lograr lo que más deseas.

Arnoldo, que había escuchado con extraordinaria atención aquel relato, se sobrecogió al oír las últimas palabras de su hermano.

— ¿Es verdad eso? — preguntó, mirando a los tres. Y las tres cabezas asintieron. El muchacho meditó un instante. — ¿Y puedo saber lo que habéis pedido vosotros? — inquirió de nuevo, timidamente.

— Desde luego — contestó Ulrico — Yo pedí la gloria; pero la gloria es preciso ganarla cada día; no avanzar es retroceder, y en nada se retrocede más aprisa que en la conquista de ese humo dispable. El corazón del hombre olvida con tanta facilidad, que para mantener en él un fuego permanente de admiración es necesario echar leña constantemente. No basta una hazaña heroica, ni dos, ni cien; hay que luchar sin tregua, hay que superarse incesantemente... Y la gloria que yo pedí consiste en que siempre venzo, en que cuento las batallas por victorias. Pero ya estoy aniquilado,

LA DAMA ELEGANTE

Y ESPIRITUAL USARA
SIEMPRE EL

TELUXOR

compuesto de hierbas, porque
éste mantiene su cuerpo sano, y
fresco su espíritu.

TELUXOR es laxante, suave y
diurético, estomacal y muy agra-
dable al paladar.

AYUDA A ADELGAZAR

En las buenas Farmacias.

M. R.



*El mal humor
en la oficina*

ocasionado por las contrariedades comerciales no debe recaer sobre sus dependientes y quitarles el gusto de trabajar; tampoco agriar a su familia las pocas horas que pasa Vd. en su compañía. Tranquilice Vd. sus nervios tomando Tabletas de ADALINA, así defenderá mejor sus intereses, estará Vd. más fresco, reposado y con mayores energías. Su trato será más suave y menos irritable. Será Vd. más querido de todos y tendrá más éxito en sus empresas.



Tabletas de

Adalina

¡La cruz Bayer M. R. — Adalina M. R.:
a base de Bromodietilacetilureal!

vencido, quisiera descansar y no puedo: mi destino, como una maldición, forja enemistades entre los hombres y me empuja para que yo las resuelva, ofreciéndome a cambio una corona que me pesa y me abrasa como hierro candente.

Y sonrió con resignada amargura.

Yo pedí riquezas — dijo después Segismundo —; pero si la gloria es una llama incierta que se consume al menor descuido la riqueza es la inquietud porque se pega al alma y acaba por ser parte de ella misma, y pensar en perder un fragmento es agonizar de angustia. Poseer brillantes como gotas de rocío, esmeraldas como esperanzas vivientes, rubies que tiemblan como partículas de sangre, zafiros como trozos de cielo, sereno y puro; amatistas timidas como violetas, topacios transparentes y rubios como oro diluido, perlas ambarinas, suaves como caricias, que al rozar la piel parecen llenarla de luz y de ternura. Poseer toda esa maravilla y no poder llevarla guardada en el corazón como en arca inviolable. Y no poder condensar en uno solo todos los perfumes de mis imponentes bosques, de mis umbrías selvas, ni aprisionar en un rayo de sol todos los que besan aquellas tierras vírgenes, plenas de hechizo. ¿Hay acaso, dolor que se compare al mío...?

Y su rostro se contrajo desesperado.

— Yo quise ser poderosa — murmuró por último Brunilda —; pero la corona es harto pesada cuando el que ayuda a llevarla no es amado ni apuesto. Los mantos reales parecen de plomo, las ventanas, engalanadas con flores se convierten en rejadas; las joyas punzan más dolorosamente que las espinas de las rosas, porque es el corazón el que recibe las heridas y la sangre no brota; la risa no retoza en los labios, ni brillan los ojos ante el recuerdo amable o la ventura próxima. Tener un mundo entero postrado a los pies satisface al orgullo, pero no llena el alma. No pidas un reino, hermano mío, no lo pidas.

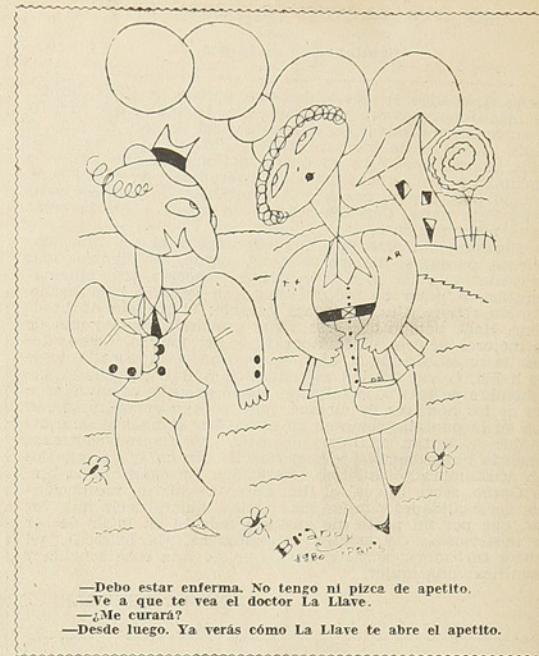
Y por las mejillas juveniles de la bella reina resbalaron dos lágrimas.

Arnoldo, cuyo corazón rebosaba ternura, acudió, entrisciado, a consolarla. No comprendía que la soberbia de Brunilda estaba justamente castigada; sufria, y aquello era suficiente para conmoverle.

— Bueno — dijo al cabo de un instante Ulrico —, ya estás enterado de todo. En estos ocho días que faltan piensa lo que deseas; pero piénsalo bien, porque ya sabes que luego no es posible volverse atrás. Ahora puedes marcharte.

Y el muchacho se marchó. Volvió al bosquecillo de abedules, que no le pareció el mismo, como si en el tiempo que había faltado él se hubiesen transformado todas las cosas. Las franjas de luz eran más opacas, el aroma, casi imperceptible; el susurro del viento había desaparecido y la calma majestuosa, como alterada por rumores insólitos y sordos. Sintiendo frío, salió a la explanada, que rodeaba un muro de piedra, y se acodó en él. No sentía, como tantas veces, la embriaguez de vivir, de saberse dueño de todo lo que abarcaban sus ojos; miraba con indiferencia las casas diminutas de sus vasallos, que parecían inmóviles caracoles calentándose al sol; las imponentes praderas ondulantes, cuajadas de árboles en flor; la cinta temblorosa y chispeante del río, que pasaba murmurando por el centro del pueblo. Meditaba en todo lo que había oido, y al recordar la sonrisa amarga de su hermano mayor, la honda desesperación de Segismundo, el dolor de Brunilda, no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. ¿Cómo habían podido pedir tales cosas? ¿Cómo no habían pensado que nada de aquello daba la felicidad? Y él, ¿qué pediría? Ocho días tenía por delante, ocho días de inquietud y de zozobras.

Pero los ocho días se le pasaron en un vuelo, porque en seguida encontró lo que deseaba. ¡Y qué impaciencia desde aquel momento por que llegase el instante tan ansiado!... ¡Qué emoción cuando, sentado a la cabecera de la mesa, en la sala de armas, más clara y perfumada que nunca, tuvo



— Debo estar enferma. No tengo ni pizca de apetito.

— Ve a que te vea el doctor La Llave.

— ¿Me curará?

— Desde luego. Ya verás cómo La Llave te abre el apetito.

la cajita de cedro en sus manos!... La abrió y, ante el brillo de la perla, olvidó cuanto le rodeaba. Contemplaba extasiado la maravilla que tenía ante sí, enamorado súbitamente de su belleza, dulce y misteriosa; comprendiendo las palabras de Segismundo de que dan al que las lleva luz y ternura... El se sentía también como transfigurado por una llama interior que antes desconocía, por una sensación inexplicable de ternura, como si, de pronto, algo se hubiese abierto en él, algo lleno de una esencia purísima...

Pero era preciso terminar y se dispuso a cumplir el rito legado por mil antepasados. Con voz clara y firme, no obstante la emoción que le embargaba, dijo, alzando la cajita hasta la altura de sus ojos, clavados en la perla:

— Quiero ser feliz...

Y como si ya la dicha se manifestase en él, se iluminó su rostro dulcemente y una sonrisa de infinita ventura acarició sus labios. Luego, apretando la cajita contra su pecho, inclinó la cabeza.

La sorpresa hizo enmudecer a sus hermanos, que se miraron asombrados. Esperaron un momento a que Arnoldo les preguntase qué les había parecido su petición, pero viendo que transcurrían los segundos sin moverse, se acercaron a él y le sacudieron suavemente por un hombro. La cajita cayó al suelo, pero el cuerpo no se irgurió. Asustados, levantaron su rostro, que aun sonreía, y retrocedieron dando un grito. Estaba muerto.

DANIEL SALA

LOS TRAJES Y SUS COLORES

Considero interesante señalar los colores de un grupo de trajes que han sido elegidos por las más elegantes de mis clientes para la estación de primavera.

En los trajes sencillos hay uno en un tejido nuevo, que empleo en varios colores, según el gusto de sus dueñas. El color generalmente preferido es un azul vivo, aunque también he hecho varios en amarillo y en una mezcla de blanco y negro. Este traje es sumamente práctico para sport, yate, etc.

Los otros dos son más de vestir; uno de ellos tiene falda negra y blusa blan-

ca. Los colores combinados están ahora muy favorecidos, porque ya nos hemos cansado un poco del tono uniforme, que resultaba monótono.

El negro y blanco sigue en pleno auge; pero para los trajes claros de verano se requieren todos los colores.

Después exhibo otros dos para la tarde, con una línea especial en las faldas y sin ser exageradamente largos. Las más elegantes de París reservan la falda larga hasta el tobillo para las grandes ocasiones. En estos dos trajes he variado el popular motivo de la capa, haciendo un

ancho cuello circular en un color que contrastaba con el de los mismos.

Un detalle de la moda de suma importancia son los cortes que ensanchan las faldas en estos dos trajes, así como el ceñido en las caderas.

Como las capas envolviendo los hombres no sientan a todas, he variado en un modelo de tapado el modo de colorarla. Partiendo de los hombros, se ajusta a la espalda, y sólo al llegar a la altura de las axilas toma el movimiento de capa.

La supremacía femenina en la vida moderna

Es común denominador cuando se formulan juicios sobre la mujer norteamericana, el que ésta pase a convertirse en una especie de sufragista en pleno uso de sus facultades. Y no quiero significar con eso que el tipo yanqui conserve semejanza con el que proporcionó abundantes dolores de cabeza a los pacientes "babies" londinenses, porque, galantes siempre con las damas, hemos de recono-

cer que la superioridad de las estadounidenses es algo indiscutible si las comparamos con las ladies británicas, tan propicias para el estudio anatómico sin la ayuda de los rayos X.

Pero, como decía antes al referirme al común denominador, resulta que las estadísticas—esa arma acomodaticia de la economía contemporánea—nos dicen todo lo contrario; es decir, demuestran

que la mayoría de las mujeres atienden los quehaceres domésticos que la paz de sus hogares les brinda, en lugar de pasearse la vida en la oficina y en el restaurante como el resto del mundo cree.

Así lo prueba el informe dado a luz por el señor William M. Stewart, director del Censo y hombre muy particular, quien ha llegado a sumar 23.000.000 de señoritas—merecidas y por merecer—cuya devoción se concentra en los menesteres relacionados con sus deberes caseros.

Desde luego, es obvio decir que el señor William M. Stewart incluye a su amante esposa en la colección femenina; pero, sin embargo, no ha podido menos de apuntar en sus listas a 10.000.000 de mujeres pertenecientes al tipo de la "sufragista en pleno uso de sus derechos".

El ejército femenino que interviene en la vida de los negocios de este país se fija, pues, en 10.000.000, cuya edad oscila entre los 16 y 100 años.

La influencia que esas legiones de damas tienen en el medio yanqui ha motivado que los sociólogos—ávidos siempre de conclusiones—hayan empezado a emborrinar cuartillas tratando sobre el futuro que aguarda al país si continúa el progreso directivo de la mujer, etc.

Nosotros mucho más profundos en nuestras deducciones que los hombres de ciencia, creemos no es necesario hablar del futuro: la supremacía mujeril es algo que ya existe actualmente. Podrá cautivar a los especialistas, engolfarse en estudios, pero los legos, o sea los que viven en el plano de las realidades, saben perfectamente que las faldas ondean en lo alto del mástil.

Alguien ha dicho, a base de otra estadística, que el cuarenta por ciento de las herencias que se perciben en los Estados Unidos pasan a manos — o arcas mejor dicho—femeninas. Seguidamente, el autor de "40 por ciento", introduce su aventajado cerebro en el campo prolífico de las deducciones para decirnos que si "eso" (el despojo masculino) sigue en la misma forma, dentro de determinado número de años toda la riqueza de la Unión se hallará en poder de Fémina.

Repetimos lo dicho: la razón podrán tener los sabios, pero aquellos que vivimos en la patria de Washington, sabemos por experiencia que el poder anunculado para el avenir es un hecho latente en nuestros días.

¿Razones? Muy sencillo. ¿Cómo se justificaría el auge de la industria conserva si el hombre lograra hacer valer su autoridad? ¿Cómo se comprendería que la sopa de lata se vende por cantidades fabulosas, si el padre, hermano o esposo mandaran en casa?

¿No justifica una revolución el verse obligado a comer judías en conserva, aunque sean de Boston?

El origen de la supremacía de la mujer norteamericana está en la cocina; la ausencia de salsas que den a los alimentos la potencialidad nutritiva y enervante que reconocemos en los demás países, es otro factor que ayuda a la consolidación de la dictadura.

Todo se concreta y unifica para eliminar del panorama social la arrogancia de Hércules. Asoma Diana, las líneas masculinizadas de amazona, y lejana no está la jornada en que Artemisa tampoco se digne poner la lata en "baño de María"...

HENRY DE LAVILLE

Nueva York, septiembre de 1930.

COCINA PRACTICA

Pollo al Tirol.— Se elige un pollo tierno y después de limpiado se corta en pedazos, se le echa sal y pimienta y se dora en manteca: terminada esta operación se saca la manteca sobrante en la cacerola y se añade un vaso de vino de Málaga y otro de champán; déjese reducir el caldo la mitad y añádese otro poco de caldo y salsa de tomate; se agregan después unas trufas y se deja al fuego para que cueza un cuarto de hora más.

Pescado hervido.— En una cacerola se pone agua a hervir con cebollas, zanahorias, sal, pimienta, nuez moscada, un ramito de hierbas, jugo de limón, un poco de vino blanco y un clavo. Se deja cocer el pescado a fuego lento, durante quince o veinte minutos. Luego se sirve con la siguiente salsa: Se hace una salsa mayonesa, según costumbre; antes de añadir el vinagre se abre un frasco de alcacarras y de él se toma lo necesario para sazonar la salsa, advirtiendo que se neutraliza el sabor ácido de éstas con una insignificancia de azúcar: se añaden las alcacarras y puede sumarse un poco de la mostaza preferida por el paladar y una cantidad equivalente a una arveja, de jugo de carne. Luego de bien incorporado, se vierte sobre el pescado, que deberá estar frío, adornado con huevo duro picado muy fino, pepinillos y cogollos de lechuga.

Soufflé de chocolate.— Se revuelven en una soperla 200 gramos de chocolate frío, adornado con huevo duro picado, medio litro de leche y se pasa

por el tamiz; luego se pondrá al fuego al baño de María sin dejar de revolver, y a su debido tiempo se retira de la lumbre; mézclese entonces 60 gramos de azúcar a la vainilla, 6 yemas de huevos, cuatro cucharadas de crema de leche, 7 claras bien batidas y se pondrá a cocer durante 30 minutos al horno con fuego moderado. Antes de llevar el preparado al horno hay que untar una fuente de las llamadas soufle. Luego se espolvoreará azúcar pulverizada a la vainilla.

Espinaca a la inglesa.— Limpiese varios manojos de espinacas y pónganse a coser con poca cantidad de agua, sal de cocina y una cantidad casi imperceptible de bicarbonato de sodio. Se escurren, se lavan, se exprimen bien y se cortan en pedacitos sin llegar a picarlas. Pónganse a derretir en una sartén dos cucharadas de manteca: cuando esté caliente la manteca se echan las espinacas añadiéndoles sal, pimienta y nuez moscada. Para servirlas debe formarse con ellas una pirámide en cuya cúspide se coloca un huevo duro. Una vez convenientemente preparado, se rodea con manteca derretida.

Lomo a la cacerola.— Luego que el pedazo de lomo se haya limpiado de nervios y tendones, se pone en una cacerola y se espolvorea con sal y pimienta; se echan dos cucharadas de aceite, dos hojas de laurel, zumo de limón, una cucharada de perejil picado y una cebolla cortada en rodajitas. Se deja a cocer; se añade una copa de vino blanco

y a fuego moderado se deja por espacio de una hora.

Transcurrida esta hora, se le echa una copa de crema de leche, o simplemente la leche y se deja cocer media hora más. De cuando en cuando se destapa para dar vuelta al lomo y bañarlo por todos los costados. Al servirlo a la mesa se acompaña de patatas fritas, puré de patatas o de verduras saltadas en manteca.

BORDURA DUQUESA

Ingredientes: cincuenta gramos de manteca de vaca, cincuenta gramos de azúcar, 50 gramos de harina muy tamizada, decilitro y medio de leche, tres huevos.

Se bate la manteca hasta que se quede como una pomada, se añade el azúcar, la leche y la harina. Se pone a cocer, moviéndolo mucho, por espacio de tres o cuatro minutos. Cuando esté templada la masa se incorporan los huevos enteros uno a uno, moviéndolos hasta que resulte una pasta muy fina. Se untá un molde con manteca de vaca y se mete al horno por espacio de 25 minutos. Se cubre con una pasta o puré de melocotones, hecha del modo siguiente: se pelan cinco melocotones, se ponen a cocer en un almidar corriente, hasta que estén muy cocidos; se pasan por un tamiz, se les añade una cucharada grande de Curazao, se mezcla todo y se vierte sobre el flan.

LAS HEMORROIDES LO VOLVIAN LOCO

Comunica un paciente que era tanto el martirio que le producían las almorranas que le era imposible vivir feliz, se encontraba siempre mal humorado, con dolores de estómago, no podía andar, ni estar de pie, y que al terminar unas cajas de

S U P O S I T O R I O S A N O G E N
terminó todos sus sufrimientos.

Los **SUPOSITORIOS ANOGEN** se venden en cajas cerradas de 5 y 10 supositorios, nunca sueltos.

Distribuidores:

DROGUERIA DEL PACIFICO, S.A.

Suc. Daube y Cia.

Valparaíso, Santiago, Concepción y Antofagasta

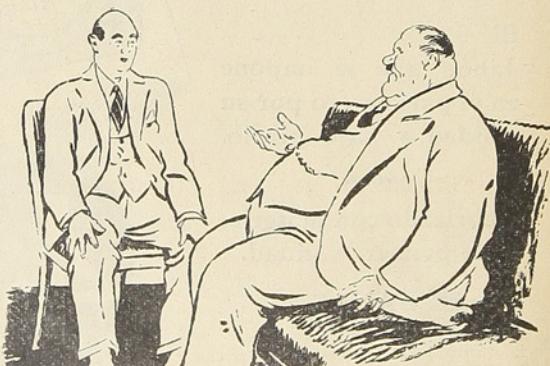
— O —

Base: Benzoato de aluminio, Alcohol, benzílico, Amino-benzoato de etilo.

C O P L A S

Si te quiero es con firmeza,
si te adoro es con verdad,
pero vos con un engaño
quieres el tiempo pasar.
Dos cosas estoy mirando,
dos cosas estoy pidiendo:
el amor que estoy llorando
y la dicha que no tengo.
Triste es el día sin sol,
triste es la noche sin luna,
pero más triste es mi amor
sin esperanza ninguna.
A ninguna he querido tanto
con el extremo que a ti,
y que tú no lo conocías
es lo que me aflige a mí.
Soy desgraciado en amores,
eso siempre me sucede;

pongo mis cinco sentidos
en prenda que no me quiere.
Quisierra ser un barquito
de cascarral' chafiar,
para embarcar un mocito
que me anda por engafiar.
Si no me quieren, bien mío,
quiero que me des la muerte
ya que dicha no tengo
de merecerse.
Es muy triste compadrejar
y andar sacando el cuchillo,
para ponerse amarillo
y dejárselo quitar.
Ojos míos no lloren
en pago ajeno;
no les darán consuelo,
son forasteros.

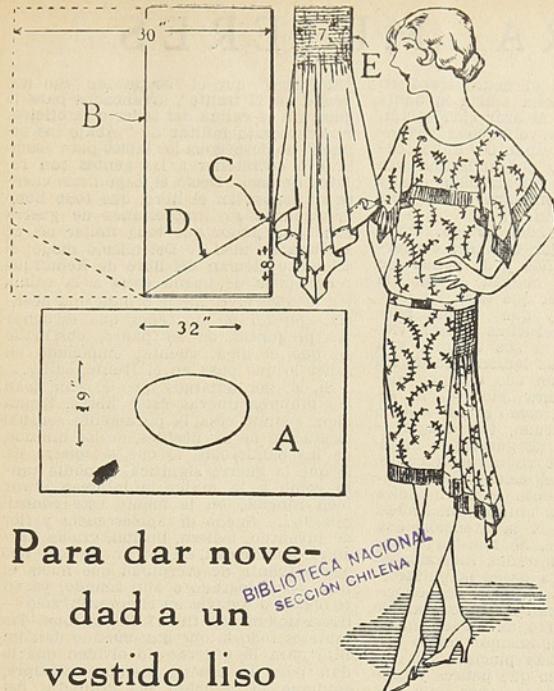


— X dice usted que desea colocarse en este Banco?

— Sí, señor. Ya anteriormente estuve colocado en otro.

— Era usted el encargado de la limpieza?

— No, señor; de eso se encargó el cajero.



Para dar novedad a un vestido liso

Este modelo nos enseña cómo podemos dar novedad y encanto a un sencillo vestido de verano, se necesita 1.50 metro más de tela que para un vestido liso sin mangas, y otro 1.50 metro de tela lisa para las franjas que lo adornan. El género del vestido puede ser voile, etamine, o cualquiera otra tela de algodón flexible y ligera, con dibujo floreado.

Córtese el cuerpo por un patrón liso, omitiendo las mangas, y la falda del largo que se le quiera dar y 10 centímetros menos de ancho que el contorno de las caderas.

La berta, como vemos por la A, es un trozo de tela oblongo, cuyo largo, para una talla regular, debe ser de 48 centímetros y el ancho de cuatro palmos. El agujero del escote que se corta en su centro, ha de ser un poco más profundo en el frente que en la espalda y desde luego lo bastante capaz para que pase por él la cabeza sin dificultad. Hecho esto se coloca la berta sobre el cuerpo, en el sitio que deba ocupar y una vez prendida, se corta el escote siguiendo la linea de aquella.

Para el paño fruncido de la falda, se necesita un trozo de tela de 75 centímetros de ancho y que pase un palmo del largo de la falda. Se dobla por el centro a lo largo, como indica la B, y desde el borde inferior se miden 20 centímetros y se marca la C, trazando una raya diagonal hasta el extremo del doblez (D) para formar la punta. Cortada ésta, se pasan quince frunces en la parte superior de la pieza, a la distancia de 2 centímetros uno de otro, y se fruncen después reduciendo su anchura a 15 centímetros cual muestra la E.

El adorno se corta a tiras rectas de 8 centímetros de ancho, que se cosen al vestido por el revés volviéndolas después al derecho. Se pondrá el adorno al paño fruncido, antes de coser éste a la falda.

LA FEROCIDAD DE LAS GAVIOTAS

Un marino noruego que pertenecía a la tripulación del transatlántico «Flandria» fué arrastrado por una ola cuando se hallaba en cubierta y sin que nadie advirtiera la desgracia.

Bastante alejado estaba de la costa, pero era un excelente nadador, y, después de desnudarse, comenzó a nadar en dirección a tierra. Pero aun estaba a medio camino, cuando fué atacado por una bandada de gaviotas que comenzó a acribillarle a picotazos.

El marinero se defendía a manotazos y continuaba nadando hacia la costa sin perder la serenidad, pero no sabemos qué habría sucedido de no acertar a pasar cerca el transatlántico «Edisa» que le recogió curiéndole de multitud de heridas que el médico de a bordo calificó de pronóstico reservado.



CONTENTO...

y de buena salud gracias a

MILKO
M.R.

el buen alimento que debe darse a las guaguas cuando falta la leche materna.

Contiene inalterables sus vitaminas y demás propiedades.

Elaborada en Los Andes por la
CIA. AGRICOLA SAN VICENTE

En venta en todas las Boticas y Droguerías.

Precio: \$ 4.80 el tarro en las provincias de Santiago y Aconcagua.

A base de leche desecada.

LIBROS PARA MUJERES

Todas estas muchachitas tan jóvenes, tan graciosas, tan delicadas, con quienes nos tropezamos en la biblioteca, en la librería, en la Universidad, en el tranvía o en el «Metro», llevan estos días en las pulidas manos estos libros terribles, desagradables, feos, que son: «Sin novedad en el frente», «Guerra», «El Fuego», «Los que tenemos doce años». Viéndolas reir con su risa cantarina y doblemente optimista de muchachas jóvenes y de mujeres modernas, casi nos da pena pensar que van a intrincarse por los caminos asperos, tortuosos, hirientes,

que el blanco sobre el negro traza en esas páginas. Mi buena amiga la dama del ochocientos, que al azar abrió algún día cualquiera de esos volúmenes horrendos, se estremeció de espanto y halla ocasión para declamar por milésima vez aquel discurso que, invariablemente y ya clásicamente, comienza: «En mis tiempos, una señorita...»

«Oh, si, mi respetable amiga, entre cuyos tesoros el mejor es haber conservado a través de años y de penas ese candor maravilloso, merced al cual le es dado a usted creer que «sus tiempos» fueron ejemplares y que «todos» pueden resignarse por aquellas mismas viejas normas..., que a sus tiempos y a usted llevaron al más lamentable de los fracasos! «Oh, si; en sus tiempos ninguna señorita hubiera leído — ni siquiera a escondidas, como otros — libro tan amargo, tan crudo, tan desgarrador, como ese libro de guerra de la última guerra que la rubia adolescente, vecina nuestra en el asiento del tranvía, sujetó fuertemente entre los diez petalos rojos de sus unitas esmaltadas, mientras agarraba a él la atención desprendida del paisaje, de nuestra vecindad y aun de las miradas incendiarias que alquien le aseta desde la plataforma! «Oh, si; en sus tiempos, las señoritas lectoras abrevaban su vago afán de lágrimas en el chorro de lo sentimental, tal, que es placer al mismo tiempo que dolor!... Cuento más plácidas sus vidas, mayor su anhelo que padres y preceptores satisfacían — ¿por qué no, poorecitas? — poniendo en sus manos y ante sus ojos novelas y melodramas de exasperado sentimentalismo, que hiciesen llorar mucho, mucho..., y en que todo, naturalmente, acabase bien. En sus tiempos, claro está, una señorita se hubiera sonrojado de que le contaran como los soldados batallan, más que contra el enemigo, contra la disentería y el propio terror; como la moral y aun la estricta dignidad humana no se tienen de pie traídos muchos días de agazaparse en la trinchera... «Oh, no, no! En sus tiempos, una señorita no hubiera leído libros como éstos..., y, sin embargo, ¡vean mi amiga ochocientista, qué rara consecuencia! Acaso ella misma, por eso mismo, tiene un poco de culpa en que estos libros hayan tenido que escribirse...»

Creo recordar también, mi respetable amiga, que en sus tiempos nació un libro de paz, que bien podría ser antecedente literario de estos libros de guerra..., si éstos pudieran cenirse a forma alguna de literatura, si no fueran más bien antiliteratura... Quiza no lo haya usted leído; iera un tanto fastidioso!, y hoy sin duda horriblemente anticuado... Se llama «Abajo las armas!» Lo escribió una dama, una aristócrata, la baronesa Berta de Suttner, muerta, por dicha suya, unos días antes de estallar la guerra última, la que todos tenemos en la mente al decir «la guerra»... Claro que, escrito por mano de mujer, que a pesar de la valentía de su título, «Abajo las armas!», resulta un poco más suave que «Sin novedad en el frente». Además, entonces no había trincheras, ni gases asfixiantes, ni aeroplanos, ni creo que servicio militar obligatorio. Ni aun de haber todo eso, le hubiera sufrido la baronesa... Aparte su tarea en los hospitales de sangre, ella no pudo conocer lo más vivo y descarnado del horror de la guerra sino a través del relato de su marido... Y ¡ay!, exactamente igual que el «poilo» de

«El Fuego», que el «boche» de «Sin novedad en el frente», arrancados para la guerra a la calma del taller o la oficina, el aristocrático militar de «Abajo las armas!» no despegaba los labios para asombrar o entretenér a las gentes con relatos heroicos. Decía él, según nos cuenta su esposa en el libro, que todo hombre guarda sus impresiones de guerra con igual pudor que toda mujer las de su luna de miel... Del mismo modo, el soldadito alemán del libro de Remarque renunciaria de buena gana a la calma y a la seguridad que le brinda una licencia, con tal de no tener que escuchar las preguntas de su padre, obstinado en que él diga, cuente, empeñado en saber lo que pasa en el frente, «allí»...

Si, si, por amargos que le sean, lean las mujeres nuevas estos libros. Sepan bien, cuando cesa la puramente sensual excitación de los desfiles, de los himnos, de las banderolas, lo que la guerra es, lo que la guerra significa. A nadie tanto como a la mujer le interesa llevar bien hincado en la mente este conocimiento... Sueño de adolescencia y flor de juventud, belleza, ilusión, gracia, ternura, feminidad, en fin, ¿no es todo ello acaso fuente de eternidad que hacia el hijo — ya logrado o aun sonado, ya en el regazo o todavía en el corazón, solo — irresistiblemente fluye? Sepan bien las mujeres todo lo que dan cuando dan un hijo para la guerra: no olviden que lo dan para la muerte siempre, siempre, «aunque lo respeten las granadas del enemigo».

¡El enemigo! Es decir, el hijo de otra madre, que tiene para el suyo las mismas ambiciones que nosotros para los nuestros, acaso los mismos ideales, quien sabe si esa segunda patria común que es la misma religión, o la misma ideología, o el mismo oficio... Hijo y madre que hubieran sido nuestros amigos, nuestros compañeros o nuestros aliados, de haber nacido unos palmos de tierra más acá, más allá, o —lo que aun es más estupendo! — unos años más pronto o más tarde!...

En la lectura de esos libros de guerra, que muestran no la trompetería de la guerra, ni aun siquiera el sacrificio, la noble inmolación de la guerra, sino simple y honradamente el asco de la guerra, aprendan las mujeres nuevas estas verdades nuevas — pero cristianas, pero humanas — para infiltrarlas en el espíritu de sus hijos, los hombres de mañana. Y ello sin temor a crear generaciones desprovistas de valor, de virilidad, de heroísmo... Lo heroico vibra precisamente en el alma de nuestro tiempo. Fortuna y vida se dan hoy deportivamente como en un juego... Nunca podrá tacharse de antihéroica la época de los hombres que vuelan. Si hasta ayer no se tuvo por heroicidad sino la de los «hombres que matan», ello quiere decir sencillamente, que hoy ponemos el ideal del heroísmo muchísimo más alto.

MARIA LUZ MORALES

CANOSOS

NO PIERDAN SU TIEMPO EN EN-SAYOS CUANDO TIENEN A LA MANO

LA TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

(M. R.)

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud, en negro, castaño obscuro, castaño y castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años que se vende en todas las Farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

UD.
EVITA
FUTURAS
RECRIMI-
NACIONES

si acostumbra a sus hijos a tiempo a la higiene bucal diaria con

O D O L.
El fuerte poder bactericida de ODOL evita la carie y da a los niños un aliento sano y perfume-

do. ODOL significa para el niño buena salud y alegría.



Base: Orthoxybenzilalcohol.

M. R.

Escija
películas
de esta
marca



Son las
mejores
del mundo

MARINERIAS

—No es de extrañar que este Enrique Blanco haya hecho carrera—decía el capitán Botavara.— Los hombres de mar modestia aparte, son la gente más lista del mundo. Y no existe persona más apropiada que un marinero para ejercer de profesor de idiomas.

—¿Por qué, capitán?

—Porque los marineros dominamos un vocabulario muy extenso, como podéis comprobar en cualquier ocasión, paseando en un bote por el puerto, y tengáis la desgracia de chocar con otro bote recién pintado. En seguida oiréis un vocabulario tan variado y extenso, así como subido de color, que os dejarán de hoja y media.

—¿Esta es la causa que los loros que lleváis de América sueltan siempre palabras groseras?

—Sí, a menos que tengamos la precaución de llevarlos cerrados en el rancho de la marinera. En este caso sólo aprenden a roncar.

—Y, hablando de los marineros listos, ¿habéis conocido muchos?

—Todos, todos los que he conocido lo han sido. En lo único que han demostrado no serlo es en haber escogido el oficio del mar, que es muy rastreño, Guillermo.

“Pasear en un balandro es delicioso, cruzar el Atlántico es muy interesante, pero ir enrolado de marinero en una fragata y tener que subir a media noche a aferrar velas en medio de la lluvia y del viento, es una vida de perro.

“Por esto Blanco, más espabilado que otros, dejó los buques de altura tan pronto lo fué posible, sin pensar que, con el tiempo, podía haber llegado a capitán de algún transatlántico.

“Pero el hombre no quiso sufrir más tiempo las inconveniencias de la vida marinera, e hizo bien.

“En cambio, yó he conocido a otros marineros, tan listos como él, que con sus ingenios pasaban la vida de mar deliciosamente. Por ejemplo, conocí uno, que hizo el viaje conmigo en mi última travesía, que se llamaba Atenodor Urgazagoitibáleste...

—¡Anda, qué largo es esto!

—Aquí está la gracia. Este hombre siempre lo habrías visto que, mientras los otros trabajaban, él hacia el distraído. ¿Cómo se lo arreglaba? Cierta día, hablando con los demás marineros, oí como lo explicaba. Mi nombre verdadero, decía, es Pablo Pino, un nombre muy corto. En mis anteriores viejas, todos los oficiales de a bordo siempre era a mí al que llamaban: Pino traiga eso, Pino, suba allí, Pino corre allá. Pino, ize la mayo. Pino, arrie el foque, etc. Todo era llamar a Pino. ¡Ah, sí!... Pues en adelante, al firmar la contrata, lo hice con el nombre de Urgazagoitibáleste, y me ha dado el resultado apetecido. Cada vez que uno de los oficiales del barco quiere mandarme algo, todos, por no saber cómo pronunciar mi nombre, llaman a los otros y yo sigo... tan fresco.

—¿Sabeis, capitán, que el *truco*, de este individuo era acreedor a que se le levantara un monumento?

—Todos los marineros somos así. Ahora recuerdo, que una vez, uno de mis hombres, cometió una falta estando en un puerto extranjero, y para burlar a la policía que lo estaba persiguiendo, vino a bordo corriendo. Yo lo hice meter dentro de un saco y esconder en la bodega, entre los demás bultos de la carga, que era lingotes de hierro viejo. La policía subió a bordo y empezó a registrar todo, buscando al fugitivo. Uno de ellos, bajó a la bodega y se puso a golpear los bultos para comprobar lo que contenían. Cuando llegó al saco que estaba escondido el marinero, éste al recibir el golpe, imitó con un alarido sonoro, tan perfectamente el sonido del hierro viejo, que el policía, quedó convencido, que el perseguido, no se hallaba en la bodega.

—¡Vamos... capitán!... ¡Esto es demasiado gordo para que me lo crea!...

—Esto es, también, una especialidad marinera.

GUILLERMO LORO

Receta de Cocina

TORTILLA A LA JARDINERA

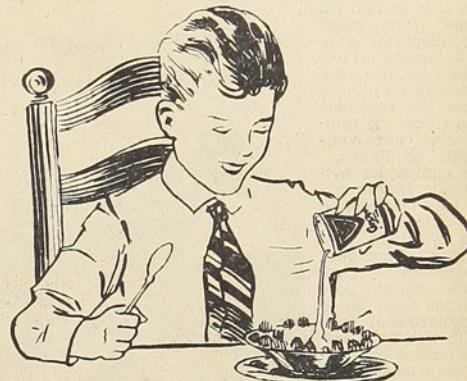
Ingredientes: un cuarto de kilo de judías verdes, dos patatas medianas, dos zanahorias, una cebolla pequeña, cien gramos de manteca de vaca.

Se limpian las verduras, partiéndolas en tiritas finas, y se ponen a hervir con la sal, por separado. Cuando estén tiernas, se ponen a escurrir, dejándolas bastante tiempo.

En una sartén se pone la manteca de vaca, rehogando las verduras. Se batén los huevos y se cuejan a fuego lento, dándole la forma de una tortilla a la francesa. El sobrante de las verduras se coloca alrededor de la tortilla en la fuente donde se vaya a servir.

Una Combinación Exquisita al Paladar

REEMPLAZA
a la crema y es más deliciosa



«CREMORA» con frutillas, fresas, zarzamoras, frambuesas, etc., como con frutas cocidas o al jugo, forma un postre sumamente apetitoso.



¡Pruébela con Avena!

En los nuevos tarros de medio tamaño que se venden ahora, hay una gran economía para la dueña de casa que desea tener cada vez «CREMORA» fresca.

Leche evaporada (sin azúcar)

Cremora

M. R.

FABRICANTES:

WEIR, SCOTT & CIA.

LO QUE DIJO "MADEMOISELLE"

Los cinco hermanillos y las dos chiquillas, sus primas, forman una bandada de alborotadores dentro y fuera de la casona campesina donde veranean con sus padres.

El capitancillo de la banda, Andrés, cuenta doce juncios, y la menor de las niñas, Mariita, dos años y medio. Decidida, la chiquitina corre tras los muchachos y, ¡zas!, patitas arriba a los primeros avances... pero se levanta sin llorar, y si se jugando a la pelota a los muchachos allá se va Mariita y, agarrada a los faldellines de la Nena, su hermana, pide con media lengua que le den la pelota... Y se la dan; ¡vaya si se la dan los picaros! ¡Pum, pum!

Se la disparan a la cabeza, y como un ovillo cae la pequeña, que berrea un poco, y oyendo las risotadas de los chicos ríe también con cara compungida de llanto.

Del campo de *tennis* donde juegan pasan los traviesos a otros sitios del parque a divertirse. ¡Vaya unas diversiones a veces! Salen a escondidas por un portillo a las eras, donde les aguarda el pastorcillo que sabe hacer barquitos con corteza de árboles y cazar gorriones para que se los lleven a la pelona gatita del cocinero, que se pirra por ese manjar plomoso. Y los devora la golosa después de dárselos para que se refoculen y los mordisqueen los tres hijos de la señora gata.

Ayer por segunda vez sonó la trompeta llamando a la comida, y escapados los chicos se dirigieron a la casona. Tenían tiznadas las caras y las manos—no habían acudido al primer llamamiento para asearse antes de sentarse a la mesa, y *mademoiselle* los reprendió severamente.

No les estaba permitido, sin avisar, salir a las eras.

—Se lo dijimos a mamá—se disculpó la espigada Nena.

—Pero yo no lo sabía hasta hace un momento. ¿Y qué habéis hecho para venir como limpiachimeneas?

—Hemos comido ranas.

—Hemos asado ranitas y comido las patas.

—Como en Francia... su país, *mademoiselle*.

—Las descuartizaba el pastorcillo, y al fuego, pasadas en paillitos las patas. ¡Qué ricas son; saben a manteca!

—No, a pollo.

—Vaya un festín de sapos! Porque de seguro serían sepos...

—Oh, *mademoiselle*!

—No nos tome por idiotas... Somos sus discípulos—dijo, con picardía, Ricardo—Eran ranas, ranitas verdes con la panza amarilla.

A uno de los pequeños se le pusieron de punta las patas de las ranas y echaron a correr en su estómago...

Se burlaron de él los grandulones, pero no acabó para ellos bien el día. Maniobraban en el embarcadero del lago Andrés, Ricardito y su hermanita Nena para desenganchar el bote e irse a "navegar" cuando dando brincos se acercaron los perros del capataz y con mala intención arrollaron a los chicos... ¡Al agua, patos! Es decir, al agua los tres en montón, que se remojaron de lo lindo y se asustaron, aunque dicen que no... que no...

Los días de gran lluvia agosteña tiene que pasar horas en sus salas de chiquillería, y se "cuidan" entonces de una urraca enjaulada, que no aprende a hablar—y que les diría cuatro frescas si hablará—, y de alimentar con leche el pobre

erizo que arrancaron de las patas de un perro; pero no goza de mejor suerte en poder de los chicos. Esos breves y tranquilos entretenimientos en casa terminan con el juego "a la guerra", con estrépito de muebles y disparos de gruesa artillería que hacen estremecer las salas bajas, habitadas por la banda y donde ocurren las batallas. Aturdida, buscando modo de contener el impetu estridente de los muchachos, ¿qué es lo que inventa *mademoiselle*?

Juegos, lecturas, cuentos, y una vez, ¡oh!, descanso de la maestra, tuvo a la banda boquiabierta y fijos los curiosos ojos en ella mientras les contaba esta historia:

Iba por camino pedregoso y largo una campesina con sus tres niños. La guerra había arrasado, con otras aldeas, la suya; se dispersaban las gentes huyendo de las batallas y se metió por selvas y barrancos, sin saber por dónde, la pobrecita con sus hijos.

El hambre y el cansancio les rendía y ya no podían andar. La madre tomó en brazos a otro niño, que acurrucó con el que llevaba al pecho, y cogiendo la mano del mayoretto le habló:

—Unos pasitos más... Veo junto al bosque una granja. Dios nos ayudará.

Anduvieron hasta las cercanías de una alquería muy hermosa. Vereda corta terminaba en la corralera ante la casa. Los ladridos de tres feroces perros, lobos presos a la entrada aterraron a la mujer. Al ruido apareció un viejo muy grande, con barbas como hilos de cobre y un vergajo en las manazas. Grito furioso:

—Fuera de aquí; fuera, vagabunda, o te suelto los perros.

La infeliz se desmayaba; puso los niños en el suelo y extendió suplicantes, las manos.

—Llegó una mujer muy alta, flaca y negra, con tartera de comida para los perros.

—Un pedazo de pan, una pizca de esa bazofia para mis niños, que mueren de hambre—pidió, de rodillas, la madre.

La flaca mujer puso en tierra la cacerola y se fue riendo. Entonces las tres criaturitas famélicas se arrastraron y a puñados se metieron en la boca patatas y pílafas del rancho. El viejo restalló el vergajo y, maldiciendo, rugió:

—Ahora veréis ladrones.

Y desenganchó a los canes lobos. Disparados se abalaron zaron a los niños y ocurrió que...

(La chiquillería, quieta, contiene el aliento, escuchando.)

Pues ocurrió que los perros, en fila, se pusieron a un lado y, sin estorbar a los niños, les dejaron comer.

Visto lo cual el viejo de las barbas de cobre castigó con el vergajo a los canes, azuzándoles contra los niños; pero los perros auillaron lastimeramente, y mansos, cariñosos, resguardaban con sus cuerpos los cuerpos desnuditos de las criaturas...

En tal momento el viejo se detuvo temblando y se llevó al pecho las manos con dolor de arrepentimiento por su maladía. Acogió bajo techo para siempre a la madre y sus hijitos, aquellos hambrientos sin amparo, quienes dejaron comer en paz su comida los terribles perros de la granja.

Silenciosos quedaron los muchachos y pensativos.

Clareaba la tarde y salieron al jardín. Nena y Ricardo iban detrás y se volvieron a la casa. Nena abrió la jaula de la urraca, que voló chillando alegre; Ricardo cogió el erizo que tenía prisionero y fúese a dejarlo libre en las recatadas mimbreras ante el huerto de los manzanares.

SOFIA CASANOVA



... las gentes nos juzgan por nosotros y por quienes nos rodean.



Rejuvenezca a su mamá y se rejuvenecerá Vd. misma

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Esto que parece un contrasentido, no lo es en realidad. Si su mamá tiene canas abundantes, las gentes creerán que tiene más años de los que tiene. Y por extensión afirmarán que Vd. también se quita la edad. Muchas madres perjudican así, sin quererlo, el porvenir de sus hijas. Los hombres se fijan más de lo que parece en la edad de sus futuras esposas. Rejuvenezca a su mamá aplicándole todas las mañanas unas gotas de Agua de Colonia "La Carmela". En pocos días le quitará quince años de encima. Y la juventud de ella se reflejará en la juventud de Vd.

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Precio del frasco \$ 18

CANAS

El Agua de Colonia
"LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente inofensiva.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA DEL PACIFICO S. A. - Suc. de Daube & Cia

VALPARAISO SANTIAGO CONCEPCION ANTOFAGASTA

"P A R A T O D O S"

LA SILUETA MODERNA

El corte de los vestidos de esta estación es muy sencillo. Son enfundados señalando ligeramente la silueta; bastante largos atrás o bien a los lados, cayendo en puntas. Las caderas ajustadas, un cinturón derecho marcando el talle, y en total todo el cuerpo enriquecido de detalles y adornos, hace un conjunto a la vez sencillo y elegante.

La elegancia es tal, para todas las horas, que es difícil distinguir un elegante deshabillé a un vestido de noche. Los dos ofrecen una gracia y delicadeza, que siempre una mujer moderna se ve regiomente ataviada.



Vestido de noche en encaje de Dognin-Racine y crepe satin. Creación Maggy Rouff. Deshabillé muy elegante en encaje Dog-nin-Racine. Capa de muselina incrustada de encaje. Creación Tonkonoguy.

¿Cuál es más seductor de estos dos modelos, en los cuales el encaje de Dog-nin Racine luce toda su esplendidez?

Vemos igualmente en este grabado otros detalles para nuestra toilette. Para cuellos, puños, cartera y todo accesorio de coquetería, es muy apropiado el bordado mosaico, hecho de pedazos de géneros recortados en varios colores, unidos unos con otros y bordados encima con hilo dorado en un punto especial.

El sombrero en el mismo estilo del vestido, sigue la forma original del cuello o esclavina. Ambos están confeccionados en paño verde jade combinados de astrakán plateado.

LA SALVACION DE SU CHICO

en el caso

de insuficiencia
de la leche materna



Médicos y enfermeras aprecian cada día más el valor de la leche "LECHERO", como alimento para criaturas, que carecen de la leche materna.

MAS DE 600 MEDICOS

han atestiguado por escrito los excelentes resultados obtenidos en la alimentación de criaturas con

LECHE CONDENSADA

"LECHERO"

La leyenda de las sirenas

Desde tiempos muy antiguos hasta hace un centenar de años, no sólo el vulgo, sino también la mayoría de los hombres de ciencia, han creído en la existencia de las sirenas.

Sobre ellas se forjaban las leyendas más fantásticas y absurdas. Ciertos autores holandeses han dejado escrito que algunas aldeanas cogieron una sirena cerca de la costa y le dieron hospitalidad en sus casas turnándose semanalmente en este deber de conciencia. La sirena convivió mucho tiempo entre los aldeanos, los que consiguieron que aprendiera a santiguarse. "De cintura arriba" dice el autor holandés—era una mujer exactamente. Sin embargo, no pudieron aquellas buenas gentes enseñarla a hablar".

En China existe una leyenda semejante. Un pescador cogió una sirena y se la llevó a Formosa, donde vivía. Tan hermosa era de cintura arriba, que el marinero se casó con ella. También esta sirena aprendió muchas cosas, incluso a vestirse, pero, como la holandesa, jamás pronunció una palabra.

Homero ya mencionaba las sirenas en su "Odisea", y si bien esto es admisible por ser la "Odisea" una obra literaria y de imaginación, no ocurre lo mismo con los tratados de algunos naturalistas que aceptan la existencia de las sirenas.

Ni siquiera el gran Plinio se libró de este error.

Los expedicionarios españoles, en sus frecuentes viajes a América, a raíz del descubrimiento de este continente por

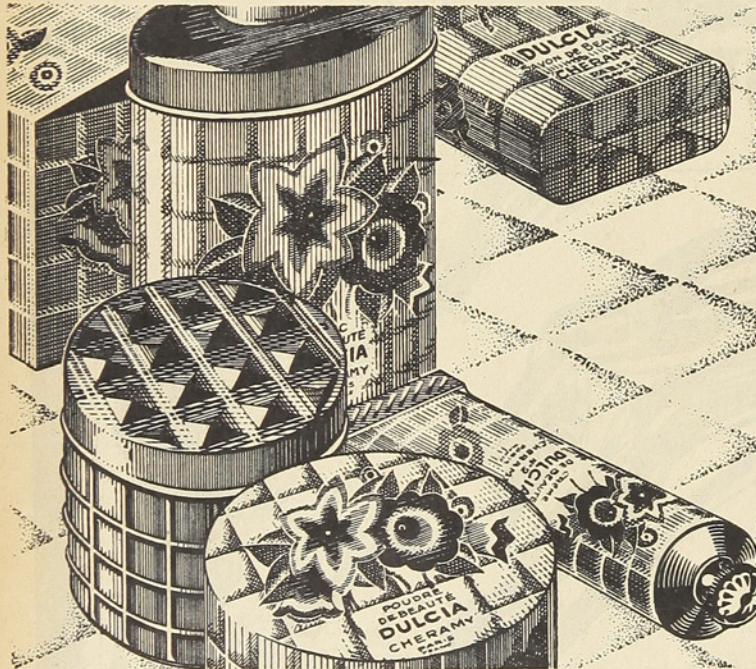


La sirena tal como la pintaban los antiguos.

Cristóbal Colón, también se tropezaba, según decían con peces que de tales sólo tenían la cola, siendo de cintura arriba hermosas mujeres de abundante cabellera o atléticos varones de población barba. Hernando de Grijalva fué uno de los navegantes que con más energía afirmó haber visto estos legendarios monstruos.

El padre Feijóo, en su "Teatro Crítico" acepta la existencia de las sirenas, y podríamos mencionar hasta cuarenta o cincuenta nombres ilustres que creyeron semejante superstición.

Pero el error es explicable. La cién-



PARA SU BELLEZA

CHERAMY acaba de crear, para su belleza de usted, los PRODUCTOS "DULCIA". Merced a ellos, desde ahora en adelante podrá usted conservar la frescura y el esplendor de su epidermis durante 10-15-20 años...

Pida en cualquier perfumería el folleto explicativo "PARA LA BELLEZA".

TARRO . . . \$ 6,50 TUBO GRANDE . . . \$ 5.—
OTROS PRODUCTOS DULCIA

POLVOS . . . \$ 4.— Jabón . . . \$ 3.— Talco . . . \$ 4.—

Precio en Santiago.

PRODUCTOS DE BELLEZA

DULCIA
CHERAMY
PARIS



Una sirena de verdad—un manatí—sostenida por el árabe de Aden que la pescó.

cia moderna ha descubierto el motivo de semejante confusión, extrayendo del mar algunos ejemplares de los peces que la superstición de los antiguos tomaba por personas. Estos peces son los manatíes. En uno de nuestros grabados se ve un percidado de tal especie, sostenido por el marinero de Aden (Arabia) que consiguió hace poco pescarlo en aquellas costas. Como el lector puede comprobar, el pez, por sus brazos y por su cabeza, tiene algún parecido con el ser humano, pero de eso a atribuirle una belleza femenina capaz de seducir a un marinero hasta el punto de arrastrarlo al altar, hay mucha diferencia, dicho sea

DOS MINUTOS EN CADA PAÍS

El peligro de ser hermosa

En Hawái hay un terrible volcán llamado Kilauea, cuyas frecuentes erupciones tienen a los indígenas en un constante sobresalto. La superstición se encarga de hacer más profundo el terror de los desdichados isleños, para los que el volcán es la morada de "Pele", diosa del fuego, la cual demuestra su malhumor produciendo temblores de tierra y arrojando por el cráter del volcán—puerta de la casa de "Pele"—humo, fuego, piedras y arena, todo ello acompañado de espantosos ruidos, es decir, rugidos iracundos de la diosa.

Pero no siempre estas erupciones son consideradas como demostraciones de ira y malhumor, pues a veces la diosa arroja lo que los indígenas llaman "flores de Pele" y que en realidad son estalactitas incrustadas de cristales. La belleza y el brillo de estas piedras, es lo que hace a los indígenas ver en ella un obsequio hecho por la diosa, en un momento de alegría y de generosidad. Otras veces, por el cráter brotan surtidores de lava líquida y también ello es considerado como un signo de buen augurio por los salvajes, los que dan al fenómeno el nombre de "caballo de la diosa".

Pero lo peor de todo es que cuando la



diosa monta en cólera y empieza a bramar, a echar fuego por la puerta de su casa y a hacer templar la tierra, los indígenas escogen entre las muchachas de la tribu a la más hermosa y la arrojan dentro del cráter del volcán, creyendo que este sacrificio aplacará las iras de la divinidad.

Así se explica que las mujeres de Hawái, al contrario que las del resto del mundo, no quieran ser hermosas.

Salvajes en un país civilizado

En algunos parajes montañosos de las Islas Filipinas, país actualmente civilizado, hay tribus indígenas que viven aisladas de la civilización y en completo estado salvaje.

Ftos indígenas van casi desnudos, no conocen más armas que el hacha y la lanza y se alimentan de carne de perrro, a los que ceban, cuando llega la época de la matanza, como hacemos, en España con los cerdos.

También se dice que se dedican a la caza de cabezas, con lo que queda explicado que construyan sus casas en las copas de los árboles, disimuladas entre el ramaje. De este modo pueden dormir casi seguros de que, al despertar, conservarán la cabeza sobre los hombros.



El Dolor de Cabeza y los Milagros

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

Los milagros no existen para la Ciencia, pero si existe un milagroso remedio, de efectos sorprendentes para quitar instantáneamente el dolor de cabeza más agudo. Ese remedio es la renombrada FENALGINA.

El dolor de cabeza aniquila al que lo sufre. Quita el ánimo para todo. No deja trabajar. No deja comer. No deja dormir. Y sin embargo, es tan sencillo hacerlo desaparecer! Tómense una o dos tabletas de FENALGINA en cuanto le empiece a doler la cabeza. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. ES INOFENSIVA.

Pueden tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTA SUBSTITUTOS.

EEJA SIEMPRE QUE LE DEN

DHENALGIN

(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniátrida.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARI—Casilla 29 D, Santiago de Chile



Sal Digestiva

Be-me-é

M. R.



ARDORES DE ESTÓMAGO
ACIDEZ GÁSTRICA
PESADEZ DE ESTÓMAGO
VÓMITOS



DOSIS: Una cucharita después de cada comida

FÓRMULA: Bicarbonato de sodio
Carbonato de calcio

VENDESE EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESSIONARIO PARA CHILE: AM-FERRARI CASILLA 250 SANTIAGO

La mujer en actividad

Miss Televisión

Esta muchacha es norteamericana, se llama Jeanne Dore y ha sido elegida



reina de la televisión, porque su imagen es la que con mayor claridad ha podido transmitirse a largas distancias. No es extraño que esta graciosa joven se vea muy bien en la pantalla receptora, pues en la foto ya se ve bastante entre el zapato y la falda.

Una valiente

Ved, a la derecha, la señorita—palabra de honor que es una señorita—Nancy Hopkins, única mujer que ha tomado parte en el último concurso de aviación con que Ford premia anualmente



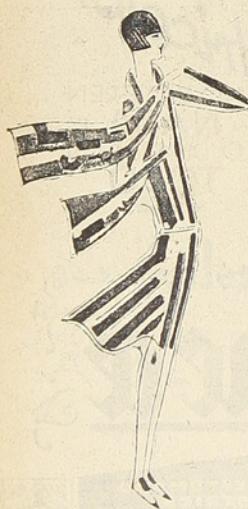
al piloto que demuestre más seguridad en el vuelo. En fin, señores, que la señorita Hopkins es una mujer con toda la barba... y perdón por la paradoja.

Miss Frescura

Esta hija de Eva, llamada Ruth Mi-



ller, publicó en varios periódicos norteamericanos el siguiente anuncio: "Muchacha agraciada se casará con caballero que le preste 500 dólares para atender enfermedad anciana madre". Y por este sistema la señorita Miller reunió la cantidad de 8.000 dólares. La policía ha intervenido porque la anunciantre mintió poco triplicado, ya que no tiene madre, no se quiere casar y es bastante feilla la pobre, en vez de "agraciada" como decía en el anuncio.



UNA SILUETA ELEGANTE

obtendrá usted en muy poco tiempo, haciendo desaparecer la obesidad y gordura excesiva tomando:

**Tabletas
Phytolina**
M. R.

Concesionarios para Chile, de este producto:

BOTICA DEL INDIO

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

AHUMADA ESQ. DELICIAS

SANTIAGO

CASILLA 959

Base: Phyt B.

Mitigal
M.R.-Sulfido

De efectos incomparables contra picazones, sarpullido, eczemas, comezón, sarna, etc. homólogo fenílico.

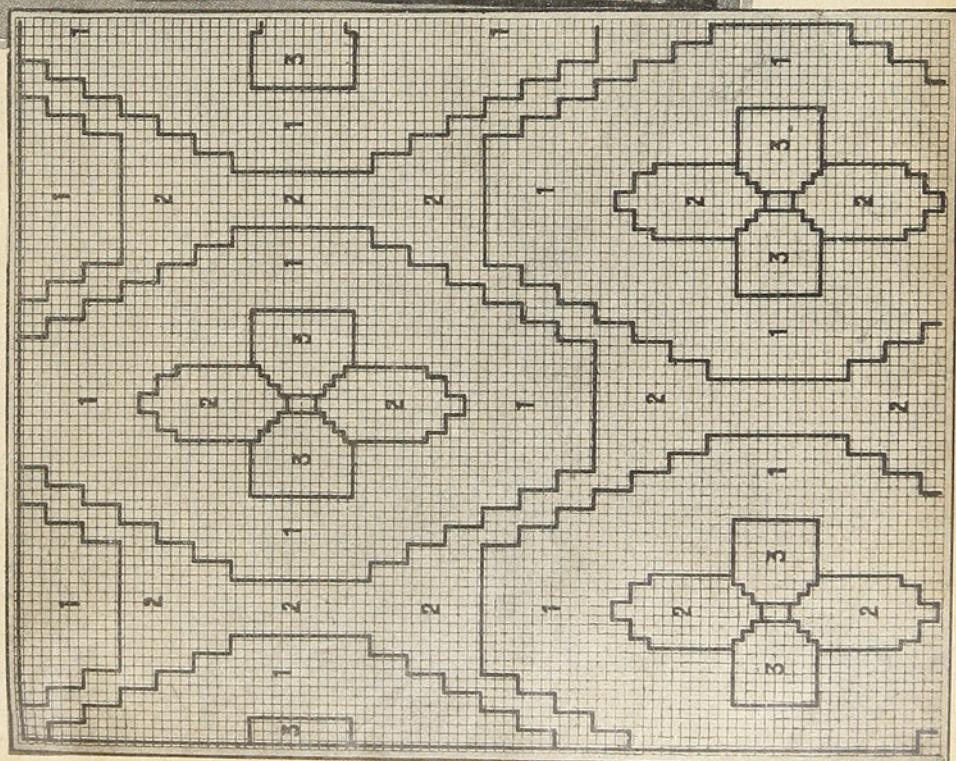
COJINES

BORDADOS

EN

ESTERILLA

Damos aquí dos bonitos modelos de cojines. El material para ambos es esterilla de una hebra, la que 7 cuadritos del tejido (8 hebras) deben ser 1 cm. Para bordar se empleará seda vegetal frotte, en los colores que indican el dibujo; también se puede bordar con lana, que debe ser tan gruesa que cubra enteramente el tejido, o si es delgada se puede poner doble. Los números en el dibujo indican los colores de la seda o lana. Los dos cuadritos que quedan en el medio de cada dibujo se rellenarán con una estrellita de seda vegetal negra.





¿Bufanda

El punto esencial en el pañuelo para el cuello, en los últimos años, era siempre la bufanda. Ahora no es esa la preocupación, lo más importante es que combine bien con el abrigo, no es necesario sea del mismo color, pero en tonos que resalten y armonicen bien; no por esto se deja de llevar una bufanda azul con un abrigo azul. Ahora la moda indica que el material de la bufanda o pañuelo, si es para abrigo sea de lana o cachemira de China. Y de seda o crepe de China, para la noche. La última palabra para el frac, es el tono blanco o plata.

o pañuelo?

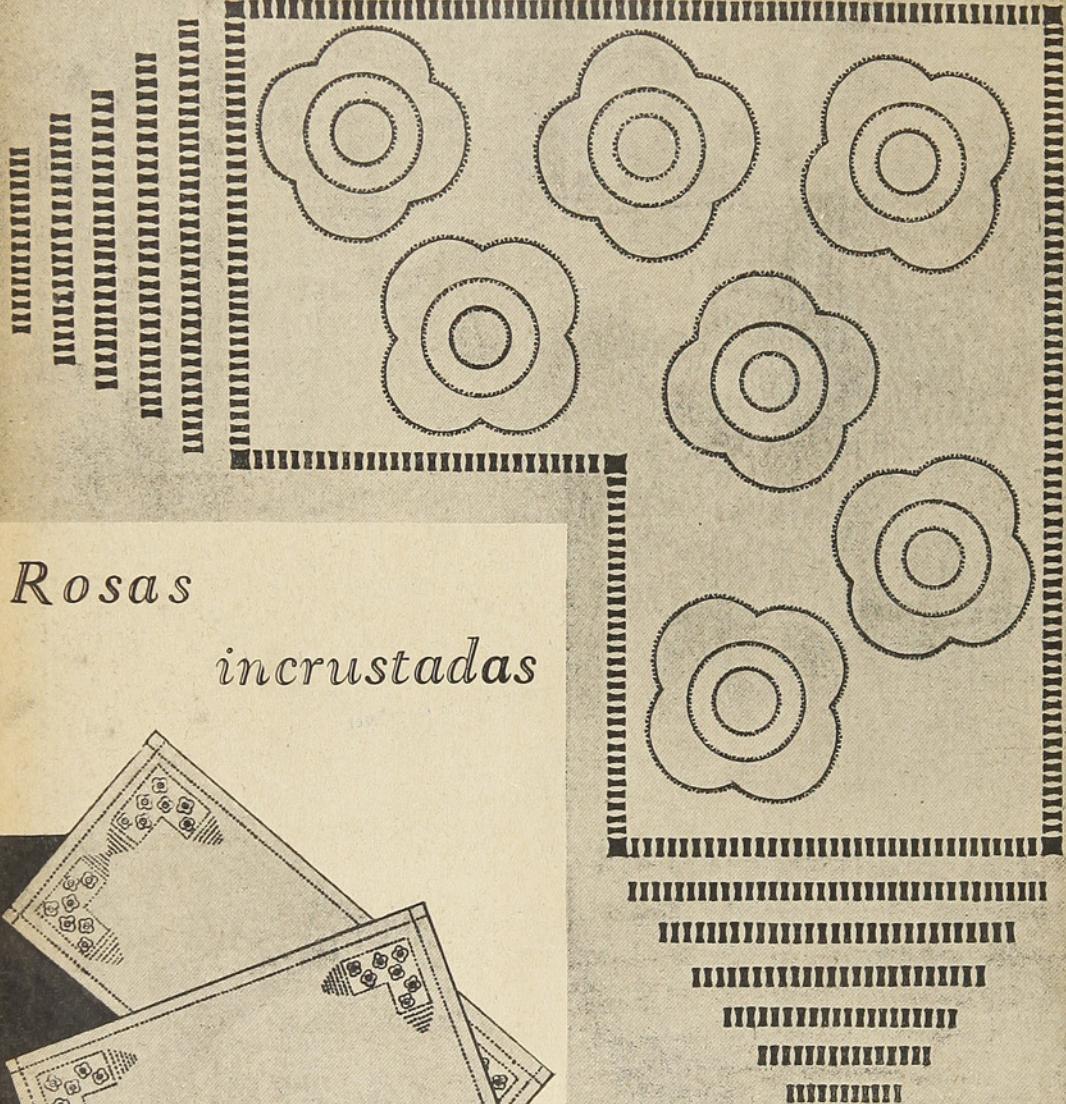
El abrigo elegante necesita el pañuelo de seda en color para que se distinga del de la noche. El pañuelo de cachemira de lana es para el abrigo grueso de tweed.

Para el smoking, se lleva un pañuelo de crepe satin en negro y gris.

Para el traje de tarde se lleva una bufanda blanca y larga, que reguar de la camisa y chaleco.

Para el abrigo con vueltas de terciopelo, se lleva la bufanda de crepe de China con una franja listada.

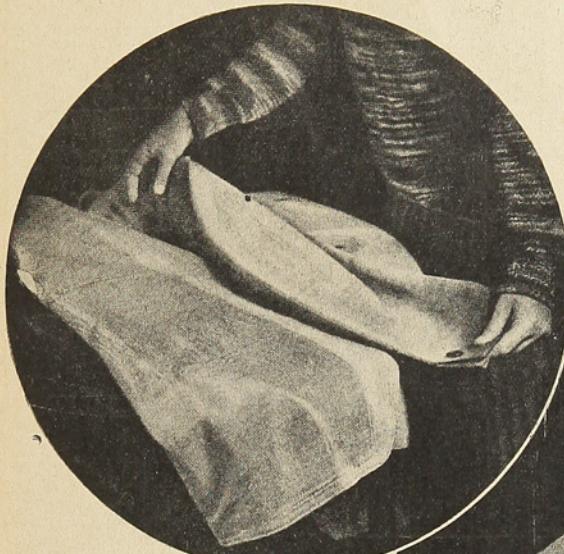




Las incrustaciones en línea recta, son realizadas de una manera sencilla y elegante, por medio de deshilados. El ángulo que aquí reproducimos, se interpreta en colores sobre fondo blanco o a la inversa. Las rosas modernas que decoran el ángulo, se incrustan por un deshilado turco en hilo.

Las incrustaciones se dibujan de antemano. Las incrustaciones de las rosas sobre los ángulos, se hacen antes, que, la incrustación de estos últimos sobre el mantel.

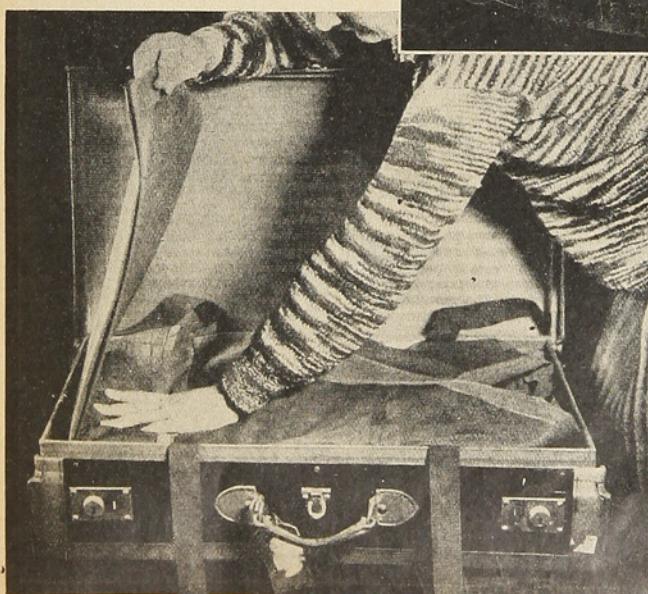
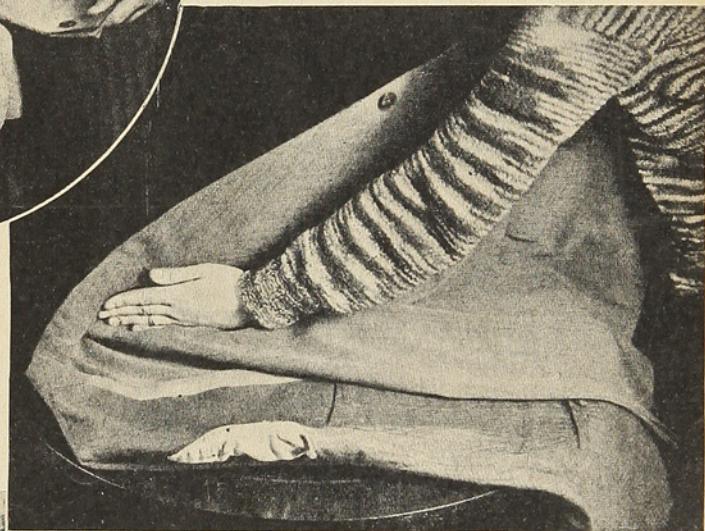
Las tareas de la dueña de casa antes del veraneo



Si sale la señora sola de viaje o con su marido o familia a veranear, siempre todo el trabajo se lo lleva la dueña de casa.

No solamente para empaquetar las maletas es ella la indicada, sino que tiene que velar por la casa para que se pueda ir tranquila dejando todo en orden antes de partir.

Para esto debe vigilar, si sale por más tiempo de un mes, que cuide de las alfombras, cojines, panitos, etc., de las polillas.



Lo primero es golpearlos bien o usar de los aparatos eléctricos especiales para sacar el polvo. Los cojines, carpetas, etc., se guardan en roperos o cofres con naftalina. Las obras de arte también es mejor dejarlas empaquetadas.

Las alfombras se enrollan en papel de diario y se mojan con trementina. Los muebles se cubren con sábanas.

No se debe olvidar, si queda la casa vacía, cortar el gas, el agua y la luz, por lo que pueda suceder.

La peor tarea es empaquetar los cofres, pero sabiendo hacer no es tan difícil. Los grabados muestran lo más difícil de esta tarea.

Lo esencial es llevar lo menos posible.

Los zapatos son los que ocupan más lugar, pero en estos se debe poner cajas y objetos pequeños para ocupar el espacio, habrá lado para botellas y cosas de cristal o loza.

Los sombreros chicas se pueden llenar con medias

y pañuelos y colocarlos en el cofre.

La ropa interior se pone entre los vestidos.

Para que los vestidos no se arruguen se les pone papel de seda entre los dobleces.

La ropa de seda se puede lavar en los hoteles llevando una plancha de espíritu igualmente que Lux para lavar, es muy importante y ayuda mucho para hacer lavasa.

Para el cofre de mano se debe tomar uno liviano y chico.

Dos maletas chicas se transportan más fácilmente que una grande.

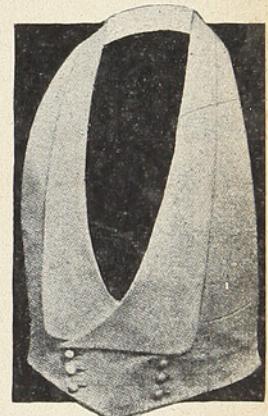
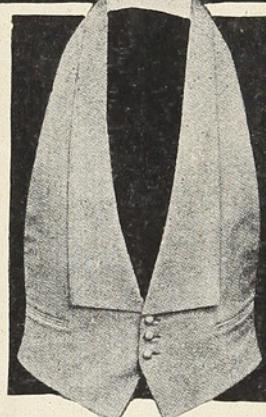
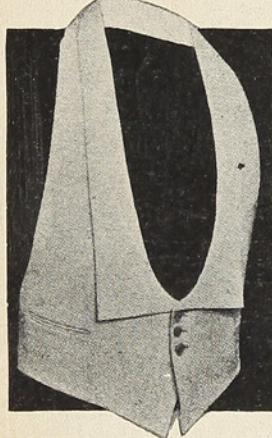
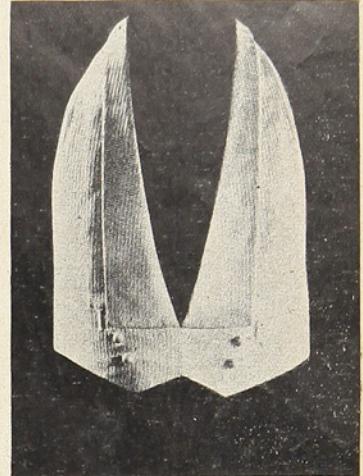
En esta se llevará camisa de dormir, zapatillas y artículos de toilette, el cajón de viaje, papel de escribir y un libro, agua de colonia para refrescarse que nunca debe faltar.

No olvidarse del botiquín de urgencia con venda, gasa telaempástica, pomada para la cara etc. El costurero y los alfileres, las medias, botones y huirchas.

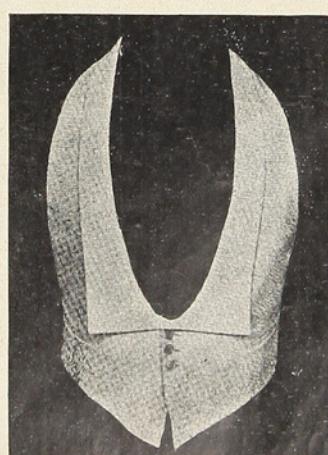
UN LINDO
ADORNO
PARA
LOS
VESTIDOS
DE
NUESTROS
NIÑOS,
EN
BORDADO
DE
PUNTO
DE
CRUZ

The image is a black and white photograph of a magazine page. The top half features a black and white portrait of a baby with dark hair, looking directly at the camera. The baby is wearing a light-colored, patterned dress with a small cross-stitch heart on the chest. To the left of the baby is a smaller black and white photograph of a young girl with dark hair, smiling and holding a hoop. She is wearing a light-colored, patterned dress. To the right of the baby is a black and white photograph of a blouse with a ruffled collar and a cross-stitch pattern on the bodice. The bottom half of the page is a light-colored background with a repeating pattern of cross-stitch motifs, including hearts and larger floral-like shapes. The entire page is framed by a border of these cross-stitch motifs.

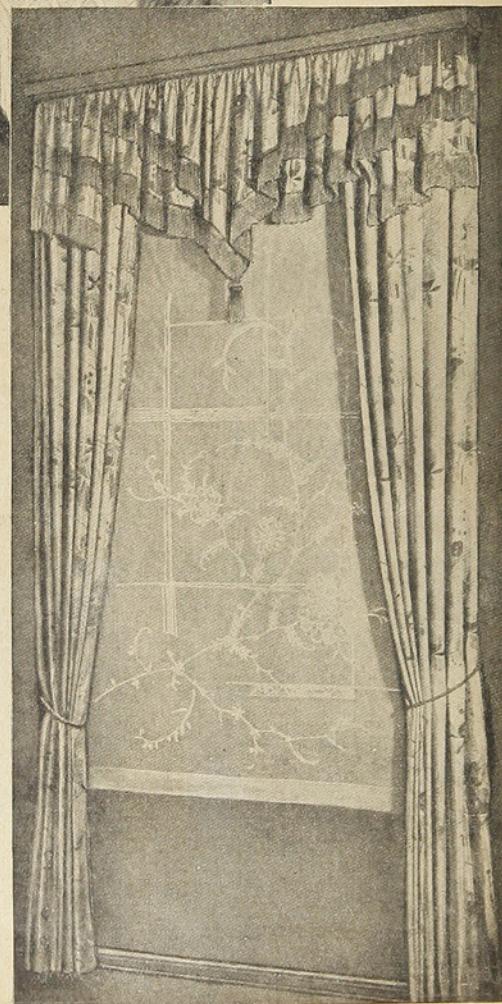
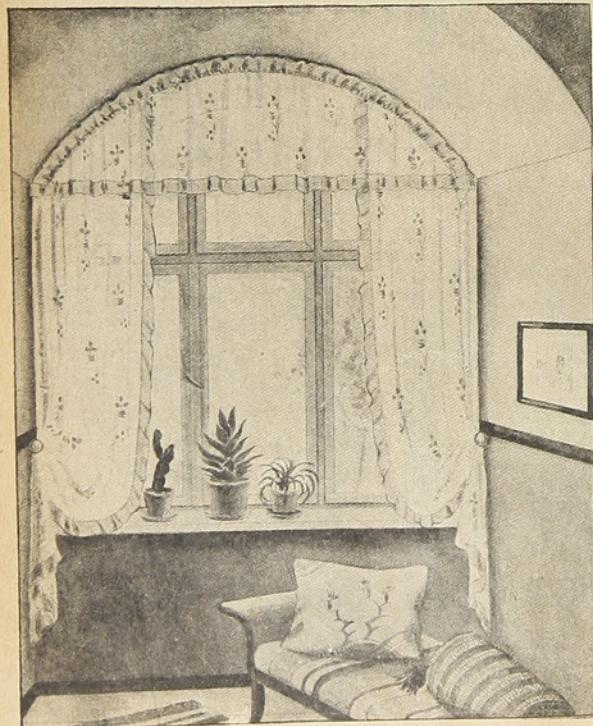
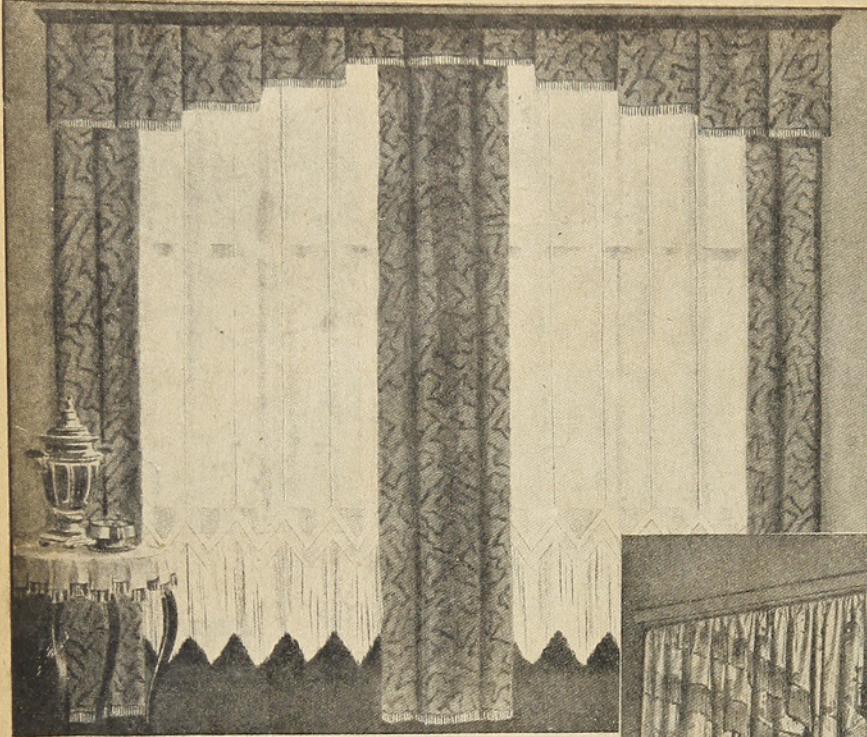
DEL CHALECO DE ETIQUETA



Nueve de las más variadas formas de chaleco de etiqueta, que se verán este invierno entre los elegantes de Londres, París y New York. Prevalecerá en algunos casos, la idea de usar el mismo material (el dibujo del piqué) en corbata y pechera.



ORIGINALES
ARREGLOS
DE
CORTINAJES





Siempre Greta: El último retrato de la "estrella" mayor del cine.



ENRIQUE RIVERO, chileno que comienza a figurar ya como astro brillante en la "Paramount", en dos películas recientes: "A medio camino del cielo" y "En una isla perdida"

COMO DESCANSAN LAS ESTRELLAS

En una piscina	LILIAN ROTH.
En su jardín	TANIA FEDOR.
Leyendo	ROBERTO MONTGOMERY
Jugando banjo	ANITA PAGE.
En su diván	GWAN LEE
En el rincón del fuego	RUTH CHALTERTON



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



NIÑOS INTERESANTES

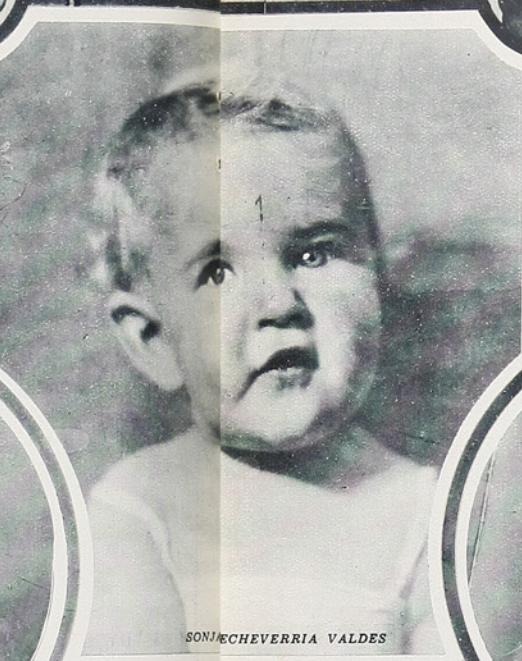


MARIA TERESA ESCOBAR BUDGE

Bonita colección
de fotografías



ANA BASCURAN



SONIA ECHEVERRIA VALDES



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CLAUDIO MARIN
hechas por
Hochhausler



EDUARDO
FREDERICK



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CLARITA EBENSPERGER MUÑOZ

N. PARKER BURCHIER

ADRIANITA SAENZ

Curiosidades de Todas Partes



Joe Brown hace furor con las expresiones de su rostro inimitable. Es un actor consumado, único.



Maurice Bessy ha ideado esta nueva moda: en vez del perilllo, un pavo... no está mal, ¿verdad?



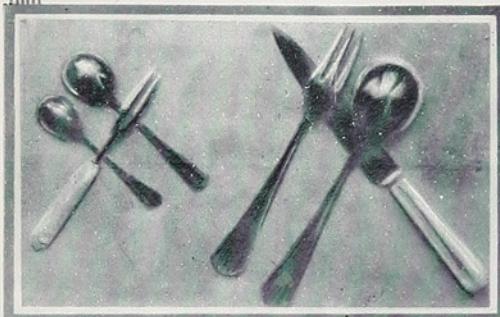
Chevalier tiene un "actor ego", un socias formidable en este jovencito, Richard Alexandre, que se le parece bastante. Alexandre ha entrado al cine para explotar un poco su parecido.





EL SERVICIO DE MESA REFINADO

HE AQUI un bonito conjunto: cubiertos delicados, cristales finos, de hermosa plata.



ARRIBA: Un juego de cubiertos para ensaladas y trinches.—ABAJO: Otro conjunto de comedor perfecto, la última palabra de la moda de hoy.



Un consejo primero. Nunca se debe poner a los invitados muy juntos en la mesa. Esto es lo más esencial. Es igual en qué hora sea la comida.

Debajo del mantel se debe poner siempre una franela frisada para evitar el ruido de los platos encima de la mesa.

Como adorno siempre se colocan las flores bajas. Esos adornos altos, como en tiempo de nuestras abuelas, se destinaron por completo.

Muy elegante es el adorno de cintas que salen del medio de la mesa con un final de un ramillete de flores.

Los adornos de canastitas con almendras saladas son para los de buen gusto muy deseadas.

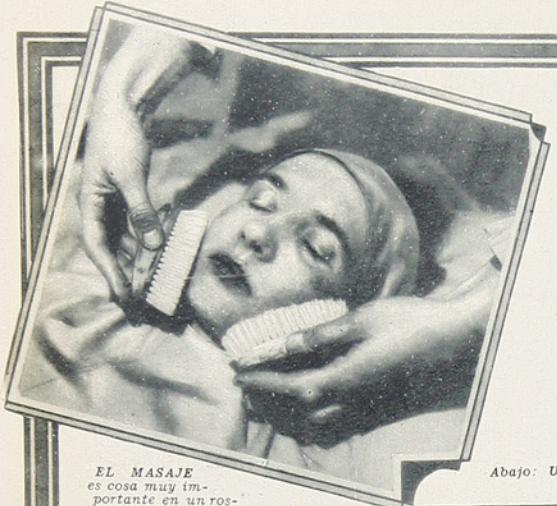
Mucho tino hay que tener para elegir y poner los cubiertos, que no falte ni sobre.

Los cubiertos no se deben poner de más grande a más chico, sino como la lista del Menú se sirve, sea que se use para postre, fruta, queso, etc.

Los vasos nunca a la izquierda sino siempre más a la derecha.



ESCUELA DE BELLEZA



EL MASAJE
es cosa muy im-
portante en un ros-
tro femenino.



EL LABORATORIO DE BELLEZA es más complicado
que el de una bodega de buenos licores.

Abajo: UN BUEN MAESTRO de peluqueros predica con el ejemplo
a sus alumnos.



LOS RAYOS ultravioletas
contribuyen eficazmente al
embellecimiento femenino.



Ahora la mujer, como el hombre, se disputan la peluquería según puede verse en este grabado que tiene el carácter de una variété singular. Para la mujer, la voz de orden es: ¡sed hermosa!, y ella la cumple bien y a las derechas.

ESTE OTRO aspec-
to del masaje for-
talece los múscu-
los y entona la
belleza.

Los que vean este grabado podrán dar fe so-
brada de lo que afirmamos.

**LOS BORDADOS
adornan y alegran
LOS VESTIDITOS**



1.—Vestido para playa, túnica larga en kasha natural, sesgos bordados con cordón azul fuerte.

2.—Vestido de velo de algodón, bordado en hilo de algodón brillante en tonos fuertes.

3.—Lindo vestidito en franela blanca, adornado de bordados rusos, en lanas de colores; grupo de tablas en la falda, adelante solamente.



4.—Sobre un vestido de toile beige claro, bordado con lana lacre, un bolero enteramente bordado en lona, fondo blanco, motivos de colores vivos.

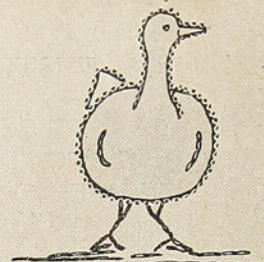
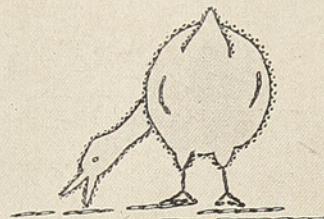
5.—Vestido de toile tono paja, falda pegada al corpiño por recogidos, franja bordada con lana en punto de cruz, en varios colores.

6.—Lindo vestido en franela blanca, canesú y cuadros de bordados rusos en hilo de algodón; falda en forma godet.

7.—Vestido en tusor verde agua y blanco, bordado de seda en tono verde oscuro, pequeños recogidos.

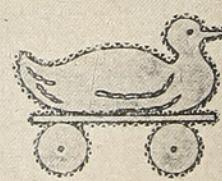
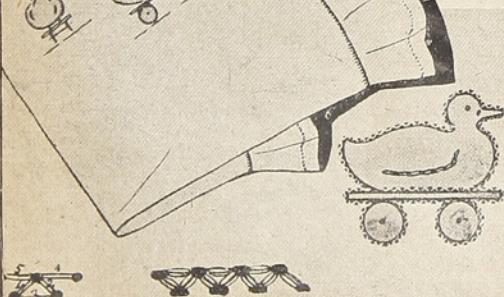
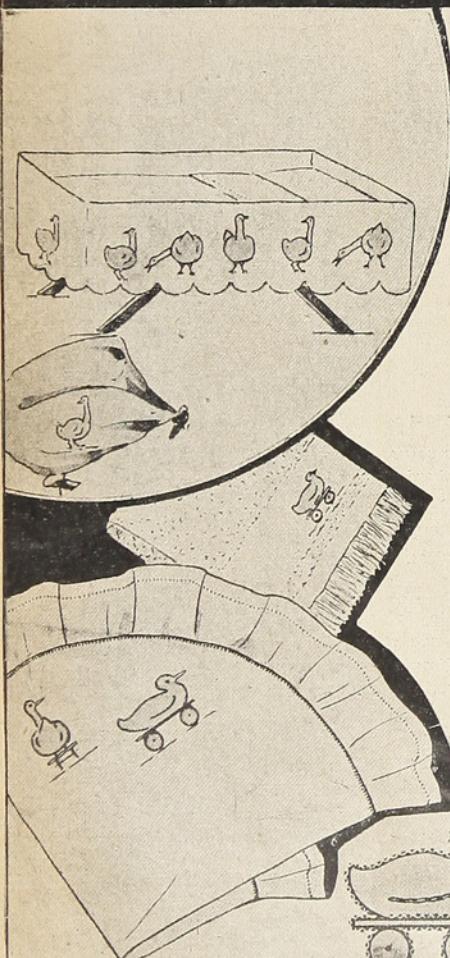
8.—Vestido en género blanco y rosa, bordado en lana de colores.





Aplicaciones para ropa de cama de niños

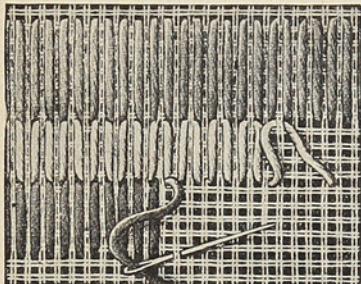
Aplicaciones de linón de colores, rosa o azul o tango, sobre una fina batista blanca, o, por el contrario, aplicaciones blancas sobre batista de color. El efecto es muy ameno para los niños, que sienten mucho placer mirando esos patitos y divirtiéndose con ellos. Además, el efecto es nuevo y muy a la moda. La aplicación se hace con punto turco. El dibujo se lleva a la tela sobre la cual se va a aplicar. Este trozo de tela, debe colocarse muy bien adherido en el sitio deseado. Sobre las líneas exactas del dibujo, se ejecuta el punto turco, que atravesará las dos telas, con aguja gruesa. Todo el mundo sabe hacer el punto turco, que consta de cuatro movimientos. El esquema muestra en la ilustración el detalle de esos cuatro movimientos. Cortar bien a ras el punto turco, la tela ya unida. Los mismos pequeños animales se colocarán en las almohadas, en el almohadón, en un cojín, y en las pequeñas toallas para su uso.



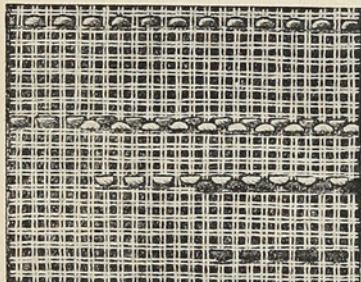
May

Un Nuevo Punto Tendido en Esterilla

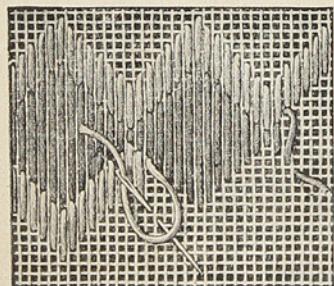
(Punto económico). — Se le ha dado el nombre de punto económico a este punto, porque con él se pueden llenar grandes espacios con una economía muy



grande de material. Al mismo tiempo tiene la ventaja esta técnica que no es nada de cansada y se trabaja muy ligero. Todos estos modelos se pueden bordar en esterilla de una hebra o doble y con lana de colores o seda vegetal. Damos aún algunas indicaciones en general como se debe proceder.



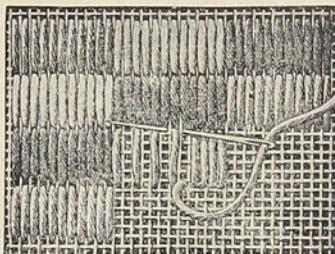
Téngase mucho cuidado al cortar la esterilla, porque este tejido se deshilacha con mucha facilidad en las orillas, por lo tanto dese para esto bastante genero



de más. Muy ventajoso es pespuntar las orillas a máquina con grandes puntadas a alguna distancia del borde; de esta manera quedan firmes las hebras y no se desprenden.

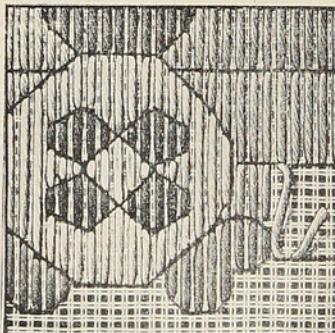
Como se trabaja el punto económico. El mismo punto tendido, llamado eco-

nómico, es de una técnica tan fácil, que sin más hasta las niñas de corta edad, lo pueden hacer. Este punto se parece por el derecho al punto pasado, eso si que no se pasa la hebra como en éste por el revés por todo el largo del punto sino que se dirige siempre la aguja junto al punto donde se ha pasado la aguja otra vez para afuera, de este modo se hacen los puntos una vez de abajo para arriba y de arriba para abajo, se verá por el revés una corrida de pespuntos, tanto en la linea del borde de arriba como del de abajo, véase grabado 2 y 4. Muchos trabajos se hacen por dibujos contables y otros con dibujos que se calcan en la esterilla de una hebra o doble. El trabajo en esterilla con



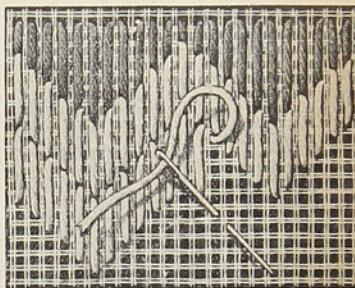
hebra doble por dibujos contables, no ofrece ninguna dificultad; la aguja se saca siempre para afuera, en el hoyo véase el grabado 1 y 3. De esta manera yito al lado donde se ha pasado para abajo (grabado 1 y 3).

Como se borda en esterilla de una hebra, le indica el grabado 5 y 6. En este tejido en la linea derecha no se debe sacar la aguja al lado por donde se

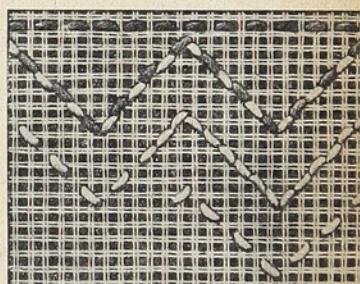


ha pasado ya que la lana o seda, al tirarla un poco puede resbalar fácilmente donde cruzan las hebras del tejido; por este motivo se saltará siempre un hoyito entremedio de cada pasada y al volver la corrida se van llevando los espacios libres, véase grabado 5. En todas las líneas sesgadas se borda como en la esterilla doble, aquí no hay cuidado que resbale la hebra, véase grabado 6. Los artículos que se bordan por dibujo libre, se calca el dibujo en la esterilla y se bordan primeramente todas

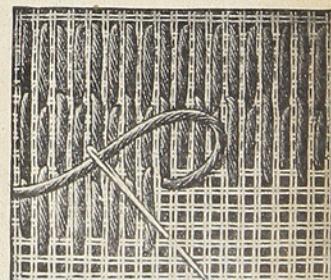
las formas del dibujo y en seguida se rellena todo el espacio que ha quedado libre, véase grabado 7. Ya que una se debe guiar siempre por la linea del dibujo, pasa en la esterilla doble que no sólo se debe pasar la aguja por los hoyitos



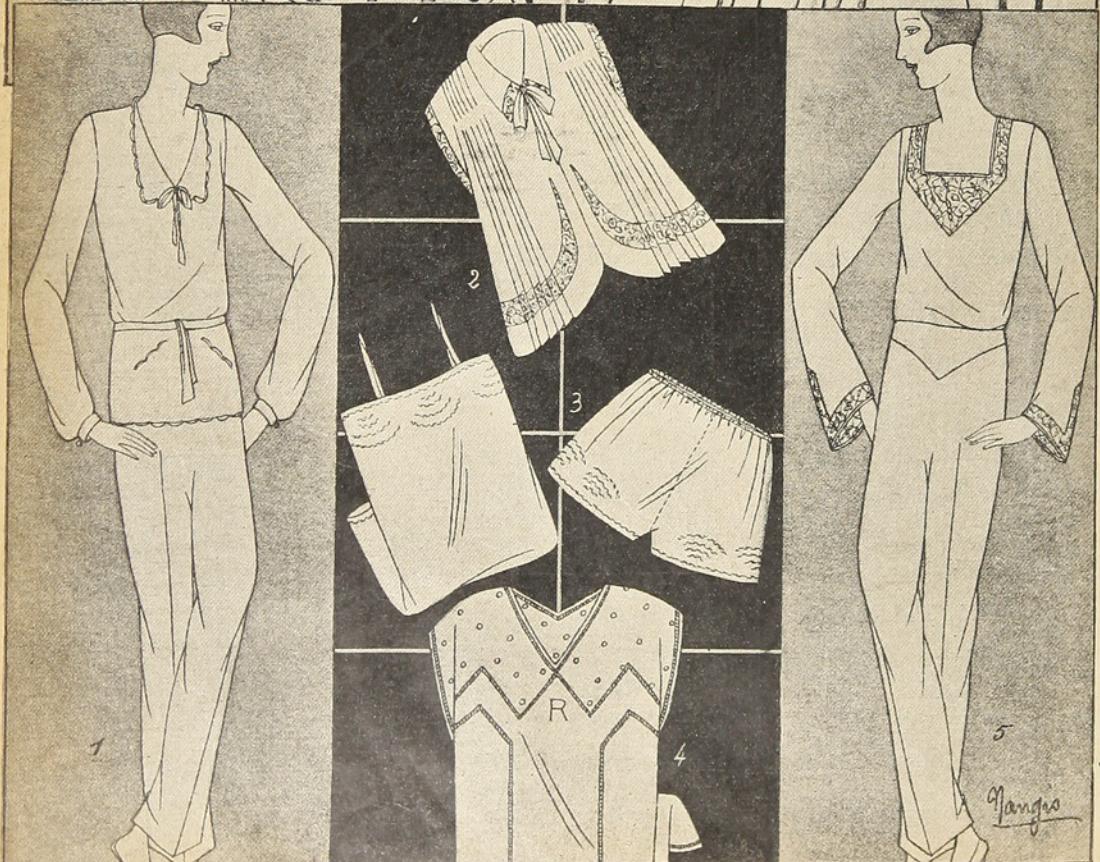
grandes, sino que también algunas veces en los hoyitos chicos. Cuando en los espacios grandes resulten los puntos muy largos, se bordan varias corridas de puntadas más cortas ya sea en linea derecha (grabado 1) o haciendo puntas (grabado 3) o como en el grabado 8. Se pueden hacer todos los trabajos en la mano, pero más ligero y



fácilmente si se trabaja en bastidor, así se evita que encoja el tejido al tirar un poco firme las hebras con que se trabaja. Muy importante es después



de terminado el bordado, plancharlo por el revés con un paño húmedo, así es como obtendrá el trabajo un verdadero aspecto hermoso y parejo.



Las Bellas

De crepe satin color con larga falda y túnica en forma. El delgado pastrón sobre el cual se abre la blusa, es de crepe georgette rosa pálido, marcado de un broche de strass en su punta. 6 m. 25 en 1 m.



El negro tiene siempre mucho favor en la noche. La prueba está en este traje de una exquisita distinción, en crepe georgette, largo y muy en forma, con incrustaciones de encaje dentado. 5 m. 50 en 1 m. Los colores de las

5 m. 50 en 1 m.

Crepe romain rubis con tomaduras en la cintura, encerrando las caderas, subrayadas por recortes dentados. La amplitud se da a la falda por medio de pliegues cruzados no aplanchados. 6 m. en 1 m.

Noches

piedras preciosas se encuentran en los trajes de noche. Este es de crepe topacio. La amplitud se dà a la falda por medio de finas alforzas retenidas por tres bandas negras de elástico.

El

LAS AZULEJAS

Para las vacaciones gusta llevar un traje fácil y que no demande mucho tiempo y explicación. El modelo de esta página es muy sencillo, ha sido combinado con motivos modernos y decorativos, y de una ejecución demasiado fácil, por lo tanto, rápida. Se emplea únicamente el punto de cordón y el punto anudado.

Las flores y bordes son hechos con punto de cordón, el centro de éstas con nudos, empleando el hilo de algodón brillante, en tono fuerte; este trabajo también quedará de un lin-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LEJAS

do efecto, bordado en tonos pálidos. Todo el fondo es adornado de puntadas sencillas.

Se podrá escoger un género de hilo en tono crudo, y bordado con un color que resalte sobre el fondo claro.

Este modelo se puede aplicar a varias obras de mano como ser: manteles, carpetas, pañueleras, servilleteros, cubre-tetera, pantallas, etc.

A las personas que les guste la pintura, pueden decorar lindas pantallas en papel pergamino, con flores blancas, sobre fondo azul o rosa violáceo.

Francis: el modisto de moda



Abrigo en cheviot rojo, forma redin-gote, marcado en la cintura; con puños mosquetero, sin forro. Gran cuello de zorro gris.

Traje en crepe de lana verde esmeralda, con recortes, simulando un chaleco. Dos hebillas en la cintura; cuello de piqué.

Abrigo en lanilla negra y blanca, guarnecido de recortes reincrustados en sentido opuesto. Talle en forma. Gran cuello y puños de astracán negro.

Traje de crepe César cobre con ca-nesú y nudo de encaje ocre. Pliegues simulan un bolero en la blusa. Bandas incrustadas rayan la falda. Optimien-do las caderas. Forma abajo.

El enigma de la mujer

UN ELEMENTO DE CONQUISTA

A pesar del largo tiempo transcurrido desde que la mujer desechó (¿acaso se ha llegado a saber por qué?) el abanico, siempre es oportuno, cualquiera sea el momento para decir que, con el desuso de tal adminículo, las bellas—las mujeres bellas, naturalmente—perdieron una de sus más eficaces armas de conquista. Veamos si no lo que alguien dice al respecto:

“El abanico es el confidente de la mujer; a él confía las tiernas impresiones experimentadas en el baile; le sirve, cuando dice algo contrario a la verdad para cubrir el rubor que asoma a su rostro; lo emplea en sus mudas evasivas; si no quiere contestar categóricamente a una pregunta finge distraerse mirando el paisaje de su abanico, gran recurso en algunos momentos. El abanico es para la mujer experta, escudo, parapeto, trinchera y coraza.

La princesa de Eboli, la princesa de los Ursinos, Diana de Portiers, la duquesa de Etampes, Luisa de la Valiera, la Mostenpan, Gabriela de Estrees y la marquesa de Pampadour, no poseyeron más centro que el abanico, y, sin embargo ostentaron despotico poder, esclavizando nada menos que a Felipe II, a Felipe V, a Francisco I, a los Enriques II y IV, al Rey Sol y al elegante Luis XV. El abanico, en manos de una mujer traviesa, hace todo menos aire. Pregúnteselo a una coqueta de qué sirve el abanico, y si tiene el valor de la farnequeza, responderá que de arma ofensiva y defensiva. En su mano el abanico se vergue, se inclina, se pliega, se despliega, se cierra, se abre con donaire, tiembla, palpitá, conviértese en ala de tórtola arrulladora expresa el tormento de los celos, la alegría del triunfo, el apañamiento de la derrota”.

“Así, pues, la mujer no debió nunca prescindir del abanico que, a pesar de ser fragil, la hace inexpugnable; debió, por el contrario, hacerlo figurar por siempre, en primer término, en su arsenal de “elementos de conquista”.

La gran instrucción suele no hacer felices a las mujeres; la buena educación las guía a la felicidad. La gran instrucción mal dirigida puede arrastrarla al desvanecimiento y a la duda; la buena educación las enseña a ser humildes y a creer. La gran instrucción extravagante puede ocasionarles hastío y tristeza; la buena educación las enseña a resignarse y esperar. La gran instrucción profana puede precipitarlas al egoísmo y la desconfianza; la buena educación las enseña a ser tolerantes y a amar. Creer, esperar y amar; las tres preciosas virtudes sin las cuales la educación no se concibe, y es falsa la instrucción. Una mujer que no cree—continúa diciendo el autor de estos párrafos, Severo Catalina—muy difícil que sea buena esposa es casi imposible que sea buena madre. Una mujer que no espera es una planta seca y sombría en medio de la sociedad. No preguntemos si es madre y buena esposa.

Convengamos que la educación verdaderamente cristiana es el gran tesoro de la humanidad. ¡Qué no se ciernen nunca para la mujer las puertas de ese tesoro! ¡Qué permanezcan siempre de par en par abiertas, sea cualquiera el espíritu de los siglos, sean cualesquiera las precauciones de los hombres!

Y es que no puede ser feliz un país donde no sean felices las mujeres.

C O R A Z Ó N

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

La potencia total del espíritu tiende a conocer y a obrar, a ciencia y arte. El espíritu en su unidad original es razón o racionalidad, en cuanto sostiene y realiza en sí la unidad del pensamiento y acción, con libre causalidad de sus actos, abrazando en su vida el todo sobre las partes. El espíritu es entendimiento, en cuanto distingui lo particular en el objeto conocido, y es la armonía del entendimiento y la razón, cuando conoce en relación y construye las partes bajo el todo, y en consecuencia y mediante la fantasía, realiza con plan y obra individual esta relación. Junto con la razón posee el espíritu el sentido, esto es, la capacidad de recibir en sí, mediante la fantasía, las influencias e impresiones del mundo cada vez el objeto inmediato (sensible en espacio y tiempo), asimilándoselas

intimas y reproduciéndolas luego con arte en la escena de la vida.

La idea del espíritu se manifiesta asimismo libremente, dentro, en actos individuales, y de dentro a fuera en actos y obras bellas de arte bajo el ejemplar de la fantasía y mediante la aplicación de los medios exteriores. Pero el espíritu, como razón fundada otra vez la unidad del entendimiento con el sentido, y en esta unidad íntima el espíritu es ánimo, afectándose interiormente de las impresiones exteriores, y aún de las inferiores con inclinación a aversión.

El espíritu obra, por último, en si la armonía de las impresiones con las inclinaciones del placer con el dolor, del amor con el combate y en esta acción interior el espíritu se llama *corazón*.

KRAUSE.

Der-Ven



Todas las personas entendidas compran únicamente la media de seda DER-
VEN, que unen a la refinada elegancia
su duración y bajo precio.

No sea Ud. el esclavo de su estómago

Toda clase de desórdenes gástricos e intestinales, como:

FLATULENCIA
ERUCTOS ACIDOS
GUSTO PUTRIDO
ESTREÑIMIENTO

desaparecerán rápidamente con:

GOTAS JERUSALEN

BOTICA DEL INDIO

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.
Ahumada esq. Delicias — Casilla 959
SANTIAGO

Base: Calom. Absent. Gent. Chin.



*Gorros,
Sombreritos
y Zapatos
para el Bebé*



Gorrito con bordados de puntitos, se puede anudar arriba, o bien abajo cuando hace frío, para resguardar las orejas del bebé.

Gorrito con cintas de colores como adorno; las costuras de los cascos se tapan con las cintas.

Gorrito y sombrerito para niñita o niñito.

Muy encantador es la gorrita con adorno de cinta.

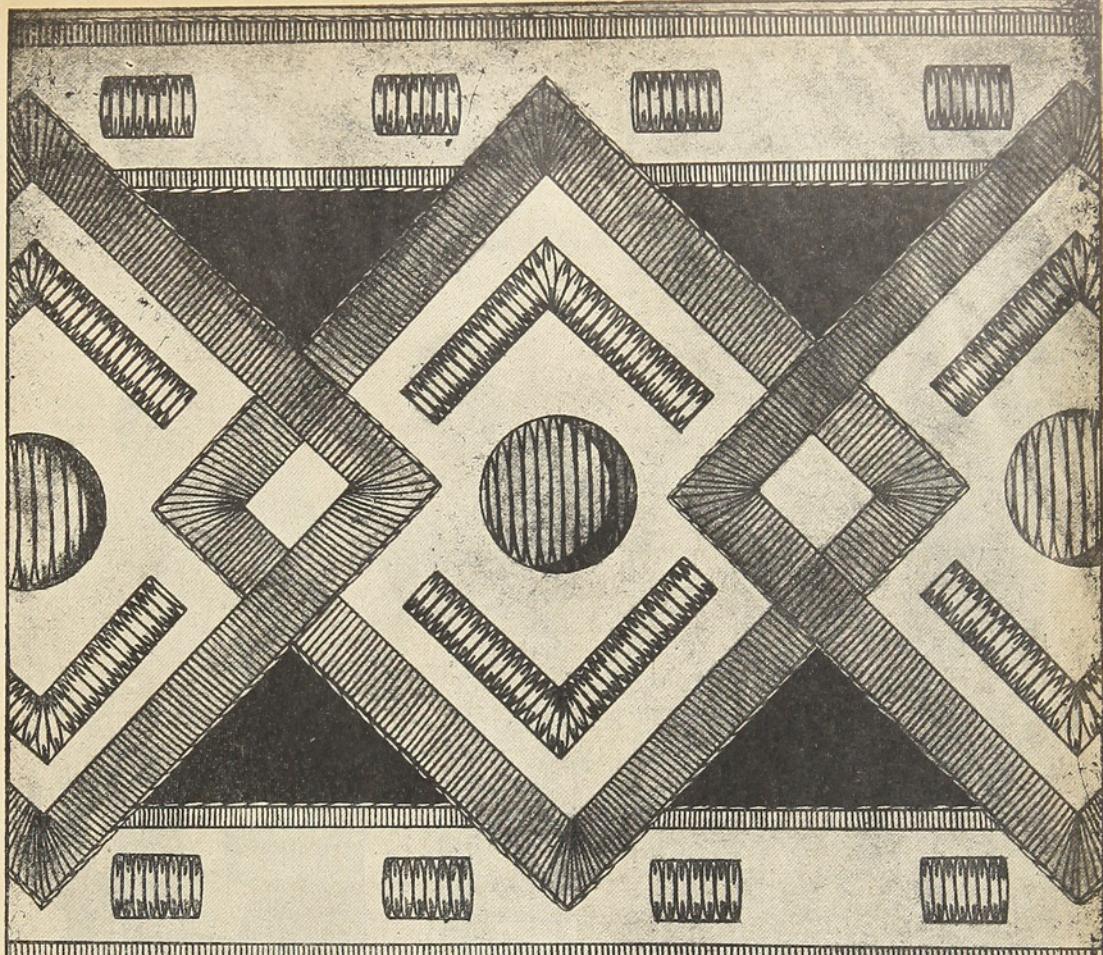
Gorro y sombrerito con bordado para niñita y niñito.

Gorro y sombrero con adornos de zancas de araña.

Gorro estilo holandés para niñita.

Variedad de modelos de zapatitos para guaguas.





Entre-dós Moderno

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Este entre-dós se puede ejecutar en bordado Richelieu con hilo grueso, o bien todo relleno con puntadas sencillas, al gusto de cada una, ya sea en blanco o en color. En vez de hilo se puede emplear lana, que resultará de un lindo efecto. Su confección es muy sencilla y servirá para adornar, ya sea un store, carpeta, cojín, etc.



Los Trajes Deportivos



Los trajes de este estilo, adornados con arte, son de un corte sencillo y armonioso. Los colores escogidos son adaptables a la personalidad de cada una.



Vestido de tarde en lana y crepe de Chine imprimé. Creación Louiseboulanger.

Vestido de tarde en lana de fantasía. Creación Worth.

Vestido de sport en tweed. Trabajo de cortes. Creación Pre-met.

Ensemble en crepe “Coucou” y lana de fantasía. Creación Lucile Paray.

A LA VENTANA

Por HENRI DUVERNOIS

—Gilberta—dijo Luciano, que se disponía a partir.—Ios celos te extravián. Te confesaré, sin embargo, que esta escena me halaga. Después de doce años de casados, cada vez que salgo eres mala conmigo. Te lo agradezco, Gilberta. Aunque no tuviese tanto que hacer, saldría, te lo aseguro, nada más que para verte nerviosa e inquieta. En resumen: cuando estoy, te aburres. A esto lo llamo yo amor.

Luciano Gélib salió para volver un momento después con un sobretodo en la mano.

—Entrada del marido receloso. Una carta para ti.

—Dame.

—Una carta personal. ¿La leeremos juntos?

—¡Jamás!

Luciano observó que su mujer no le hacía caso y desapareció.

La señora de Gélib leyó la carta, y aunque temió caer desvanecida, se rehizo, se vistió apresuradamente y salió. En la calle volvió a leer aquellas mismas líneas que tanto le habían sobresaltado, y reanudó la marcha. En la calle que se le denunciaba el número 6 bis se parecía a los demás, y, sin embargo, la placa azul que indicaba el número hizo vacilar a Géliberta.

La señora de Gélib entró en la casa de enfrente y dijo a la patrona:

—Señora, ¿quiere usted ganarse cien francos?

—Según—contestó aquella. Pero siéntese.

—Necesito, de cuatro a cinco una ventana en esta casa. Es usted mujer y me comprende.

—Después luego. Hay en el piso primero el balcón de la señora Vaugerand. Esta va todos los jueves por la tarde al teatro, porque no sale nunca de noche. Puede usted entenderse con su servidumbre.

Asunto concluido, Gilberta entró, guiada por una doncella, en un salón obscuro protegido contra la débil claridad del día por unas cortinas de blonda y unos visillos de linón. Se abrió una de las hojas y Gilberta se instaló en el balcón.

Gilberta examinaba el 6 bis y cuantas personas entraban en el portal. De un automóvil funeralio un señor obeso sacó una pierna, la otra, su vientre y un pequeño paquete.

—Tal vez el marido—, pensó la señora de Gélib. «Si hubiese una tragedia le estaría bien empleado.» Pero juzgándose vendada con la atrocidad de tal deseo, pidió en seguida con toda su alma que el drama no se consumase.

Después del señor obeso entró un florista. «Las flores que Luciano envía», pensó Gilberta. No; era una canastilla de esponsales colmada de rosas blancas.

Un ordenanza de telégrafos se detuvo un instante ante la casa. «Un telegrama de Luciano. Se habrá arrepentido a última hora.» El telegrafista entró en la casa inmediata. Un coche se detuvo bajo el balcón. La doncella entró aterrada.

—Señora—exclamo—, es espantoso. ¡Mi ama ha vuelto! La señora de Vaugerand estaba ya en el salón. Era una señora de edad, coqueta, que llevaba un bonito sombrero sobre sus cabellos grises.

—¿Puedo saber qué hace usted en mi balcón?—preguntó.

—Quería darme cuenta de las vistas—balbuceó Gilberta.

—Sí—contestó la anciana. Estoy al corriente de todo. Creían que no volvería hasta la noche; pero ha habido cambio de programa y no he querido quedarme a la función. Pero haga el favor de entrar y cerrar ese balcón.

—Señora...

—Entre usted y siéntese. Así. Está usted helada, criatura, Aurelia, traénos té.

La doncella dió luz, cerró las maderas del balcón, encendió la chimenea y salió.

—Es mi marido — explicó Gilberta con lágrimas en los ojos.

—Sí, sí; adivino—repuso la señora de Vaugerand.—Y un matrimonio de amor... Y una carta anónima. La providencia le ha enviado a mi casa. ¿Qué iba usted a hacer?

—Póngase en mi lugar...

—Ya lo he estado. ¿Qué ganaría usted substituyendo la duda por una certidumbre? ¿O alejándose usted de aquí sin haber comprobado nada, lo que no la tranquilizaría? Va usted a tomar el té conmigo. Charlaremos tranquilamente con la ventana cerrada. Habrá usted notado que aquí hay muchas cortinas. Es para evitar el espectáculo de la calle. La prudencia consiste en correr las cortinas e instalarse junto al fuego con un libro, para regocijarse con el dolor y las agitaciones de los demás, mientras pasan fuera cosas que no nos incumben. Antes tenía usted frío y ahora está tan calentita.

No hay nada de que tanto calor como la ignorancia y un buen fuego de leña. ¿Tiene usted una duda y quiere precisarla? ¡Locura!... ¿O desiparla? ¡Otra locura! Una duda sirve para pasar el tiempo. ¡Después? Después nos reímos de lo que nos hizo llorar y lloramos de lo que nos hizo reír. Una mujer que sabe es una mujer sabia e insopportable. Quédese con la

duda. Era usted feliz. Pues bien, hay siempre un momento en que nos presentan la cuenta; no la pague usted toda. Conténtese con el pequeño anticipo que está usted dando a cuenta.

La señora Gélib llegó a su casa bastante tarde y convencida. No trato de descifrar el problema en el rostro apacible de su marido.

—De dónde vienes tan bonita?—le preguntó éste. — Y dime, ¿qué decía la carta que recibiste esta tarde?

—Nada—contestó Gilberta. Era una cuenta que no pagare

RECETAS DE COCINA

GANGERY DE PESCADO

Ingredientes: medio kilo de merluza, 150 gramos de arroz, una cebolla pequeña, aceite a discreción, 25 gramos de manteca de vaca, 15 gramos de harina, tres decilitros de leche, cuatro huevos, cien gramos de jamón de York, una taza de arroz y el doble de agua; es decir, por cada medida de arroz, dos de agua.

Se frie la cebolla en el aceite; cuando está a medio dorar, se echa el arroz o el caldo (en lugar de agua puede emplearse el caldo). Se pone a cocer a fuego fuerte por espacio de un cuarto de hora, al cabo del cual se retira a un lado de la hornilla unos diez minutos, poniéndolo después otros cinco al hornero.

El pescado, la merluza, se pone a hervir en agua con un poco de cebolla y la sal necesaria. Cuando esté cocido se deja escurrir, limpiándolo y quitándole las espinas. Se parte en trocitos menudos. Con la harina, la manteca y la leche se hace una bechamel muy cocida. Se echa el pescado, dejándolo un cuarto de hora a un fuego lento.

En la fuente en donde se haya de servir se coloca el arroz en la forma que se quiera, o bien poniéndolo en un molde. Alrededor se coloca el pescado con la bechamel y el jamón cortado en tiras, y los huevos se ponen formando dibujo, constituyen el adorno que se quiera, encima del arroz.



Si usted va de paseo en estos días calurosos y se asolea mucho, o hace demasiado ejercicio, o se excede un poco en la comida o en la bebida, lo más probable es que un dolor de cabeza, con desmayo y malestar, le dañe sus horas de alegría. ¡Vaya prevenido! Siempre que salga, sobre todo si va con la familia, lleve

Cafiaspirina

Dos tabletas y un buen vaso de agua, alivian como por encanto, regularizan la circulación de la sangre, levantan las fuerzas y devuelven el bienestar.

LA CAFIASPIRINA
zón, los riñones,



no afecta al cora-
ni el estómago.

CAFIASPIRINA (M. R.) Eter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico con Cafeína.



Fieltr o y Gros Grain.
Maria Guy.

Terciopelo negro.
Jane Blanchot.

Jane Blanchot.
Taupé y plumas.

Terciopelo y crin
Le Monnier.

Greta Nissen y la Coquetería

"Según opinión casi general, la coquetería es innata en toda mujer, viiniendo a ser como una prerrogativa femenina... aunque no falta quien la tilde de odiosa, detestable e improcedente."

Así se expresa la estrella cinematográfica sueca Greta Nissen.

Y continúa:

"Pero yo no soy de este parecer. La coquetería, cuando no se lleva al extremo, no tiene nada de malo, constituyendo más bien una arma que toda mujer en alguna ocasión de la vida ha esgrimido con sorprendente éxito, siendo muy contados los hombres a quienes la coquetería en la mujer no gusta."

"Una mujer desabrida, arisca, que cubre su rostro con la máscara antipática de una estudiada indiferencia, no logra otra cosa que el desamor, cuando no el ridículo, mientras que la que tiene matices de coqueta sin ser cinica ni descarada resulta más atractiva."

"Existe, sin embargo, una generalizada tendencia a calificar a la mujer coqueta y vivaracha de frívola y aun de ligera.

ra. Esto no es ponerse en lo justo. Salvo en raras excepciones, la coquetería es buena y extremadamente sincera, siendo su misma franqueza de carácter prueba patente de la pureza de su corazón; así, contra lo que muchos suponen, la mujer coqueta puede amar con intensidad y constancia, poseer el don de hacerse amar, y sabido es que "amor con amor se paga".

"Yo veo en la coquetería algo fascinador, y creo con sinceridad que sin exageraciones grotescas, siempre dentro de un sano equilibrio, la coquetería es un mérito en cualquier mujer."

"No sé qué entenderán por coquetería las demás mujeres; pero yo lo interpreto así: ser jovial, atractiva, interesante, cariñosa, tratar de captarnos las simpatías de cuantos nos rodean, estar siempre contenta y sonriente, ser alma y alegría de las fiestas en que una toma parte, vestir con la mayor elegancia posible, cuidar de los detalles de nuestro tocado hasta hacerlo en todo exquisito, conducirnos en fin con donaire y desenvoltura. Nada de malo me parece que haya en todo esto, y sí mucho de loable."

CRÓNICAS de la MODA

La estación veraniega trae consigo cierto número de deportes. En particular el golf y el tenis. No ignoramos que el golf en Inglaterra se practica en otra época del año, pero estamos hablando de Francia y a propósito de los vestidos acostumbrados.

Los tejidos para estos trajes son leves, de lana o de seda y lavables: el hilo, el algodón no convienen, porque se adhieren mucho a las piernas, impidiendo la libertad de movimientos. Pero no debemos deschar absolutamente estas telas (las de hilo o algodón), pues tienen bellas aplicaciones para vestidos de jardín; hay tejidos muy lindos de cretona floreada, de telas de hilo lisas, de "bebán" y de reps de algodón.

Hablamos de las playas, es decir, de los baños de mar. Se usa la serge o el jersey que se ajusta bien a la silueta.

Puede ser jersey negro, adornado con aplicaciones de la misma tela o de color amarillo, o rayado de rojo y beige. Peinador de gruesa bure rayada con los mismos colores y de un solo color en el cuello y las bocamangas. Estos trajes constan de dos partes: el jersey (que se ajusta a la cintura) y la falda, también de jersey, con pliegues, de manera que no oprima el cuerpo. Esto para las banistas que no nadan; pero las nadadoras prescinden de la falda: basta el maillot y el peinador por encima al entrar o salir del baño.

La costumbre de tomar el sol en la playa ha dado lugar al pijama, llamado así, de playa; y también a los pantalones largos y tan anchos que parecen faldas. Con estos pantalones se usan chaquetas más o menos largas y el vestido

se completa con el gran sombrero de paja, de alas anchas.

Íbamos a decir algo de las elegancias de Biarritz, donde parece concentrarse la moda veraniega de hace algunos años. Pero estimamos que no es práctico, porque en esta playa y en otras parecidas predomina la ostentación, y sus caprichos no encajan en la moda propiamente dicha. Son originalidades que sólo se ven en aquellos parajes.

Dentro de estas originalidades entra, seguramente, una que se anuncia ahora y que señalamos por lo que pueda tener de tendencia en los trajes de baños: se dice que es muy posible que se usen este año sumamente descotados por la espalda, para que faciliten los baños de sol, tan en auge el año pasado. Casi toda la espalda iría al aire... En compensación, por delante serían muy altos.

El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima

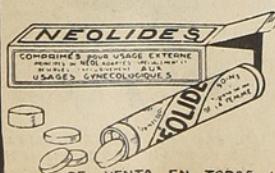


PARA LA HIGIENE INTIMA
DE LA MUJER

NEOLIDES

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Si Vd sufre
de dolor de cabeza...
Si la jaqueca machaca su cerebro...
Si undolor de muelas lo vuelve loco...
Si la gripe lo acecha...
Si el reumatismo lo martiriza...
Si la fiebre lo agobia...

No VACILE:

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**
(Ácido acetil-salicílico, aceit para-fenetidina, cafeína)
sanará radicalmente en algunos
minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva
sobre el estomago ni el corazón.



De venta en todas las farmacias
Tubos de 20 comprimidos
y sobrescitos de 1 y 2
comprimidos

Concesionario para Chile:
Am. Ferraris - Casilla 29 D - Santiago

Acido ortobórico, dispersulf, potás.

Reflejos de París



MODELO DE MOLYNEUX.—Lana color beige, con cadenita aplicada del mismo material.



MODELO DE MAGGY ROUFF.—Lamé china preciosísima para abrigo corto adornado con armitño.



MODELO DE VIONNET.—Ensemble muy elegante de verde almendra. El abrigo y el traje son de georgette y el cuello es de castor marrón.



MODELO DE CHANTAL.—Elegantísimo ensemble de satín azul pálido con abrigo de baile adornado con armitño.

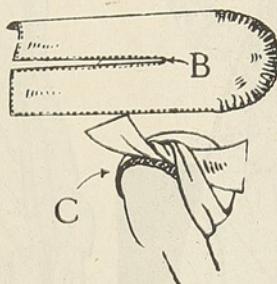
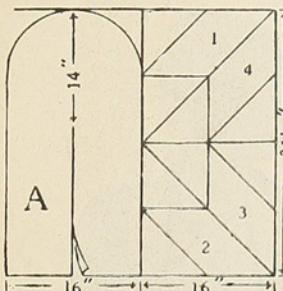


MODELO DE CHANTAL.—Lana marrón con cinturón a la espalda y cuello de zorra.



MODELO DE IRENE DAMA.—Traje de viajes marrón con falda completa de pliegues triples.

Juego de turbante, chalina y bolso



Este lindo juego de turbante, chalina y bolso, será un útil refuerzo para cualquier guardarropa de otoño y está indicadísimo para las jovencitas que asisten a academias, institutos, etc. El gracioso turbante, es tan cómodo como ligero; el otro, por su tamaño, permite llevar algún libro en él, y la chalina es muy útil para preservar cuello y escote de los primeros fríos.

El turbante y los adornos de las otras dos prendas es de pañete rayado azul y verde y el bolso y chalina, son de pañete azul liso. Se necesitan para el turbante y adornos, tres palmos y medio de la tela de rayas cuyo ancho deberá ser de cuatro palmos y un metro del género liso.

El diagrama que encabeza estas líneas, demuestra cómo se reparte el género rayado. El turbante se corta como señala la A, con las rayas a lo largo. Las piezas 1 y 2 y 3 y 4 se cosen tal y como están dibujadas para formar el adorno de la chalina, y entonces quedan ocho angulos, que son los destinados a adornar el bolso. El borde de la parte redonda del turbante se vuelve hacia dentro frunciéndolo ligeramente con dos rayas de frunces. Los demás contornos se adobillan a máquina, reforzando el extremo de la abertura a punto de ojal (B). Colóquese sobre la cabeza con los frunces por delante, las bridas se traerán hacia la frente cruzándolas como señala la C y metiendo las puntas hacia dentro. Así se pone sobre la misma cabeza, prendiendo después las puntas con alfileres de adorno.

La chalina tiene todo el largo de la tela y 30 centímetros de ancho, y el bolso puede tener las dimensiones que más se ajusten a las necesidades de su dueña. Para aplicar el adorno se vuelven hacia el revés los bordes de los triángulos, se hilvanan sobre el género liso y se cosen a máquina, planchándolos luego por el revés.

—He pasado una noche atroz. Los insectos no me dejaron dormir.

—Echales alcohol, compadre.

—Sí, sí. Si seremos no los aguanto, ¡figúrate borrachos!



LAS CAUSAS DE SUFRIMIENTOS SERIOS

son muchas veces las molestias que la aquejan a usted manteniéndola en constante incertidumbre sobre su origen.

La mujer moderna debe saber, que no es prudente experimentar con preparados nuevos, de eficacia desconocida, como tampoco es conveniente confiar en los métodos antiguos e insuficientes del pasado.

Mediante

FORMOSAPOL 18

la ciencia ha obtenido un nuevo triunfo en lo que respecta a la higiene íntima de la mujer. FORMOSAPOL "18" es un desinfectante de reconocida eficacia y al mismo tiempo completamente inofensivo para el organismo.

Con el uso constante de FORMOSAPOL "18" usted se verá libre de preocupaciones y molestias, porque, además de ser de olor muy agradable, limpia su organismo de todas las bacterias perjudiciales no atacando las mucosidades más delicadas si se usa en las soluciones descritas.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Envase de venta:
Frascos de 100 gramos.
Frascos de 250 gramos.

DROGUERIA DEL PACIFICO,
S. A.—Suc. de Daube y Cia.

Valparaiso, Santiago, Concepción, Antofagasta, Llalay-Llalay.



M. R.

Base: Formaldehido, jabón potásico, alcohol y esencia.

BONITOS MODELOS



Ensembles de muselina, adornada con zorro negro. Con-
junto de Georgette negro y rosa, guarnecido de hermino
rosa

2000



Cómo se corta el patrón de un cuello

El cortar un cuello suele ser el principal escollo con que tropieza la modista novel, y para obviar esa dificultad, damos a continuación las indicaciones necesarias al corte de un cuello redondo, que siente perfectamente a la prenda. Muchas veces el éxito de ésta depende casi en su totalidad de lo bien sentado del cuello.

Los cuellos en la actualidad gozan de más boga que nunca, y entre las variantes de la moda, ninguna más apropiada para las jovencitas que el sencillo cuello redondo, que tan bien remata un vestido o blusita de calle.

Para cortar el patrón de un cuello que siente perfectamente a la figura y tenga la forma de nuestro modelo, hay que procurarse una tira recta de glaseta que tenga 35 centímetros de largo por 20 de ancho. Colocada la tira sobre el cuello en la forma que indica el grabado, se dobla en linea diagonal el borde de la espalda dando al pliegue por la parte superior una profundidad de 6 centímetros como indica la A. Por la B vemos que se prende este pliegue con alfileres al centro de la espalda del maniquí, y la C señala que también se prende la glaseta por delante. Márquese la forma del cuello (D y E) con alfileres o con un lápiz suave. Por el grabado puede verse que esa línea es 1 centímetro más alta que el nacimiento del cuello. Cortese la glaseta por la línea trazada y la del pliegue de la espalda y tendremos un patrón exacto. Una vez cortado el cuello en la tela, vemos por la F cómo se ha de coser a la prenda, para que caiga con suavidad sobre la misma.

C O P L A S

BIBLIOTECA NACIONAL
SOCIEDAD CHILENA

Con una mirada, negra,
hoy te robé el corazón,
porque ahúra siento en mi pecho
que en vez de uno tengo dos.

Ese lunar que allí tienes,
mismo junto a tu boquita,
no es lunar, es un beso
que te hubo de dar Mandinga.

Si tu pecho fuera cárcel,
tu corazón calabozo,
yo fuera el prisionero...
qué prisionero dichoso!

Quisiera ser arito
de tus orejas
para, de cuando en cuando,
darte mis quejas.

Aunque todos me aborrezcan,
en este pago he de andar;
el que le duele la muela,
que se la mande sacar.

Yo no le temo a la muerte
ni aunque la tope en la calle:
que sin permiso de Dios
la muerte no mata a nadie

La gallina cuando grita
es señá que ha puesto el huevo,
así son estas mujeres
cuando quieren amor nuevo.

El que se la tira de guapo,
y en lo fiero queda atrás,
es poncho de poco trapo
purito fleco no más.



No se alarme...

las canas
desaparecen

con la Tintura

OMBRINA

(18)

Esta tintura devuelve al cabello y barba más encanecidos, su color primitivo, dándoles, además, una brillantez y flexibilidad sedosa, y los matices obtenidos son perfectamente naturales y estables.

Se garantiza que ombrina "18" es inofensiva e inalterable y no contiene substancia nociva alguna.

Se expende en los siguientes colores:

NEGRO,

CASTAÑO OSCURO,

CASTAÑO,

CASTAÑO CLARO y

RUBIO.

DE VENTA EN LAS BOTICAS.

M. R.



NO TITUBEE
UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
LO SERVIRÁ BIEN

L A M O D A



A.W.

Conjunto del cual el chaleco es en piel lavable beige, la blusa, en tricot de seda chappe, la falda y la levita en tweed rayado, color berenjena y beige

Abrigo de paño negro guarnecido de breitshwartz, mangas anchas formando docamangas, de un bello efecto

Una blusa original de cinta de crespón de China roja

La piel necesita alimento

Muchas de las cremas que se usan en el tocador, son simples agentes de limpieza, que dejan el cutis mucho más limpio que si se hubiera lavado sólo con agua templada y jabón. Esto, desde luego es muy de apreciar, pero simultáneamente se necesita una crema que sirva de verdadero alimento a la piel, y aconsejo a mis lectoras elaboren por si mismas esta sencilla mezcla, si quieren estar seguras de la bondad y pureza de sus ingredientes.

He aquí la mejor fórmula que conozco:

Cera blanca, 30 gramos; Espuma de almendras dulces, 130 gramos; Agua de rosas, 45 gramos; Bórax, 30 gramos; Esencia para perfumar la mezcla, 15 gotas.

Son necesarias dos cazoletas, si puede ser esmaltadas. En una se hacen derretir la cera y el espuma de almendras, dejando que se mezclen con el aceite y en la otra se calienta el agua de rosas con el bórax, pero sólo hasta que se ponga tibia. Tan pronto como se haya hecho la mezcla de las grasas, es decir, cuando ya no quede ningún trozo sólido, se retiran de la lumbre las dos cazoletas. Menéese la grasa durante medio minuto y sin cesar de menearla se va echando en ella la muy despacio el contenido del otro recipiente. Al enfriarse, va tomando un color blanquecino y entonces es el momento de añadir la esencia, pues el excesivo calor la haría evaporarse. Continúese moviendo hasta que empiece a solidificarse, y sólo falta echarla en los tarros en que haya de guardarse y dejar que en ellos se acabe de enfriar y endurecerse. Si se deja enfriar demasiado antes de echarla en los envases, se apelotonará, haciendo necesario ponerla otra vez a la lumbre, para que se disuelva de nuevo.

Un ligero masaje con esta crema cada noche, previene las arrugas.



EL SOL Y EL MAR ME HACEN BIEN

¿El agua de mar y el sol, al echar a perder su cutis, amárganle las vacaciones? Piense que usted puede pasarse todo el día alternando entre el baño de mar y el de sol, extendida en la arena siempre que tenga la precaución de usar todas las noches, antes de acostarse, cera mercolizada, la que debe ser aplicada al cutis mediante un ligero masaje. Procediendo de esta manera, la piel de la cara, del cuello y de los brazos se mantendrá sana y limpida y sin ninguno de los defectos originados por las quemaduras de sol y el agua salada.

Y el secreto de esta maravillosa acción de la cera mercolizada está en que ella ayuda a la Naturaleza en la tarea de la diaria renovación de la tez.

La cera mercolizada actúa imperceptiblemente, disolviendo y eliminando las viejas y resécas partículas del desgastado cutis exterior, partículas que de no ser eliminadas impiden la aparición del nuevo, hermoso y perfecto cutis que se halla inmediatamente debajo del viejo y exterior. Procúrese hoy mismo cera mercolizada y disfrute de sus vacaciones sin ningún peligro, temor o limitación.

CERA MERCOLIZADA

M. R.

En todas las farmacias, perfumerías y tiendas que expenden artículos de toilette en todo el mundo.



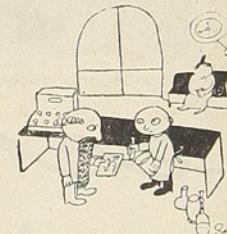
Los viejos se quejan a menudo de los dolores que les producen las enfermedades de la vejiga y orina. Tantas veces son las consecuencias de antiguas enfermedades descuidadas, y aún cuando un mal arraigado no se pueda hacer desaparecer de la noche a la mañana, tomando LAS TABLETAS DE HELMITOL cesan

los dolores.

Aunque las curas hechas a tiempo evitan esos padecimientos, también siguiendo en la vejez regularmente esas curas se obtienen excelentes resultados.

Tabletas de Helmitol

M. R.: a base de anhidrometilencítrato de hexametilentetramina.



EL BOTICARIO.—Fíjese en la receta; pone «quinina» y usted ha echado estriñana.

EL AYUDANTE.—Lo mismo da; es para aquella vieja...



Appendicitis Aguda

Damos por sentado que ningún miembro de la familia del paciente prescindirá de la intervención del facultativo en un caso de appendicitis aguda, pero damos por supuesto también que antes de recurrir a los auxilios de la ciencia pondrá algo de su parte con el sano propósito de aliviar al enfermo y aun de desvanecer todo el peligro confiando en que la indisposición carece de importancia.

De sanos propósitos parece que está hecho el pavimento del Infierno, según antiguas informaciones, y de buenas intenciones están llenos los sepulcros de todas las necrópolis del Universo.

Lo muy bueno es enemigo de lo bueno, y por querer deslumbrar al médico con nuestra previsión, bien podemos precipitar un fatal desenlace.

Cuando se sientan dolores

en el costado derecho del vientre, hay que proceder con suma prudencia y discreción.

Los purgantes están contraindicados en ese caso y lo que procede es dejar al enfermo en la cama con inmovilidad casi absoluta.

Dieta hidrática, dándole a tomar por pequeños sorbos con una cucharadita de las de café. Se colocará sobre el vientre una franela y antes un poco de poivos de talco, y sobre la franela la bolsa de hielo.

No se dará al enfermo ninguna clase de medicinas. En el caso de que los dolores no sean tolerables, se requerirá la presencia inmediata del médico.

En los casos de estreñimiento, se administrarán pequeños enemas; el equivalente de un vaso de Burdeos, de aceite de olivas o de parafina líquida, pero en caso alguno purga.

EL HONOR DE PARECER UN CUERVO

Para los indios norteamericanos los animales han sido siempre objeto de adoración. Hace algunos siglos, es decir, cuando todavía no había caído sobre ellos el azote de los blancos, los miembros de cada tribu se distinguían por las figuras de animales que llevaban pintadas en el pecho.

En algunas tribus de pieles rojas que todavía viven en Colombia, los animales son muy respetados y toman parte en las ceremonias religiosas aunque sólo sea en imagen. Para una de estas tribus, la de los Haidas, no existe en el mundo honor más alto que el de disfrazarse de cuervo, disfraz que es obligatorio entre los que toman parte en las danzas sagradas. Algunos de ellos, durante el ardor del baile, se posessionan de tal modo de su papel de aves feroces, que si en ese momento pasa un perro por el corro, le acometen a moros discos.

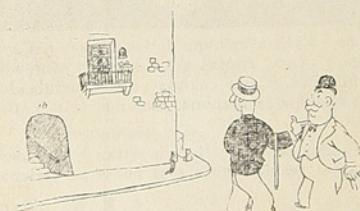
C O P L A S

¡Amalaya yo tuviera
un caballo y una mula
para pegar un galope
por el sol y por la luna!

Me enamoré jugando
de una María:
cuando quise olvidarla
ya no podía.

Es la flor de la inocencia
tan bella y tan delicada,
que a veces con un suspiro
suele quedar deshojada.

En la mitad del camino
un letrero encontrarás,
que dice con letras rojas:
para entrar hay que pensar.



—¡Chico, acabó de ver a una gitana! Me ha dicho que me vería «complicado» en un proceso, que iría a la cárcel y que moriría en ella.

—¡Arre! ¿Y a eso le llaman la «buenaventura»?



ecran
LA
MEJOR
REVISTA
CINEMATOGRAFICA

¡¡LEALA SIEMPRE!!

UNIVERSO
SOCIEDAD MODERNA LITOGRAFÍA

ASHAVERUS

No vayas más lejos; tu viaje ha terminado. La hora que acaba de pasar es una eternidad. Bajo estas frescas llamas estás tu cielo. Algo te ha dicho ahí: te amo.

No la tempestad sobre tu cabeza, no la hierba olorosa en el matorral, no el polvo del camino, sino dos labios de mujer, con una voz humana, con las palabras de los hombres, que tu lengua pue-
de pronunciar si quiere.

¡Ah!... Eso es lo que llaman amor: cuando todas las cosas os miran suspirando, cuando vuestro aliento refresca vuestros labios, cuando el oxiacanto os da un aroma para vuestro camino, cuando la estrella abre sobre vosotros sus brillantes párpados, y también cuando el manantial os devuelve vuestra sombra más ligera.

Aquí se pararan mis pies para siempre. ¿Qué me importa tener sobre mi cabeza esa infinitud de soles que me han maldecido? Alguien, a pesar de ellos, me ha dicho: te amo.

Todos juntos, ¿acaso valdrán un rizo de tus cabellos?

Y qué son los siglos de los siglos que

quedan por vivir, al lado de un solo la-
tido de su corazón?

Si; el resto del mundo está vacío. Lo
sé, lo conozco... He visto mares, monta-
ñas y selvas; pero me faltaba un lugar en
ese corazón, y ahí es en donde está el
universo.

M U J E R

Mujer, no eres sólo obra de Dios; los
hombres te están creando eternamente
con la hermosura de sus corazones, y sus
ansias han vestido de gloria tu juventud.

Para ti labra el poeta su tela de oro
imaginario: el pintor regala a tu forma,
día tras día, nueva inmortalidad. Por

adornarte, por vestirte, para hacerte más
preciosa, el mar da sus perlas, la tierra
su oro, su flor los jardines de estío.

Mujer, eres mitad mujer y mitad sueño.

L A A M A D A

El verdadero cielo está en ti; en tus
ojos, en tu nombre. Sobre tu cabeza no
hay más que la nube se inclina, no hay
más que el abismo que abre su azulado
párpado para verte, no hay más que lo
eterno.

Tú eres todo, y fuera de ti no hay
nada.

En tus labios tomaron su aroma las ro-
sas silvestres. Para ti se levanta la es-
trella vespertina. Por un pensamiento
que palpitó en tu seno, el universo queda
en suspenso.

Temas médicos

Uno de los más renombrados médicos de niños aseguraba en una reunión familiar, que había observado que en general todos los **nenes** estaban, ahora, mucho más adelantados en su desarrollo cerebral que cuando empezó a actuar en su carrera. Este médico es ya un anciano y aseguraba que nada le agradaba este cambio en las criaturas, pues el cerebro no debe adelantarse al cuerpo en su crecimiento.

Un desarrollo fácil, tranquilo y pa-
cífico es muchísimo más sano y más na-
tural. Un bebé debería paulatinamente adquirir sus sensaciones y sus conoci-
mientos a medida que su cuerpo se en-
contrara en condiciones de soportarlas. Un cerebro sobreexcitado y lleno de emo-
ciones no puede sino llevar a toda cla-
se de complicaciones al niño en su es-
tado de crecimiento. Para convencerse de esto, no es preciso sino observar a
los niños de corta edad y de la manera
que reaccionan en toda clase de emo-
ciones.

Se refiere a una niña, rosada y en-
cantadora, la que fué presentada por la orgullosa **mamá** a una reunión de
amigas. Al principio sonreía amistosamente; era un angelito de ojos azules, una niña con una deliciosa carita, que
empezó a andar de brazo en brazo de las amigas, que vió caras extrañas que
le imploraban, con voces de falsete, que
sonriera, haciéndole bailar delante de
sus ojos asunstados joyas relumbrantes...
y la levantaban en alto; la habitación
estaba caldeada, había una atmósfera
viciada.

De pronto los pequeñísimos puños se
crisparon en el aire, y la faz de la niña
se contrajo en una mueca de apa-
sionada protesta; todos rieron divertidos
y un acento de cómica desesperación
exclamó la madre:

"Ahora si que se pone enfadada
la mocosa!"

Ahí tenéis un ejemplo, que demuestra lo equivocadas que andan las madres y lo perjudicial que son para los pe-
queños, zarandearles demasiado, y des-
pertarles los sentidos con gritos que les
producen azoramientos muy perjudiciales
para los pequeños.

**REGALO
DE PASCUA**

«BIBLIOTECA ZIG-ZAG»

ofrece por sólo

\$ 1.40

la inmortal obra de V. Pérez Rosales, obra
que debe leer todo chileno que ame a su pa-
tria, así por los interesantes relatos histó-
ricos como por los interesantes pasajes de la
vida chilena del pasado siglo.

RECUERDOS DEL PASADO

se publicará completa en dos tomos a
\$ 1.40 cada uno.

Aparecerán los días 12 y 26 de
diciembre.

¡¡LEALOS!!

T R E S V E S T I D O S



Vestido de moire amarillo, per-
las strass

Vestido de Georgette azul pavo

Vestido de moire azul, hebilla
en brillantes

Mi ideal es un joven de 25 a 35, honorable, trabajador y sincero, que guste del cine y del baile. Físico no me importa. Yo tengo 22 años. Soy muy comprensiva, seria, alegre y cariñosa. Correo 2, Valparaíso. Lucha Vergara.

¿Qué es de Olguita A.? Su amigo Willy siempre la quiere tanto. Desea éxito en matemáticas. Fracasado, Lota.

Para Veramón Schering. Tengo 21 años, como dueña de casa me creo bastante capaz para endulzar la vida a un hombre de fino paladar, con exquisitos postres. Físico, si le interesa, podrá convencerse por sus ojos, dando más detalles de su persona, a Nelly Daniels, Correo 17, Santiago.

Para J. C. D. Creo reunir las condiciones para su ideal. Soy morena, alta, 24 años, físico regular, profesional. Lo único es que no soy gordita, pero es fácilmente subasable. Casilla 363, Valparaíso. María D. W.

Quiero correspondencia con muchacho alto, mayor de 23, buena presencia, familia honorable, que sea de Valparaíso. Datos míos dare después que haya recibido carta del que será mi amigo del alma. Si hay interesado, conteste a Mercedes Benz, Casilla 246.

Mi ideal es Olguita Aguilera del Santa Filomena. «Se acuerda del muchacho que tanto la molesto? Está en Lota M. G.

Concepción. Ejercicio Bomberos conoci mi ideal. Vestía traje y sombrero claro, iba con tres chicos. La acompañé por Rengo hasta Maipú. Dijome vivía Carreras. Nos desdimos para juntarnos en la tarde. No la vi más. Creo no le fui indiferente. Escríbame. Petro Zerquén, Correo.

Deseo conocer joven de 28 a 40, moreno, decente, educado, buena situación económica, que deseé casarse. Yo, morena, familia honorable, educada, buena dueña de casa, joven situación regular. De Santiago o Provincias. Guillermina Ferrada, Correo 2.

A J. O'Ryan, que trabaja en Administración del Puerto. ¿Por qué no contesta a esta revista? ¡O su corazón tiene dueña? Porteña.

La Asociación de Feas del Departamento de Ovalle, ruegan al señor H. B. L., se sirva darnos benevolencia acogida. Nuestro deseo es que nos escriba por intermedio de esta revista. Comprenda, señor H. B. L., que a toda fea le gusta un joven simpático como lo ha de ser usted. No nos desdene por feas. Se lo ruegan, A. G., P. B., E. C., A. C., Ch. A.

Para Veramón Schering, me interesa su parágrafo que aparece en el número 83. Creo reunir todas las cualidades que en él indica. Si se digna contestarme, ruégolo hacerlo a la lista de correos Puerto Montt. Le agradecería me indicara su dirección particular, para remitirle en seguida el número de mi casilla, Nelly del Río.

Busco un corazón donde vaciar la infinita ternura de mi alma huérfana. Soy sincera, joven y alegre como una noche de Pascua. Morena, de ojos muy negros. Anhelo corazón de hombre bueno, caballero, formal y trabajador. Alto y no menos de 25 años. Contestar por la revista a Morochita Porteña.

Para Héctor Donoso, de Potrerillos Mina, el amor que llevaré hasta la tumba, es el tuy. Mi pasión es ciega. Amor eterno y leal. ¿Qué piensas? ¿Qué es de ti? Contesta. Sumamita Triste.

Edda Stiller, Correo 2, Chillán, desea correspondencia con joven honorable, de 25 a 35, ojalá extranjero. Lo desea sincero y trabajador. Yo, distinguida. Seriedad y reserva.

consultorio sentimental

CUPÓN

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figurarán a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo: una carta con 50 palabras debe venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3518, Santiago.

Deseo correspondencia con simpática morenita de 14, prefiero de Santiago, Linares o Chillán. Yo, soy simpática, regular estatura, moreno, ojos verdes, pelo negro. La que conteste ruego lo haga por medio de esta revista, indicando dirección, a Siul Irednuw, Temuco.

Torres del Campo, militar del Coraceros, es y será siempre mi ideal. Si quiere saber quién soy, conteste a Vilma Murphy, Correo Principal, Valparaíso.

Dos simpáticas chicas de 15 y 16 desean correspondencia con liceanos de 17. Preferimos de Ovalle. Indispensable foto. Contestar a Mirna y Joan, Correo Coquimbo.

Miguel Chaparro, subteniente de Guías. A pesar de tu ingratitud, tu imagen adorada no se aparta de mi corazón. ¿Es posible que no tengas ni un león recuerdo para la que tanto te amó? Tú sabes quién soy. Escribeme. Katucho.

Caballero serio, de 40 años, desea conocer señorita independiente, que le brinde simpatía amistad. Prefiere de Valparaíso, donde pasará una temporada. Escribir a M. Pérez, Coquimbo.

Mi único ideal en el mundo es un joven de Victoria, actualmente en Traiguén, en casa de mi hermano. Su nombre es Segundo Valladares. Si su corazón está libre, escribame. Su comunión espiritual con un ser que cree conocer los secretos de un mundo de luz, aportaría incalculables beneficios a su alma. Rosa del Valle. Concepción, Revgo 782.

Rosa, si le hace falta un amigo, pídale por esta revista. No sólo se encuentra amor en ella. También puede usted hallar aquí la amistad.

España, Valencia, Correo 9, Santiago, morena, alta, delgada, física pasable, desea correspondencia con suboficial de la Armada o del Ejército, preferible alto.

Tomé, Berita, S. R., quiero que sepa que todavía la amo y la amaré siempre, a pesar de que usted me desprecia. El que escribe estas líneas, es C. M. F.

Para Mary M., Parral, el destino nos separa, pero quiero estar segura, que ni la separación ni su indiferencia, en nada cambian mis sentimientos. Su imagen y su recuerdo irán siempre conmigo. Ruego, como despedida, Mary, guarde aquel pequeño recuerdo que un día se dignó recibir. El que la amará siempre. O...

Desearía correspondencia con el jovenito que pasó el Miércoles en el tren de 3 por Linares, a prestar juramento a la corte de Talca, para secretario del Juzgado de Chanclo. Si no le ha sido indiferente, sírvase contestar por esta revista, a Mirurgia de Linares.

Mi ideal es un simpático «pelaito», de unos ojos matadores, cuyas iniciales son M. V. C., que reside en Tocopilla. Si sus hermosos ojos ven estas líneas, conteste a Ninete, Casilla 678, Antofagasta.

Somos dos inseparables amiguitas de 15. Deseamos correspondencia con dos jóvenes educados y cortos. Contestar por separado. Graciela Gatica y Hortensia Lobos. Correo 3, Valparaíso.

Minerito humilde, nobles sentimientos, de buena correspondencia con señorita simpática, buen físico, que le haga olvidar las penas de estos áridos y desiertos cerros. Me gustaría de 20 a 22. Yo, 24. Potrerillos, Correo La Mina.

Soy de familia honorable, profesional, 22 años. Le digo esto a Veramón Schering. Eliana Cortés, Correo 6.

Mi ideal es Brígido Troncoso, que trabaja en Talcahuano. Aunque lo he visto acompañado de una chiquilla de negro, no creo que pololee con ella. No pierda la esperanza. Si quiere hacerme feliz y encontrar una chiquilla que lo ame sinceramente, conteste a Rosa Duarte. Correo Concepción.

Deseo correspondencia con joven alto, decente, educado, no mayor de 25, que sepa comprender el corazón de una chica que no ha encontrado aún su ideal. Físico no importa. Solo exijo seriedad. Eva, Correo 5, Valparaíso.

Quiero casarme con jovencita pobre, bonita, de 15 a 17. No deseo correspondencia, sino conocernos inmediatamente. Tengo 23. No conozco feo. Correo 18, Santelices.

Mi ideal es un joven alto, simpático, preferible compatriota. Soy árabe, alta, delgada, 19 años. Ojos orientales. Villa Alegre. Indispensable foto.

Mi ideal es una señorita llamada Gloria, a quien tuve el honor de conocer en un baile. Vive en Freire esquina Orompello. Me haría feliz si quisiera tener amistad conmigo. Soy el joven que tanto la mira en la Plaza. Visito de plomo. ¿Tendrá aceptación mi súplica? Conteste a Carnet 69487, Correo Concepción.

Deseo conocer señorita de 16 a 20, educada, seria, dueña de casa, alta, regular cuerpo. Yo, honorable, porvenir formado, sin vicios, trabajador y sincero. Secreto X., Correo 2.

Jorge y Oscar, amigos inseparables, físicos aceptables, serios y frances ambos, dispuestos a querer con la fuerza del primer amor, desean amistad con chicas de 15 a 18, cultas, corazón sincero. Jorge A., Correo Concepción.

Mi ideal eres y serás toda la vida tú, J. A. Venegas, que vives en Bulnes 477. ¿Sabes quién soy? M. V. Z., Concepción.

Para Enrique Gallardo, de la sastrería Chile, Puerto Montt. Enriquito, desde que te conoci, encontré en ti mi ideal, y sólo ansio ser amada por ti. Si quieres saber quién te adora, contesta por esta revista.

Dos chiquillas Gorbeanas que en Febrero irán a Valdivia desean relaciones con dos jóvenes de esa para que las saquen a paseo. No importa físico, pero sí que sean decentes. Flor de la Noche y Estrellita Reluciente. Correo Gorbea.

Joven descendiente extranjeros, porvenir, desea locamente conocer chiquilla simpática.

“LE SANCY”

\$ 2.00

CREMAS: Conservan fresco su cutis como rosas de una eterna primavera...
AROMA FASCINADOR, DELICADO,
SUTIL.

**Siete
Achaques, con
Otros Tantos
Medios de
Combatirlos**

- ESTREÑIMIENTO**... Si allevantarse por la mañana se siente el recargado de los intestinos, devólese inmediatamente tomando dos cucharaditas de Sal Hepática disueltas en un vaso de agua.
- DOLOR DE CABEZA**... Para desaparecer la congestión que, a menudo, causa jaqueca, tome Ud. una cucharadita de Sal Hepática en un vaso de agua. Si no se alivia, repita la dosis un cuarto de hora después.
- BILIOSIDAD**... Cuando el hígado está indolente y resulta preciso estimular el flujo de bili, tómese una cucharadita de Sal Hepática antes de cada comida.
- MAL COLOR**... La piel manchada proviene, con frecuencia, de impureza en la sangre. Es preferible mantenerse limpia y sana al levantarse, una cucharadita de Sal Hepática en un vaso de agua, durante una semana o por el tiempo que se juzgue necesario.
- EXCESOS EN LA MESA**... Para climitar la extrema acidez que proviene del uso del alcohol, tómese una cucharadita de Sal Hepática en un vaso de agua, media hora antes del desayuno. Sal Hepática es alcalina y hace desaparecer los efectos del excesivo consumo de licor.
- INDIGESTIÓN**... Para la indigestión, tómese una cucharadita de Sal Hepática en un vaso de agua, media hora antes de la cena. Si siente mejoría, repítase la dosis al cabo de 15 minutos. Cuando los ataques de indigestión son frecuentes, tómese con regularidad, al levantarse por la mañana, una cucharadita de Sal Hepática en un vaso de agua.
- CATARROS**... Lo primero que se requiere contra un resfriado es la limpieza interna del organismo. Si se siente mejor, tome de dos a cuatro cucharaditas de Sal Hepática en un vaso de agua, al levantarse todas las mañanas, hasta que desaparezcan los síntomas del catarro.



Fórmula: Bitartrato de sodio, Fosfato de sodio, Sulfato de sodio, Citrato de litio, Ácido tartárico, bicarbonato de sodio, cloruro de sodio.—M. R.

de 14 a 18 años, ojalá bonito cuerpo. Enviar foto. Correo 4, Santiago.

Aló! Aló! lectores, están comunicados con Lia, Correo Antofagasta. ¿Querrá alguno de 19 a 23, mantener correspondencia sincera con morenita de 17 años?

Mi ideal sería encontrar amigo sincero en un gringuito simpático, serio y bien educado, que llegara a querer a una chilenita de 19, ojos pardos y cabellos castaños, bien educada, buenos sentimientos. María Valdés, Correo Central.

Maria de la Cruz. Correo Puente Alto, desea conocer joven 25 a 35, físico no interesa, siempre que se comprometa a quererme a mi solita.

Vito, Correo Antofagasta, alta, rubia, 16 años, desea correspondencia sincera con universitario alegre, de 18 a 22.

Trigueña, risueña, 23 años, familia honorable, simpática, pobre, pero no del todo, buena dueña de casa, algunas dotes artísticas, busca su ideal: No importa físico, chileno, inglés o alemán, pero de familia, educado y porvenir. De 28 a 40 abriles. Contestar a la revista.

Mi ideal sería joven de 38 a 43, más o menos, familia honorable, serio, trabajador y sin vicios. Prefiero profesional. Yo, regalo estatura, seña, físico no desagradable, buena familia. Ana María Pardo. Correo Central, Santiago.

Mi ideal es la niñata que atiende la boletería de la Estación de Rancagua. Su seriedad y su mirada encantadora me fascinan y la admiro silenciosamente. C. Inostroza, Correo Rancagua.

Leticia y Mabel, Correo Antofagasta, dos morenas de 17 y 18, desean correspondencia sincera con estudiantes hasta de 17 años.

Tengo 23 años, moreno, delgado, estatura 1.73, sin vicios, busco lectora que sepa estimar mis nobles sentimientos. La deseo de 18 a 20. Necesario foto. En casos de de mi agrado, proceder como un verdadero caballero. Por Correo a Benamor Ami. María Elena, Tocopilla.

Jeune homme de 15 ans, bonne famille, com mercant établi, désir correspondance avec demoiselle 18 à 20, but mariage. Ecrire Guido, Correo Oficina María Elena.

Agradecería noticias del chofer Gustavo Cáceres, que el año 28 trabajaba en Avenida España. Si quiere saber quien soy, conteste al Correo 2, Flor de Amor.

Amor que nunca correspondieron, busca buen amigo que le ayude a soportar esta horrible existencia, lacerada ya por la honra de herida de una triste desilusión. Hombre que has amado, hombre que no tienes madre, y estés convencido de tener corazón, contesta a Correo, Gorbea.

Claudio de Alas, no sólo reuno las condiciones que deseas, más aun, soy la mujer de la cual te quejas. La causa de todo es el necio orgullo de algunos hombres. Olvidemos el pasado y comencemos una vida de armonía y felicidad. Villa Alegre, Carnet 4324.

Mi ideal eres tu, Julio R. Maldonado. Sé que amas a otra, pero no te soy indiferente. Si quieras saber quien te adora en silencio desde hace tiempo y sufre al no ser correspondida, te ruego contestes por la revista a Duby, Morocha, Talcahuano.

Señorita 18 años, instruida, físico aceptable, desea correspondencia con joven igualmente instruido, prefiriendo profesional, físico también aceptable, estatura regular. Carmen Zaldivar, Correo 9, Santiago.

Lucy N. Correo 2, Valparaíso, desea correspondencia con joven de 20 a 25, regular físico, educado, franco y sincero. Prefiero de Calera a Santiago. Soy morena, de ojos castaños, pelo ondulado, 18 años.

Sería, educada, de familia honorable, desea correspondencia con subteniente del ejército, armada o aviación. No admiro el físico. Exijo seriedad, honorabilidad. Si algún oficial se interesa por estas líneas y tenga su

corazón libre, conteste a Norma Shearer, Correo 2, Valparaíso.

Nadia, Casilla 69, Quilpué, busca amigo espiritual, que con sus misivas logre traer hasta su alma, huérano de afectos, un poquito de ternura. Ella 20 años.

Una solterona desesperada de la vida, que aunque un tanto marchitas, tiene el magín lleno de ilusiones, como todas las chiquillas que piden por medio de esta revista un novio, ella se atreve a desear un amigo de 40 a 50 años. Amigo de alama grande, capaz de olvidar que se dirige a una pobre solterona abandonada. Ella es rubia, alta, de ojos pardos, no muy fea. Alone, Los Angeles.

Mi ideal sería un hombre con el talento de Elias Letelier, la figura de Alberto Mayer, los ojos del ministro Agüero, la boca del globo Carrasco, la nariz del capitán Carvacho, y el chiste y simpatía de Lucio Zegers. Si hay alguien que crea reunir estas condiciones, conteste por medio de esta revista, a Talquina Regodonia.

B. S. y O. C., radioestación Punta Arenas, Magallanes, desean correspondencia con señoritas de 17 a 20. Ellos jóvenes marineros, de 20 años. Foto.

Deseo saber de María Chazal y de Perucho, que conoci en Santiago cuando estábamos en la misma pensión. Soy el provincianito que hizo su servicio en el Bui. Si no tiene inconveniente y recuerda quien soy, conteste al R. I. 10, «Lautaro», Puerto Montt.

Para Alberto C. M., Los Angeles, rúegole decirme por qué no contestó mi carta, que era contestación de la suya. Tan pronto olvide usted a la chiquilla que en el balle de fantasía de M., le prometió no olvidarla. Conteste a la dirección que sabe, Violeta del Campo.

Julius Sorel, Correo 15, viejito de 23, algo feo, delgado, busca jovencita distinguida, díjeca de, de 15 a 17, para llevarla al biógrafo y adorarla.

Administró fondo. Tengo 25 años y 1m75 de alto, educado, sin vicios y algunas economías. Deseo unirme a mujer de regular figura, franca y cariñosa, con fortuna, para independizarme. Contestaré sólo la carta que indique más franqueza y sinceridad. O. H., Correo, Concepción.

A Harry Russell, Coronel Minas Selvagger Maule, Sirvase devolver foto a la dirección que se le indicó. Sea más caballero.

Veramón Shering, creo reunir las cualidades que usted pide. Más datos por carta, enviando foto a L. S., Correo Gorbea.

Caballero honorable, feo, buena renta, entablaria correspondencia reservada con solterona libre o viuda sin hijos, rentadas, figura regular. Pigs, Correo Central.

Joven 23 años, alto, bien parecido, buena conducta y educación, desea correspondencia con señorita de 16 a 23, fines matrimoniales. Envíen foto. Angel H. M., Comisaría del Ejército. Villa Sanjurjo, Marruecos.

Extranjero, bueno, inteligente, fuerte, dese sea amistad con niña simpática, rubia, bonita, inteligente, de preferencia inglesa, francesa o chilena, de Valparaíso, Villa o Casablanca. Correo Vina. Dirigirse a N. B. M.

Lector, si te sientes triste, si tu vida está amargada y quieres compartir tu pena con alguien, confia en mi alma leal y comprensiva. Llevo en ella el dulce anhelo de ser amiga de aquellos que han olvidado sonreir. María Angelina. Recreo, Vina del Mar.

Carta empieza: «Amigo, etc. Firmada E. para E. D. más datos. Amplie firma. Esperanza Bella, Correo Z.

Despuesta dirigida a «Dama Anónima», no está clara. Repita alguna frase dirigida a usted. Dé iniciales suyas u otro dato, Santiago.

Nora Celis E., desea correspondencia con joven franco y sincero, no importa físico. Sólo quiere un corazoncito tierno y cariñoso. Correo 3, Valparaíso.

Me interesaría alguna viudita joven o se-

ñorita independiente, dijérita y distinguida. Tengo 25 años, regular físico, ilustrado, situación momentánea apenas regular. Souvenir, Correo 5.

O. Ortiz O., caballero extranjero, 40 años, buena presencia, culto, instruido, solicita correspondencia matrimonial con viuda o señorita hasta 50 años, que disponga de espléndida situación económica. No me importa su pasado ni su físico, siempre que conserve un alma pura. Contestar con amplios detalles a Lista de Correos, Antofagasta.

Fco. Cruz y H. Mauri, Tomé Nogueira 100, desean ser correspondidos por jovencitas de 17 a 20. Uno es rubio y el otro moreno.

Contestando a Veramon Schering: chiquilla de 20 alta, de buena familia, seria y buen físico, deseo conocerlo. Carta a Rosa A. Pérez, Correo 3, Santiago.

Señorita seria, educada, independiente, familia honorable, deseo conocer hombre de carácter, 26 a 36, culto, serio, inteligente, bondadoso, que conozca el dolor y los engaños, pero que sea idealista. Que tenga que luchar para alcanzar aspiraciones tanto materiales como espirituales, que se encuentre capaz de hacer conocer la vida en su sentido más noble y amplio, y haga florecer un alma que desfallece. E. F. S. E., Correo Calera.

Guillermo Barrigo, empleado del Banco Central de Santiago, deseo saber si su corazón está libre. ¿Se acuerda del año 25? Conteste al nombre que sabe, Temuco.

A Veramon Schering, reuno las cualidades que desea. Indispensable foto, Temuco, Miraflores 1219.

A J. Márquez, Teniente C., Traiguén, contesta a Vilma Temuco, Miraflores 1219.

¿Habrá entre los lectorcitos unos que quieren dar la vida a dos huérfanas de amor? Preferimos de Linares o Curicó. Si hay interesados, contesten a Inés M. y Gladys D., Correo Talca.

Al señor Ral Bonnin G. Mándeme su dirección, que le puede interesar. Un parente Clasificador 82, B. B., Correo Central, Santiago.

Dos amiguitas desean correspondencia con jovencitos de 20 a 25. Se prefiere de Santiago o Valparaíso. Uno rubio y el otro moreno, familia honorable. M. E. C. y G. G. A., Correo Rancagua.

Para Elena Martínez C. ¿Dónde estás? ¿Por qué no escribes? ¿Qué te has hecho? Tu indiferencia y olvido está matando el corazón de tu Ríoy.

Chiquilla serericita, muy amante del hogar, y cariñosa, deseo conocer joven de 30 a 35 años. Mi ideal soñado, alto, delgado moreno, ojos verdes, sin vicios, con el único de quererme Mucho. Mireya, Estación Llanquihue.

Dos huérfanas de amor, desean encontrar jóvenes sinceros, que sepan corresponder a nuestro amor. Si algún lectorcito, pasado 25 años, se interesa, conteste por carta a B. N., de 28 y a C. D. de 22, Correo Viña.

Me encantaría correspondencia con oficial de la marina mercante, prefero rubio, ojos azules, nobles sentimientos. Clavel del aire.

Desearía correspondencia con la señorita que conoci en la capilla de los Sagrados Corazones, en el cerro Yungay. Ignoro su nombre. Quizás si recuerde al joven de terno claro y sombrero plomo. Virgilio Z., Correo 2, Valparaíso.

Rodolfo Zergetti, joven, bien educado, desea correspondencia con señorita de 18 a 19, prefero de Valparaíso.

Deseo correspondencia con joven moreno, de 23 a 25, sentimientos nobles y cariñoso. Yo, morena 19, físico agradable. A. E. I., Valparaíso, Correo 2.

Empleado, buena presencia, 36 años, desea relacionarse con señorita o viuda de 25 a 30 años, con algo de capital, fines matri-

moniales. Carnet 96444, Teniente C., Rancagua.

Deseo conocer morenito estudiante de 17 a 18. Yo, estudiante, morena, 17 años, corazón libre y dispuesta a amar. Inés Quezada, Correo, Valparaíso.

Ewaldio Ih, por su personalidad moral, intelectual y física, constituirá siempre el ser soñado de X. X., Puerto Montt.

Santa Cruz Disse L. M. Mi único ideal es la señorita M. Ibarra, de la calle Nicolás Palacios N.º 215. Contésteme.

Mi único ideal lo constituye el abogado E. I. P., gran músico y simpátissima persona. Si sus múltiples ocupaciones le dejaran un rinconcito desocupado, le suplico escribir a su más sincera admiradora. Maravillita Solitaria, Concepción.

Maria Inés, busca a quien entregar su corazón. Lo deseo honorable, buena situación, físico pasable. No soy fea. Pienso amar con locura mi ideal. Lautaro C.

Deseo saber del amigo Evans Serrano, estudiante de la Escuela de Artes y Oficios. ¿Recordará a la provincianita con quien mantuve correspondencia el año pasado?

Mila, Estación Llanquihue, morenita de 23, simpática y cariñosa, desea correspondencia con joven serio y de nobles sentimientos.

Mi ideal es H. Yebaner K., de Estación Llanquihue. Si su corazón está libre, conteste a este consultorio. Flor del Campo.

Me gusta E. Romero, que vive en Rozas, pasad A. Pinto. Es muy serio, pero si su corazón está libre, que escriba al pseudónimo



Limpia

Bañaderas	•	Azulejos
Ventanas	•	Espejos
Cobre	•	Bronce
Hojalata	•	Níquel
Aluminio		
Las manos • Calzado blanco		

Limpia la cocina —Aligera el trabajo

El BON AMI resulta un verdadero "buen amigo" en la cocina.

Mantiene cacerolas y sartenes siempre brillantes—la madera pintada como nueva y la cristalería diáfana, diamantina.

El Bon Ami no araña ni raya—absorbe la grasa y la suciedad. Esto facilita la limpieza. El Bon Ami no daña las manos.

De venta por todas partes

Bon Ami

mo Hella Rodriguez, que creo tendrá mucha sorpresa al descubrirme, y también pienso que podríamos ser muy buenos amigos. Correo Concepción.

Rancagliuina, 22 años, cariñosa y buena ducha de casa, desea correspondencia con joven de 25 a 30, moreno, que guste del baile. Contestar a la revista.

Morena de 25, cabello ondulado, desearia conocer joven simpático, rubio o moreno, de 25 a 32, culto, profesional o empleado, que posea un alma noble, sincera, y que quiera hacer feliz a quien está dispuesta a amar por toda la vida. Contestar a la revista a Lastenia Vidor.

Anny Ondra. Vallenar, deseó correspondencia con un joven de 19 años.

Señorita de 20, alta, delgada, lindo cuerpo, ojos verdes, pelo castaño, desea correspondencia con joven moreno educado y simpático. Más datos, al que conteste al Correo, 1 Temuco. O. B. I.

Maria Rivero, Correo 2, Valparaíso, desea correspondencia, fines matrimoniales, joven instruido buena presencia de 25 a 30 años. Preferirse de Copiapo o Potrerillos.

Silvia Peckerman, Correo Chillán desea amistad sincera con alemán o chileno de 35 a 35, bueno, serio, reservado, familia honorable.

Para Andrés M. Soy la chica que corresponde a sus miradas, de ojos verdes, vestido negro y regular estatura. Blanca Nieves.

A Marujita, Julio P. de Santiago a quien recuerdo desde el día que se dignó bailar tres veces conmigo en la residencia de la familia C. A., en el Llano Subercaseaux. Deseo de corazón me diga su dirección por intermedio de la revista. Creo que no habrá olvidado al teniente de Aviación de ojos verdes que no se cansaron de admirarla. F. de la J. C.

Para la señorita Estela L. Esperaba una oportunidad como esta para entregar mi corazón. Nobles sentimientos, 28 años, altura 1,70. Por Correo, La Mina, Potrerillos. B. N. A.

Mi ideal sería un rubio de 22 a 28 años, familia honorable, franco, sincero y leal que se encuentre capaz de corresponder al amor puro y sincero que pienso brindarle mi joven corazón. Prefiero extranjero o descendiente. Yo rubia, ojos verdes. Anita Page, Correo 2, Valparaíso.

Mi ideal es un caballero que vive en la Cruz, cuyo nombre es Joaquín del Río; aunque sé claramente que nunca me corresponderá, por ser yo una persona humilde; quiero que sepa que hay alguien que lo adora de todo corazón y que se conformaría con

recibir una mirada suya; usted me conoce. ¿Adivina quién soy? Conteste a Dime Deemas, Correo Quillota.

Somos dos inseparables amiguitas morenas, simpáticas, según dicen, buena situación, y deseamos corresponde con dos jóvenes altos, delgados, que sean cariñosos y amantes del hogar, preferimos ingleses o alemanes. Los interesados pueden contestar a Dolores del Río, San Carlos. Indispensable foto.

X. K. Correo 3 Valparaíso, 17 años, 1,74 de altura, desea encontrar joven 24 a 30 años, buena figura, prefiere extranjero.

Por fin el destino ha puesto en mi camino la mujercita sonada. Una encantadora morenita. El 13 de diciembre estaba en la Plaza Victoria. Entre siete y siete y media se encontró con un señor que leía el diario frente al Ideal. Tomaron góndola Colón. Siguieron en tránsito las Zorras. Ella vestía traje negro, el gris. ¿Habrá llegado tarde sólo para ver la felicidad de otro? Señorita, somos tdesconocidos, pero la amo con fines serios, ¿su corazoncito es libre? Conteste por esta encuesta al que esta dispuesto a hacerla la más feliz de las mujeres. G. Brant.

Mi ideal lo constituye una de las alemanas, alta, rubia, ojos verdes, que vestía traje chino y calcetines, del Liceo Alemán de Concepción. Yo soy el joven que en el Hotel tenía el Para Todos y una rosa amarilla en la mano. Imploro a la persona amiga que lea estas líneas, las haga llegar hasta ella. Le ruego a la de ojos verdes, que si no le fui indiferente, conteste a Lavin Hernández, Lonquimay.

Julian Llanos, San Carlos. ¿Por qué tanto silencio? A pesar del tiempo transcurrido siempre lo recuerdo con cariño. Si le estas líneas, conteste a la dirección que siempre he tenido S. Lonquimay.

Cora Angulo, San José de la Mariquina. ¿No perdonas hasta ahora, nena? Yo siempre te quiero más y no podré olvidarte nunca. Te ruego, si hay en ti un poco de cariño para este pobre desgraciado o, me escribas a la dirección que sabes. Ch. Lonquimay.

Señora chilena, joven cultísima y atractiva, desearía conocer caballero chileno o extranjero, de preferencia inglés, con fortuna o muy buena situación, edad 40 a 50 años. Seriedad y cultura. Lellán Geisse. Correo 3 Santiago.

Desearía correspondencia con joven de 25 a 30 años, a título de amistad, no importa físico ni situación, sól ocejo sea sincero. Nilna da Pineda. Ovalle, Pinchacaz, Fundo Victoria.

Me gustaría conocer para amarla, muchachita, cariñosa, comprensible, bueno cuerpo y diente, que tenga libertad y que esté dispuesta a amar, 15 a 16 años, de Valparaíso o Viña, para conocerla en el mes de marzo. Yo, alto, delgado, muy buena familia, buen físico, 17 años y con locos deseos de amar. La lectorita que se interese, conteste a Sueño de Amor.

Marinero, 22, deseó amistad con señorita de 17 años. No exijo belleza física, sino de alma. Viña del Mar, Casilla 71, Sofador.

El ideal de dos jóvenes, físico natural, dasgradable.

desearía correspondencia con dos amiguitas simpáticas, no mayores de 20 años, amantes del cine y del baile y que sean de Valparaíso o Viña. Foto. Arturo Rojas y Humberto Correa, Quintero.

J. Márquez, Traiguén, manifiesta que el párrafo publicado en el último número de "Para Todos" no es suyo, sino que obedece a una broma de mal gusto de algunos señores que sólo se ocupan de molestar a los demás.

Mi mayor anhelo es conocer a una chiquilla que viva lejos de la ciudad, donde no haya llegado la maldad contagiosa de esta. La deseó de 17 a 20 años, educada, cariñosa, con la sencillez de las flores campesinas y que esté dispuesta a amar sinceramente. Yo estudiante universitario, 20 años, alto, moreno, ansioso de amar intensamente a esa amiga buena que lo merezca. Ernesto Solmar, Correo 2, Santiago.

Creo ser el ideal de Luis del Campo. Soy alta, delgada, morena, según dicen simpática, edad 25 años. Flor Marchita, Correo, Villa Alegre.

Para la señorita que en el "Para Todos", 83 se firma Luz, creo estar en las condiciones que usted exige. Desearía enviarla dirección a Correo Central, Valparaíso, Quemado.

Señorita, 18 a 19, morena, buena presencia, desea correspondencia con lector de "Para Todos", y ojalá foto a S. Saldivar, Correo, Chinam.

Ainigriv, Casilla 67, Quilpué, desea amiga epistolar, cuya mano piadosa sea capaz de derramar la divina ternura que tanto anhela su alma sonadora de 20 abriles.

Amapolita, 20 años, simpática educada, seria, familia honorable, pobre, desea encontrar amigo iguales condiciones, sin vicios, trabajador, 25 a 30 años, A. I. D. A. Rengifo.

Desearía saber si el joven N. Ferrada de Bulnes, recuerda a aquella que lo prefirió entre todos en el paseo que hicieron el 8 de diciembre, Nelly Jofré, Chillán, Correo.

J. Andrade, desea correspondencia con chiquilla alta y simpática que sepa amar. Soy moreno, Correo Concepción.

Joven de 18, con profesión, desea correspondencia con señorita que tenga corazoncito libre y dispuesta amar. No importa físico. Carnet 192174, Correo, Valparaíso.

Nandie del Solar, desea correspondencia con joven simpático y decente, 18 a 20 años, Correo, Concepción.

Deseo correspondencia con niña sepa sugerirme, inteligentemente, lo que la vida tenga de hermoso y elevado. Juvenio, Villarrica.

J. N. M. L. 19 años, alto, delgado y moreno, desea correspondencia con señorita hasta 19 abriles, no importa físico. Correo 3 Valparaíso.

Mi ideal es un tipo simpático que pueda conquistar un corazón que no ha amado nunca. Tengo 15 años. Pajita, Mitzy N. L., Correo, Sewell.

Jenana, anhela encontrar su soñado ideal. Quiero un primo serio, franco y de muy buenas costumbres. Edad, 36 años, que le guste el cine, el baile y toda clase de deportes. Ojalá tenga auto para poder salir a excursiones. Yo, morena, alta, no bonita, de familia sencilla y muy buenas costumbres, edad, 24 años. Conteste por la revista.

Mi ideal es el simpático aviador que

venía a la Isla del Maipo en el Avión 11 y una tarde vino en un auto lacre. Quiero que sepa que una persona lo recuerda y quiere saber quién es. Le agradecería conteste a Zahidé.

Mi ideal sería joven extranjero de 31 a 32, no importa físico, sea perfecto caballero. Ella físico regular leal y respetuosa. Carmen Barros. Chimbarrongo, Correo.

Lo Mejor para el Nene

No ponga Ud. en peligro el delicado estomagoito del bebé.

Use Ud. Laxol, el purgante seguro aunque eficaz, que recomiendan los médicos.

Laxol es purísimo aceite de ricino combinado con sustancias aromáticas, y que carece de olor y sabor repulsivos. A los niños hasta les gusta el agradable sabor de Laxol.

Lo venden las mejores farmacias, en la conocida botella azul.

LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A. 4

Acíete de Ricino Purificado 88.96 gramos Sacarina 0.14 gramos
Esencia de Menta 0.90 gramos Total 90.00 gramos



Mi ideal es el simpático dentista de Potrerillos E. B. L., que meses atrás se alojó en el Hotel Buenos Aires. Si está libre, conteste a Lily Ann, Casilla 982, Antofagasta.

Elsa F. L. Te ruego me indiques dónde verte o escribirte. Luis.

Me interesa por chica educada, sencilla, espiritual, modales distinguídos, decente. Yo, 24, ex marino, familia distinguida. La quiero de 16 a 16. Luis F. L. Correo 2.

Marisa Sagredo, desea correspondencia con Enrique Caminell. Yo, 27, empleada en un Hotel. Correo Concepción.

Chiquillas viñamarinas de 16 y 17, desean correspondencia con jóvenes de 18 a 20, serios, respetuosos y educados. Por la revista a Inés N. y Ana C.

Viuda o soltera de 20 a 23, que sea fiel a un hombre serio de 24 años. Eduardo Gutiérrez. Correo 3, Stgo.

Para A. Rodríguez. Radiotelegrafista de Frutillar. ¿Por qué escribe? Correo Angol.

Tres amiguitas desean amistad con tres marinos serios y buenos. Checha R. A. Anita C. U. y Nina G. C.

Morena alta, 16, busca joven de 16 a 18. Imperial S. Rancagua Sewell.

Anhelo saber de F. F. de Valparaíso. Es hijo de una violinista francesa o belga. E. Volkonsky.

Semifusa, desea conocer maestro de música que con el tiempo la ocupara en su academia, pues tiene conocimientos y desea irse a una ciudad de importancia.

Violeta Valler, Correo Longan, desea saber el nombre de un ayudante de conductor de tren, que el lunes 13 corrió de Talcahuano a Alameda. Yo soy una chica que subí en San Rosendo y se bajó en Longan, donde resido. Tengo 19 años, buena herencia y no me amado nunca. Conteste a Violeta Valler, Correo Longan.

Señorita educada, buena presencia, regular carácter y presencia, regular estatura, desea conocer joven de 30 a 40, buen carácter y presencia, para formar hogar feliz. Mejor si fuera extranjero de Valparaíso o de esta capital. Berta J., Casilla 120 D.

Busco joven de 25 a 30, empleado o profesional, educado, familia honorable. Yo, 21, rubia, alta, familia, sincera, dueña de casa. Elena, Correo 10, Núñoa.

Nacha 22 y Tita 17, Correo Talca, desean correspondencia con el jovencito ojos azules que está en el curso nocturno del Instituto Comercial. Sus iniciales son R. S. P., y la otra con R. M. L., que también está en el Instituto.

Mi ideal es joven que estudia en la escuela agrícola de Chillán. Se llama L. V. H. y cursa II año. Sin tu amor mi vida muere. Chillán, Correo 2.

Busco joven alto, buena figura, profesional, que no pase de 30 años, de Santiago, Concepción o Temuco. E. G. Correo Chillán.

Busco profesional de Santiago, buena situación. Soy morenita blanca, ojos negros, dueña de casa, próxima a recibirse de concertista, simpática. Adriana Gaete. Correo 3, Santiago.

Morena 19, desea correspondencia con joven mayor de 20. Lelia del Campo. Correo Rengo.

A «Pobre Juanito». Soy porteñita y creo reunir las cualidades que usted solicita. Rúgole contestar a Nona, Correo Central, Valparaíso.

Deseo amigo sincero de 25 a 50. Soy portera, de paso en la Serena, pronto regresare a Valparaíso. Sonia Salinas.

Ricorte de ormandia, creo reunir las cualidades que la señora viuda de 25 años, Correo 3, desea. Conteste a Potrerillos.



Las mujeres
más elegantes nos
indicaron exacta-
mente como de-
ben ser las medias
de su agrado

TEXTUALMENTE dijeron: "Deben ser bonitas y de impecable estilo. Conociendo ustedes a la perfección el arte de fabricar medias finísimas, ¿por qué no nos han de hacer medias de seda pura que al mismo tiempo sean durables?" . . . Y esto es, precisamente, lo que nosotros hemos hecho . . . ¿Ha visto usted las *nuevas* y *preciosas* medias Holeproof, de gran duración, que para *usted* hemos fabricado expresamente?

Media
Holeproof
(pronúnciese "Jolpruf")

Representante
O. H. MITCHELL
Casilla 1014, Santiago



Lápiz Mágico

La dama elegante al aplicar ligeramente el Lápiz Tangee obtiene el color natural de sus labios — simulando la rosa en belleza y color natural. Se asimila a los labios como formando parte de los mismos y no deja huella de grasa o pigmento, durando en los labios todo el dia. Otros preparados Tangee, que poseen esas mismas cualidades mágicas son — Colorete Compacto Tangee, Crema Colorete, Polvo, Crema Nocturna, Crema Alba Tangee y Cosmético.

PIDASE EN FARMACIAS Y PERFUMERIAS

Representantes:

KLEIN & CIA., LTD A.

Santiago, Chile.

TANGEE

SE PRONUNCIA "TANYI"



Deseo correspondencia con J. L., que trabaja en el Correo de San Javier. Para las fiestas del 12 lo vi acompañado de una señora y dos señoritas. Soy simpática y educada. Mirtho, Villa Alegre.

Deseo correspondencia con joven de Chilán, de 23 a 30. Yo, simpática, familia, 23 años. Silvia. Villa Alegre de Loncomilla.

Tengo 27 años, situación buena, deseo amistad con joven de 30 a 40, no importa viudo con hijos, siempre que sean chicos. Yolanda Donoso. Villa Alegre de Loncomilla.

Mi ideal es la señorita que vive en San Ignacio X, frente del hospital. Se llama R. R. Me gustan, su seriedad y su pasión por los versos. Yo soy el joven alto de ojos negros a quien usted no se digna mirar jamás. Despreciado.

Un Afectado.— Deje a la chiquilla que no le gusta y dedíquese a la que le gusta, sencillamente. No continúe esa farsa, que la cardad en amor, no tiene niénza de ser.

Maria de Escocia, Correo 21, 38 años, familia honorable, separada de su marido, busca caballero de 40 a 50 años, que quiera formar hogar. No importa que tenga hijos si es viudo, porque me gustan los niños.

Me gusta C. Fernández, ocupado en la casa Sableoncello. Conteste al Correo 3, a Julia Cardemil.

M. L. R. Correo 6, Valparaíso, desea conocer marino o militar de buenos sentimientos, 20 a 25 años. Ella, morena, ojos grandes, 18 años.

Me gustaría correspodencia con hombre serio y culto. A esta revista. Marta Pagador.

Armando Riquelme Ramos, te amo silenciosamente. Sabes mi dirección. Alma Triste. Coquimbo.

Deseo saber de Juan Rojas Jorquera, de Arica. O. B., Coquimbo.

Deseamos saber de nuestro hermano Rigerto Rivera Cortés, que tal vez esté en Santiago. Sus hermanos O. y Z. B. Coquimbo.

Deseo saber de Rogelio Lineos Solorza, que debe estar en Iquique. Zolla. Coquimbo.

Teresa Solorza, Correo Principal, Valparaíso.

TRAJES

En las grandes casas que se especializan en modelos de trajes sastre se nota una nueva actividad. Aunque este clásico vestido nunca se ha dejado por completo, hoy adquiere una importancia de primera linea.

Rasmus, que se dedica exclusivamente a este tipo de modelo, elige telas moteadas para sus innumerables clientes. Se nota predilección por los lunares blancos sobre negro; pero también tienen sus adeptos aquellos sobre fondo azul marino. Se sigue mucho la linea clásica, que hoy consiste en un saquito que llega hasta las caderas y una falda lisa con tablas. También se usa la capa con falda

raiso, deseas conocer joven moreno, corazón libre.

Joven, 22, moreno, deseas correspondencia con jovencita hasta de 22, fines matrimoniales. Ricardo Gloucester. Radioestación, Punta Arenas, Magallanes.

Sería inmensamente feliz, si encontrara un alma cariñosa y un corazón en que se cobrara un sincero cariño. Ellana Jilma, San Felipe.

Napoleón II, deseas relaciones con jovencita de 15 a 19, buena familia, bonita. Correo Concepción, Casilla 332. Indispensable residencia en Concepción.

La persona que deseas saber de Nicolás Becker, diríjase a Victoria 1122, Santiago.

Sueño con dulce compañera, de cabellos trigueños y talle gentil. Juan de Castro. Correo Central.

Busco joven 25 a 30, ojos claros, buena posición. Yo, 24, alta rubia, dueña de casa. Sastra de la Fuente, Curicó, Correo.

Rigoberto K. y Fernando H., extranjeros que estuvieron varios días en la ciudad de los clavitos, solicitan amistad con dos simpáticas e inseparables amiguitas serenenses, cuyos nombres son Anita y Mary que viven en el barrio Juan de Dios Peny. Son muy seculeras e indiferentes. Rogamosles hagan nuestra felicidad contestándonos por medio de la revista.

Sería feliz si alejamiento de Temuco quisiera mantener correspondencia con morena, regular estatura, porque voy a vivir a esa ciudad. E. G. M. Correo Chillán.

Chiquillas amantes del cine y del deporte, una de 15 y otra de 16, desean correspondencia con jovencitos porteros, ojalá playuchinos. Correo 4, Playa Ancha, a M. E. y J. P.

Deseo conocer moreno, buena figura, que guste del cine y de paseos, pero sobre todo que sepa querer apasionadamente. Amarylis. Correo Principal, Valparaíso.

Ama hasta la muerte a Juanito Valenzuela, de Mapocho 35 y tantos. Quiero que sepa que todavía te amo en silencio. E. Toledo, Correo 4.

SASTRE

y blusa a veces unidas, y un cinturón que prende con un botón grande, colocado a la altura del falle. La blusa lavable varía la tela y colorido según la hora y ocasión, y su forma es desde la más severa hasta las más adornadas.

El largo en la falda sigue el movimiento de la moda, aunque los trajes de sastre nunca fueron demasiado cortos. Se adornan con recortes y la novedad está en el modo de confeccionar los bolillos, puños y solapas.

El color predominante en los grandes modistas del traje tailleur es el negro y azul oscuro.

En las Grandes Reuniones

de los hombros y la mayoría en cabriolla blanca.

Saquetos cortos ajustados al cuerpo y generalmente en el mismo color y tela del traje.

Sin embargo, muchos son en terciopelo chifón, color granate sobre trajes blancos o negros.

También se ven tapados largos en terciopelo chifón con grandes cuellos en zorro y en armiño.

En el Bois

El domingo pasado, por la mañana, vi un saco de lluvia precioso, en crêpe de Chine azul marino imprimé, con diseños de tweed rojos. El sombrero, ajustado, era en la misma tela y los guantes hacían juego.

En una elegante representación de un concierto dado por la Filarmonica de Berlín en la Opera, tuve oportunidad de observar a la distinguida concurrencia. La mayoría de los trajes, en satén, largos hasta el suelo y cuyo color predominante era el blanco. Una verdadera elegante estaba vestida de satén blanco con un saquito corto de armiño; su cabello negro, peinado al medio con un ancho rodeté en la nuca, realzaba su interior.

Todas llevaban bonitos collares en strass, o en pequeñas cuentas de colores, arrolladas como cordeles, cuyo tono hacia juego con el cinturón y los zapatos.

Muchos guantes largos hasta debajo

Verdades y mentiras

Comedor elegante, lindo, bien dispuesto. MARIDO Y MUJER, de sobremesa. Hace un año que están casados. Los negocios van mal. El la pide cuentas.

Marido. — ¡Esto no puede seguir así! ¡Esto es un desplífarro!

Mujer. — Oye. ¿Te diriges a los vecinos?

Marido. — Me dirijo a quien quiero. Para eso soy el amo de mi casa.

Mujer. — Lo cual quiere decir que yo no estoy en la mía, ¡no es eso?

Marido. — Mira, Lolita. No me empieces con tus puntillas. Tú estás en casa porque eres mi mujer. Ahora lo que importa es que me digas en qué has gastado...

Marido. — Ahí en el dietario, lo tienes anotado.

Marido. — Sí, ya lo veo. Pero esto no puede seguir así. ¡Esto es el caos! Veamos, si estoy seguro de que haces gastos inútiles... Sí... mira... ¡Ah, ya decía yo! En tres días, ¡cuatro pollos! A ver...

Mujer. — ¿No te acuerdas por qué se compraron?

Marido. — No, si ya sé dónde vas a ir a parar... Si tendré yo la culpa... ¡Qué si mis gustos! ¡Qué si el perrito!

Mujer. — Y te olvidas algo: ¡tus invitados!

Marido. — ¡Ah! ¡Pero fué ese día cuando vinieron los Regulez! Bien así... Pero, mira, aquí tienes otra partida... ¡Nada, nada! Yo te regularé los gastos. Haremos un sistema como se hace en mi oficina. Organización y organización... ¡Eso es!

Mujer. — Muy bien, pues, organicemos. Empleza.

Marido. — Te advierto que no vas a poder sisar...

Mujer. — No importa, empieza.

Marido. — Muy bien. Al fin y al cabo hay que reconocer que eres razonable. Yo te entrego a ti cada mes seiscientas pesetas, ¿no es eso?

Mujer. — Eso mismo.

Marido. — Y tú llevas la casa, y con penas y trabajos ahorras diez o doce dólares al mes, ¿no es eso?

Mujer. — Eso mismo.

Marido. — Muy bien, pues con la organización vas a ahorrar por lo menos veinticinco dólares. Entiende. ¡Tú qué necesitas para la vida diaria? Pon un tercio medio para nosotros dos y el perro.

Mujer. — Unas doce pesetas.

Marido. — ¡Doce? Mucho es, pero no quiero ser tacaño. A treinta días son trescientas sesenta pesetas; contemos doce más por si el mes trae treinta y un día: trescientas setenta y dos. Pongamos trescientas setenta y cinco. El piso, ciento diez pesetas, que sumado a lo otro dan cuatrocientas ochenta y cinco. La luz eléctrica serán diez a lo más, ¿no?

Mujer. — Pon veinticinco, por si acaso. Trabajas mucho en tu despacho por las noches.

Marido. — ¡Veinticinco? Me parece demasiado. Pero, ¡en fin! Demasiado, demasiado. ¡Hay que reducir gastos!

Mujer. — Espera, espera, que aun no se han terminado. Ahora voy a apuntar yo: tus libracos y sociiedades: veinticin-

co pesetas más... El gas: siete u ocho pesetas más. Perfumes para mí y lociones para tí: quince pesetas más... Y...

Marido. — Pero, ¿aun hay más?

Mujer. — ¡Hombre! Pero si ahora falta lo principal. Unos calcetines para tí, unas medias para mí; un sombrerito, unos pañuelos...

Marido. — Pero, ¿entonces cómo ahorras los quince duros?

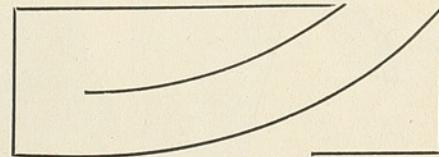
Mujer. — ¡Ah, amiguito! ¡Arte! ¿No querías tú guiar la casa? ¡Anda, guíala! ¿No querías organizarme? ¡Organiza!

Marido. — No puede ser. Me has engañado...

Mujer. — No te he engañado. Te he dicho la verdad. Sólo que las mujeres en el hogar entendemos un poco más que los maridos sobre organización. No sé quién te habrá metido la idea de que te pusieras a gobernante, pero, créeme maridito: no olvides aquello de "zapatero a tus zapatos"...

INDISCRETO.

Nº 4
1931



"COLECCION UNIVERSO"

PUBLICACION QUINCENAL

Aparece los viernes

acaba de publicar completa y en un sólo tomo la maravillosa obra de Claude Farrére, universalmente conocido como autor de "La Batalla", y que en la novela que editamos demuestra ampliamente sus incomparables condiciones de amenísimo escritor.

"EL CORSARIO"

¡es la novela que usted debe leer en VACACIONES!

Léala completa por sólo

\$ 1.40, en

"COLECCION UNIVERSO"

NUMERO 4

EN VENTA EN LIBRERIAS Y AGENCIAS ZIG-ZAG EN TODO EL PAIS

\$ 1.40.

PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES: "COLECCION UNIVERSO", Cas. 84-D. SANTIAGO.

UNIVERSO
SOCIEDAD MODERNA LITOGRAFIA

Elegancias vespertinas



Vestido de tarde en
crepe georgette.
Modelo Jenny

Vestido de tarde en
crepe "Ida".
Modelo—Agnes.

Vestido de tarde en mu-
selina estampada.
Modelo Joseph Paquin.

Vestido de tarde en cre-
pe "Iris".
Modelo Lucile Paray

De Vuelta a la Vida

Por
HUGO
CONWAY

Tan deseoso estaba yo de llegar a la verdad de aquel misterio que le di mi tarjeta. Detuve el carroaje, y se apeó. Levantó su sombrero, y vi en sus ojos una expresión de malogro triunfo.

—Adiós, Mr. Vaughan. Tal vez, después de todo, debe Ud. ser felicitado por haberse casado con una mujer cuyo pasado es imposible descubrir.

Con esta saeta final, una saeta que se clavó en lo más hondo de mí y quedó vibrando, se alejó Macari. Bien hizo en irse, antes de que le hubiera echado mano a la garganta y arrancado por ella la explicación de sus últimas palabras.

Ansioso de volver a ver a mi pobre Paulina, a toda prisa salí para Inglaterra.

CAPITULO VII

PARENTESCO SOMBRI

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Si, se alegró al verme. De aquel incierto modo suyo me dió la bienvenida. Mi gran temor, el temor de que me hubiese olvidado enteramente en mi corta ausencia, no tenía fundamento. Me conoció y se alegró de verme, ¡pobre Paulina mía! ¡Si me fuese dable volver otra vez al camino de la razón sus errantes sentidos!

Meses y meses pasaron sin que ocurriese nada de importancia. Si, como pensaba Ceneri, Paulina recobraría gradualmente la razón ¡ay! ¡mucho había de tardar en recobrarla! A veces la creía mejor, y peor a veces, cuando lo cierto era que apenas había en ella cambio alguno. Hora sobre hora pasaba sentada en completa apatía, sin hablar más que cuando se le hablaba, pero dispuesta a ir conmigo a donde quisiese yo llevarla, y hacer cuanto yo le indicase, siempre que le expresara mi deseo en palabras que ella pudiese comprender: ¡triste Paulina!

Los mejores especialistas de Inglaterra la han visto. Todos me dicen lo mismo. Puede curar; pero todos creen que la cura sería mucho más hacedera si se conociesen las circunstancias exactas del suceso que había enagado su razón. Y éstas, dudaba yo que me fuese dable conocerlas nunca!

Porque Ceneri no da señal de sí; ni Macari me ha enviado las noticias ofrecidas, que en verdad más temo que deseo, recordando sus últimas palabras. Teresa, que hubiera podido aclarar algo aquella situación, ha desaparecido. Debi haber preguntado al Doctor donde podía hallarla, aunque de seguro se hubiera negado a decírmelo. Así corren los días pesarosos; sólo me es dado procurar, con la ayuda de la buena Priscila, que nada falte al bienestar de la infeliz criatura. Acaso el tiempo y el cuidado devuelvan por fin la luz a su juicio.

Todavía estamos en la calle Walpole. Mi intención había sido comprar una casa y amueblarla; pero ¿para qué? Paulina no podía cuidar de ella, alhajarla a su gusto, complacerse en ella. En nuestras antiguas habitaciones nos quedamos, y allí llevo una vida de anacoreta.

No veo a mis amigos, que con razón me censuran porque he abandonado todas mis antigüas relaciones. Algunos que han visto ya a Paulina, atribuyen a celos mi aislamiento; otros, a otras causas; pero no me parece que nadie conozca aún la verdad.

Ocasiones hay en que no puedo soportar mi pena, ocasiones en que deseo que Kenyon no me hubiese hecho entrar en aquella iglesia de Turin; pero otra vez siento que, a despecho de todo, mi amor por mi esposa, infeliz como es, me ha hecho mejor, y hasta más feliz. Horas enteras puedo estar contemplando su amable rostro, aunque sea como pudiera contemplar un cuadro o una estatua. Hago por imaginármelo resplandeciente de vida e inteligencia, tal como fué sin duda en otro tiempo. Ansió saber qué extraño acontecimiento pudo velar así las claridades de su mente; y las horas se llevan consigo mis plegarias porque de su razón se desvanezcan las nubes que me la ocultan, y pueda leer en sus ojos algún día que entienda mi ternura y me la premia.

Un triste consuelo tengo: sea cualquier el efecto que mi matrimonio haya podido hacer sobre mi vida, no ha empeorado con él la suerte de mi esposa. Estoy seguro de que su existencia es ahora más agradable que cuando vivía sujeta a aquella áspera vieja italiana. Priscila la quiere y me la misma como a un niño; y yo... yo hago por mi parte cuanto sos-

pecho que puede causarle el placer que es ella capaz de sentir. Parece algunas veces, no todas, que aprecia mis esfuerzos; y una o dos ocasiones ha tomado mi mano y la ha llevado a sus labios, como para demostrar gratitud. Está empezando a quererme como puede querer a un padre un hijo, como una débil y desvalida criatura puede querer al que la acoge y ampara. Pobre recompensa es ésta; pero pobre como es, la tengo en mucho.

Así pasan en nuestro hogar tranquilo los días y los meses, hasta que el invierno sombrío acaba, y enseñan ya sus botones las acacias y las lillas que en los suburbios de Londres adornan el frente de las casas.

Por fortuna mía soy dado a leer. No me parece que tenga color la vida sin este gusto por los libros. No tengo valor para dejar sola a Paulina y procurar distraerme lejos de ella. Empleo muchas horas del día leyendo y estudiando, cerca de mi esposa, sentada en la misma habitación, silenciosa como siempre, a menos que yo no le pregunte algo que la oblique a hablar.

Es para mí un verdadero motivo de pesar el estar forzado, como casi por completo estoy, a no oír los sonidos consoladores de la música. Advertí pronto que todo género de música agitaba a Paulina desagradablemente. Las notas, que a mí me calman, a ella parecían irritarla y sacarla de sí; de manera que a menos que Paulina no haya salido a alguna parte con Priscila, mi piano está siempre cerrado, y cerca de él sin empleo los libros de música. Sólo los que la aman pueden entender lo que es verse privado de ella.

Una mañana en que estaba yo solo vinieron a decírmele que deseaba verme un caballero. No dió su nombre a la criada; pero le encargó me dijese que venía de Génova. No podía ser más que Macari. Mi primer impulso fué hacer decir que no le recibiría. Una y otra vez, desde nuestra última entrevista, habían vuelto a mi memoria aquellas palabras suyas que indicaban algo en la vida pasada de Paulina que interesaba a su tío ocultar; pero cuantas veces había pensado en ellas, decidi de que eran solamente la insinuación maliciosa de un pretendiente burlado, que no habiendo podido lograr para sí la mujer a quien apetecía, deseaba encender las sospechas y envenenar la vida de su rival triunfante. No temía yo nada que pudiese decir en agravio de mi esposa; pero, como me desagrada aquél hombre, vacilé antes de decidirme a recibírlo.

Macari, era sin embargo, para mí el único lazo que existía entre Paulina y su pasado. A Ceneri, estaba yo seguro de que no volvería a verlo jamás; aquél hombre era, pues, el único de quien me fuese posible todavía saber algo respecto a la vida de mi esposa; el único que podía acaso estimular con su presencia aquella pobre memoria entorpecida, y sugerir, aunque fuera vagamente, a su nublado juicio escenas y sucesos en que Paulina debía haber tenido parte. Esto me determinó a recibir a Macari, y a hacer que se encontrasen él y Paulina frente a frente. Si él lo deseaba, le permitiría que le hablase de los días para ella desconocidos, hasta de su mismo amor pasado le permitiría que le hablase; de cuánto pudiera, en fin, ayudarla a recoger los hilos perdidos de su memoria.

Entró Macari en mi aposento, y me saludó con una cordialidad que bien sabía yo no era sincera.

A despecho de la alegría aparente con que me apretó la mano, sentí que venía decidido a hacerme mal. ¿Qué me importaba a mí lo que él se hubiese prometido al venir a verme? Para un objeto lo necesitaba: ¿qué me importaba, digo, una vez hecho este propósito, el instrumento que me servía para lograrlo, siempre que lo tuviera yo de modo que no se me volviese contra mí en las manos? De esto ya cuidaría yo bien.

Respondí a su saludo con cordialidad poco menos expresiva que la suya propia. Le rogué que se sentase, y pedí vino y tabacos, como cuando se quiere obsequiar a un buen amigo.

—Ya ve usted que le he cumplido mi promesa, Mr. Vaughan, dijo sonriendo.

—Estaba seguro de que usted la cumpliría. ¿Hace mucho que volvió usted a Inglaterra?

—Unos dos días nada más.

—¿Cuánto tiempo piensa usted quedarse?

—Hasta que me necesiten afuera. No han salido las cosas como deseábamos. Tengo que esperar aquí a que cese el nublado.

Le miré como si le preguntase con interés lo que quería decirme.

—Yo creía que usted sabría mi ocupación, dijo:

—Supongo que es usted un conspirador: no uso la palabra en mal sentido; pero es la única que me ocurre.

—Sí, conspirador, regenerador, apostol de la libertad: como usted quiera.

—Pero ya hace años que es libre su país.

—Hay otros países que todavía no son libres; yo trabajo para ellos. Nuestro pobre amigo Ceneri trabajaba para ellos también; pero ya él ha acabado su tarea.

—¿Ha muerto? pregunté sorprendido.

—Para todos nosotros ha muerto. No puedo dar a usted detalles. Algunas semanas después de la salida de usted de Génova prendieron a Ceneri en San Petersburgo, y lo han tenido en la fortaleza mucho tiempo esperando su sentencia. Ya me dicen que al fin lo han condenado.

—¿Condenado a qué?

—A lo de siempre. Allá va nuestro pobre amigo camino de Siberia, sentenciado a veinte años de trabajo forzado en las minas.

Aunque no sentía yo muy vivo cariño por Ceneri, me estremecí al oír su desdicha.

—¿Y usted se escapó? dije.

—Naturalmente; si no, no estaría aquí ahora regalándome con su excelente tabaco y gustando de este rico vino.

Me parecía odiosa aquella indiferencia con que hablaba de la desventura de su amigo. Si a mí me causaba espanto la idea de los tormentos que aguardaban a aquel infeliz en las minas de Siberia ¿que no debía causar a su compañero de conspiración?

—Ahora, Mr. Vaughan, usted me permitirá que le hable de negocios. Temo que le sorprenda.

—Aguardo lo que usted tenga que decirme.

—Ante de todo, necesito preguntar a usted lo que Ceneri le ha dicho de mí.

—Me ha dicho el nombre de usted.

—¿No le ha dicho nada de mi familia? ¿Por supuesto que no le dijo a Ud. mi verdadero nombre, así como tampoco le dije el suyo? ¿No le dije a usted que mi nombre era March, y que Paulina y yo somos hermanos?

Me asombró semejante revelación. Advertido por Ceneri de que aquel hombre había estado enamorado de Paulina, ni por un instante creí lo que me decía; pero me pareció más cauto oír todo su cuenta, por lo que le repliqué sencillamente:

—No; no me lo dije.

—Entonces, diré a usted mi historia brevemente. A mí me conocen fuera de Inglaterra por varios nombres; pero el mío verdadero es Antonio March. Nuestro padre se casó con la hermana del Dr. Ceneri; pero murió joven, y legó a su mujer toda su fortuna, que era grande. Nuestra madre murió poco después, y dejó a su vez toda su riqueza en manos de Ceneri, como tutor de Paulina y mío. ¿Usted sabe en qué vino a parar aquella fortuna, Mr. Vaughan?

—El Doctor Ceneri me lo dijo, contesté, sorprendido a mi pesar de la exactitud con que me hablaba del suceso.

—Sabe usted, pues, que fué gastada por la libertad de Italia. Nuestro dinero mantuvo en la guerra mucha camisa roja, y armó a mucho buen italiano. Ceneri empleó de ese modo toda nuestra riqueza. Jamás se lo he temido a mal; cuando supe en qué la había empleado, lo perdoné con toda mi alma.

—No hablemos, pues, más de eso, le dije.

—No; no veo yo las cosas de esa manera; vengo a que hablemos de eso. El gobierno de Victor Manuel está ahora firmemente establecido; Italia es libre, y cada año más rica. Mi idea, Mr. Vaughan, es ésta: yo creo que si se expone el caso ante el rey, algo puede conseguirse; creo que si yo, y usted en nombre de su esposa, hiciésemos saber que el uso de nuestra fortuna por Ceneri en trabajos patrióticos nos ha dejado en la pobreza, nos sería devuelta con placer una gran parte de nuestra riqueza, sino toda. Usted debe tener amigos en Inglaterra que podrían recomendar el caso al rey; yo tengo amigos en Italia; Garibaldi, por ejemplo, declararía la suma puesta en sus manos por el Doctor Ceneri.

Ni aquella historia parecía falsa, ni el plan era enteramente visionario. Ya comenzaaba yo a pensar que pudiera ser muy bien Macari hermano de mi esposa, y que Ceneri, con algún propósito suyo, me había ocultado el parentesco.

—Pero yo tengo suficiente dinero, le dije.

—Pero yo no tengo, replicó echándose a reír, con una risa natural y franca. Creo que por el interés de su mujer debía usted unirse conmigo en este asunto.

—Necesito algún tiempo para meditarlo.

—¡Oh! por supuesto; yo no tengo prisa. Mientras tanto haré poner en orden mi solicitud y mis documentos. ¿Podría yo ver ahora a mi hermana?

—Debo llegar de un instante a otro. Si usted la espera...

—¿Y está mejor, Mr. Vaughan?

Sacudi la cabeza tristemente.

—¡Pobrecilla! Temo entonces que no me reconozca. Hemos estado juntos muy pocas veces desde que éramos niños. Yo soy, por supuesto, de mucha más edad que ella, y desde que tengo diez y ocho años he estado conspirando y peleando. En esta vida se aflojan mucho los lazos domésticos.

Estaba yo aún lejos de confiar en aquel hombre; y todavía quedaban además por explicar las palabras con que se despidió de mí en nuestra última entrevista.

—Mr. Cacari... dije.

—Perdón. March es mi nombre.

—Bien, Mr. March; debo preguntar a usted ahora los detalles del acontecimiento que alteró la razón de mi esposa.

Tomó su rostro una expresión grave.

—No puedo decírselo ahora. Algun día podré.

—Me explicaría usted por lo menos sus últimas palabras cuando nos despedimos en Génova.

—Pido a usted excusa por ellas, porque sé que dije a Ud. entonces algo impensado e inconveniente; pero como lo he olvidado, no podría ahora explicárselo.

Nada dije, inseguro aún de las intenciones de aquel hombre para conmigo. ¿Era aquel verdaderamente hermano de Paulina? ¿Jugaba aquel hombre conmigo una partida osada?

—Lo que sí recuerdo, continuó, es que me puso fuera de mí la noticia del casamiento de Paulina. Jamás debió haberlo permitido Ceneri en el estado de su mente; y además, Mr. Vaughan, yo me había hecho la idea de que se casara con un italiano. Si hubiese vuelto a la razón, todo mi sueño era que su hermosura le conquistase un marido del más alto rango.

Sofocué mi respuesta al ver entrar en aquel momento a Paulina. Era grande mi ansiedad de ver el efecto que la aparición del que se llamaba su hermano haría sobre ella.

Macari se levantó y salió a su encuentro.

—Paulina, dijo, ¿te acuerdas de mí?

Ella fijó en él sus ojos curiosos y como asombrados, pero movió la cabeza como una persona que duda. El la tomó de la mano. Observé que pareció apartarse de él instintivamente.

—Pobre, pobre criatura! exclamó Macari. Esto es peor de lo que yo esperaba, Mr. Vaughan. Paulina, hace mucho tiempo que no nos vemos; pero tú no puedes haberte olvidado de mí.

Los ojos grandes e inquietos de mi pobre compañera no se desviaban del rostro de Macari; más no dió señal alguna de reconocerlo.

—Trata, Paulina, trata de recordar quién es.

Se pasó la mano por la frente, y volvió a sacudir la cabeza: *«Non me ricordo»*, dijo en voz baja; y como si el esfuerzo mental la hubiese extenuado, se dejó caer sobre una silla, suspirando.

Me llenó de alegría oírla hablar en italiano. Rara vez usaba de esta lengua, a menos que no se viese obligada a ella. El hecho de que la emplease en aquel momento me demostró que, de alguna vaga manera, relacionaba en su mente al visitante con Italia. Aquel fué para mí un rayo de esperanza.

Otra cosa también observé. He dicho ya que era muy raro que Paulina levantase los ojos para mirar a nadie faz a faz; pero esta vez, durante todo el tiempo que Macari estuvo en el cuarto, Paulina no apartó un solo momento los ojos de él. Macari se había sentado cerca de ella, y después de decirle algunas palabras más, siguió hablando exclusivamente conmigo. Durante todo aquel tiempo pude notar cómo Paulina lo observaba con una mirada ansiosa e inquieta; momentos hubo, en verdad, en que casi me persuadí de que había en sus ojos una expresión de miedo. ¡Oh! ¡miedo, odio, inquietud, hasta amor mismo expresaran sus ojos en buen hora, con tal de que me fuese dado ver en ellos la luz de la razón! Comencé a pensar en que si Paulina había de recobrar el juicio, por medio de mi visitante habría de ser; de modo que cuando se despidió de mí, le urgí, sin disimulo alguno, a que volviese a vernos pronto, el día siguiente si podía. Me lo prometió sin esfuerzo, y por aquel día nos separamos. Solo me era dable esperar que estuviese tan satisfecho del resultado de nuestra entrevista como yo mismo.

Quedó Paulina después de la visita de Macari visiblemente inquieta. Varias veces la sorprendió oprimiéndose la frente con la mano. Parecía como si no pudiese estar tranquila en su asiento. Iba y venía de su silla a la ventana, y miraba a la calle de uno y otro lado. Yo no me fijaba en aquellos movimientos, aunque una o dos veces la vi volver hacia mí los ojos con una mirada que imploraba y gemía. Creía yo que en su mente confusa estaba batallando por salir afuera algún recuerdo de los tiempos pasados, evocado por la presencia de Macari; y anhelaba que llegase el día siguiente, en que me había ofrecido venir de nuevo. Aquel hombre se prometía sacar algún provecho de mí, de modo que estaba seguro de volver a verle.

Vino el día siguiente, y el otro, y otros muchos días. Estaba visiblemente determinado a captarse mi buena voluntad. Hizo cuanto pudo por serme agradable, y la verdad es que en aquellas circunstancias era un excelente compañero. Sabía, o aparentaba saber, las interioridades de cuanta tentativa o acontecimiento importante había habido en la política de Europa en diez años atrás; y sus relaciones abundaban en anécdotas nuevas y en lances singulares. El había peleado a las órdenes de Garibaldi durante toda la campaña italiana. El había conocido las prisiones sombrías, y escapado de la muerte varias veces por modos maravillosos. Yo no tenía razón para dudar de la verdad de sus narraciones, aunque el hombre en sí no me inspirase confianza. Por muy afable que hiciera ahora su sonrisa, por muy franca y natural que fuese su manera de reír, yo no podía olvidar la expresión que había visto una vez en aquel rostro, ni sus palabras y ademanes de otras ocasiones.

Cuidé de que Paulina asistiera siempre a nuestras entrevistas. Era el único deseo mío a que la pobre niña hubiese mostrado siquiera la muda tentación de resistir. Jamás hablaba delante de Macari; pero no separaba los ojos de su rostro mientras estaba cerca de él. Parecía como si aquel hombre ejerciera sobre ella una especie de fascinación. Cuando Macari entraba en el aposento, la oía yo suspirar; y respiraba libremente, como aliviada de una pesadumbre, cuando lo veía salir. Cada día la notaba yo más inquieta, y como menos venturosa. Me dolía el corazón por causarle aquel pesar; pero tenía decidido seguir por aquel camino a toda costa. La crisis de su vida estaba cerca.

Una noche, después de comer, estábamos Macari y yo, como de costumbre, gustando nuestro vino, y Paulina como siempre, con los ojos inquietos fijos en Macari, a tiempo que, a una distancia de Paulina, reclinada en un sofá, empezó mi huésped a referir una de sus aventuras militares. Contaba cómo, viéndose una vez en inminente peligro, roto y caído al costado su brazo derecho, no bastante fuerte el izquierdo para manejar el rifle con la bayoneta calada, sacó la bayoneta, y levantándola con la mano izquierda, la dejó caer sobre el corazón de su adversario. Y al describir el hecho, acompañaba las palabras con los gestos, y tomando un cuchillo de sobre la mesa, dió con él un golpe hacia abajo en el vacío como si tuviera frente a sí al adversario de que hablaba.

Óí a mi espalda un gemido profundo. Me volví, y vi a Paulina tendida en el sofá, con los ojos cerrados, y como desmayada. Corré a ella, la llevé en brazos hasta su alcoba, y la dejé en su cama. Eran como las nueve de la noche. Priscila había salido; de modo que volví de prisa al comedor, y me despedí de Macari rápidamente.

—Espero que no sea cosa de importancia, dijo.

—¡Oh, no! no más que un desfallecimiento. Los ademanes de usted deben haberle dado miedo.

Acudi en seguida a la cabecera de mi esposa, y comencé a aplicarle los remedios usuales; pero no volvía en sí. Blanca como una estatua yacía allí Paulina, sin que la vida se anunciasen en ella más que por su apagado aliento y sus débiles pulsaciones; allí yacía sin movimiento ni sentido, en tanto que yo le frotaba las manos, le humedecía las sienes, y por todos los medios trataba de volverla a la vida. Mi corazón no cesaba un momento de latir desordenadamente. Sentía que había llegado el instante, que la memoria de lo pasado volvía de súbito a ella, y que lo vivo y poderoso del sacudimiento postraba sus fuerzas. Apenas me atrevía a formularme en palabras mi loca esperanza; pero ¡oh, sí! yo esperaba que cuando Paulina volviese a abrir los ojos, brillaran con aquella luz que jamás me había sido dado ver en ellos, la luz de la razón restablecida. ¡Loca, atrevida idea! pero crecía en mí mi enamorada esperanza, tal como a la mañana crece la luz del sol sobre la tierra!

Y por eso no envié a buscar médico; pero eso a los po-

cos instantes cesó en mis propios esfuerzos por volverla al sentido; por eso resolví dejarla allí, como ella estaba, allí tendida, bella como una estatua e insensible, hasta que por si misma recobrase el conocimiento. Oprimí su muñeca con mi mano para no perder una sola de sus pulsaciones. Uni mi mejilla a la suya para oír mejor su respiración. Y así aguardé a que Paulina despertase, a que despertase ¡oh soberano júbilo! con su razón perfecta.

Y así estuve, allí tendida, por lo menos una hora. Tan largo tiempo estuve así, que comencé a temer, y a pensar que al fin me sería indispensable llamar a un médico. Cuando estaba ya resuelto a hacerlo, noté que su pulso latía con más vigor y rapidez; su aliento fué más franco y como si viviese de más hondo; se extendió por su faz la expresión de la vida que volvía, y esperé, reprimida la respiración, en solemne impaciencia.

Paulina entonces ¡mi esposa! recobró el sentido; se irguió en su cama y volvió el rostro hacia mí; y vi en sus ojos lo que, por la bondad de Dios, no volveré a ver en ellos jamás!

C A P I T U L O V I I I

M I S T E R I O !

Escribo este capítulo contra toda mi voluntad. Si esta historia pudiera quedar ligada y completa sin él, muy grato me hubiese sido pasar en silencio los sucesos que aquí se recuerdan. Todas mis aventuras, por extrañas que hayan parecido hasta aquí, pueden explicarse naturalmente; pero las que se cuentan en este capítulo, jamás, jamás serán explicadas a mi satisfacción.

Paulina se despertó: y cuando vi sus ojos, me estremecí como si un viento helado hubiese pasado por sobre mi cuerpo. No era locura lo que veía en ellos, ni era la razón. Estaban dilatados hasta los bordes mismos de sus órbitas, como si fueran a salirse de ellas; pero fijos, inmóviles, terribles, aunque yo sabía que no veían absolutamente nada, que aquellos nervios distendidos no llevaban al cerebro impresión alguna: ¡vanas habían sido, pues, todas mis esperanzas de que recobrase la razón al volver de aquel desmayo! ¡claro estaba ante mí que acababa de pasar a un estado de mayor desdicha que aquel de que anhelaba tanto verla libre!

Le hablé; la llamé por su nombre: "¡Paulina!" "¡esposa mía!" "¡Paulina mía!" pero no se fijaba en mis palabras. Parecía como si no me viese. Con los ojos extrañamente fijos miraba siempre en una misma dirección.

De pronto, se lanzó afuera de la cama, y antes de que pudiera yo interponerme para evitarlo, salió del aposento. Seguí tras ella. Ya iba bajando rápidamente las escaleras, y vi que se dirigía hacia la puerta de la calle. Ya tenía la mano en el pestillo; cuando la alcancé y volví a llamarla por su nombre, suplicándole, mandándole que se volviese. No parecía que mi voz hiciese impresión alguna en sus oídos. En su crítica condición, pues bien entendía yo que lo era, creí mejor no hacer uso de la fuerza, pensando que era más cuerdo dejarla libre para ir donde le plaguese, acompañándola por supuesto muy de cerca para libraria de peligro. De la sombrerera del corredor tomé apresuradamente mi sombrero y un amplio abrigo, y con este último cubri a Paulina sin interrumpir su marcha, y halle modo de echarle sobre la cabeza el capuchón. No me opuso resistencia; pero me dejó hacer, sin decirme una sola palabra, para demostrar que se daba cuenta de mis actos. Y, conmigo a su lado, siguió derechamente calle arriba.

Andaba a paso rápido y uniforme, como quien quiere llegar a un lugar fijo. No volvía la vista a su derecha ni a su izquierda, ni hacia arriba ni abajo. Ni una vez durante todo aquel paseo vi que la moviera: ni una vez siquiera la vi agitar un párpado. Aunque mi brazo iba tocando el suyo, estoy seguro de que no se daba cuenta de mi presencia.

Ya no hice más por impedir su marcha. No iba Paulina vagando como quien ignora a donde va: algo, no sé qué, la guía, o impelia sus pasos con determinado propósito: algo en su desordenado cerebro la movía a llegar a algún lugar con la mayor rapidez posible. Yo temía las consecuencias de oponerme a su designio misterioso. Aunque no fuera aquél más que un caso exagerado de sonambulismo, hubiera sido imprudente contenerla. Mejor era seguirla hasta que terminase aquel acceso.

Así salió Paulina de la calle Walpole, y sin vacilar un solo momento, torció a la derecha y siguió a lo largo del ancho camino por más de media milla, hasta que entrándose de pronto por otra calle traviesa, anduvo como hasta la mitad de ella, y se detuvo delante de una casa, una casa común

de tres pisos, semejante a las más de Londres, y muy poco distinta de la mía y de otras mil de la ciudad, salvo que, a la luz del farol de la acera, era fácil ver que parecía mal atendida y abandonada. Los cristales de las ventanas estaban empolvados, y en uno de ellos se leía el anuncio de que la casa, amueblada, estaba de alquiler.

Me maravillaba yo del singular arranque que había llevado a Paulina a aquella casa inhabitada. ¿Habría vivido allí alguien a quien la hubiese conocido en otro tiempo? A ser así, esto era tal vez señal de que algún recuerdo reavivado en su memoria la había inducido a dirigir sus pasos inconscientes a un lugar asociado con su antigua vida. En la mayor ansiedad y agitación aguardé a ver qué hacía Paulina.

Siguí derecho hacia la puerta, y puse en ella la mano, como si esperase que cediera a su impulso. Por la primera vez entonces pareció vacilar y confundirse.

—Paulina, Paulina mía, le dije, volvamos a casa. Ya es de noche, y demasiado tarde para ir hoy ahí. Mañana, si quieres, volveremos.

No me respondía. Allí se estaba delante de aquella puerta, empujándola para abrirla. La tomé del brazo, y traté con dulzura de hacerme seguir de ella. Me resistió con una fuerza pasiva que yo nunca creí que poseyese. Cualquier que fuese el intento vagamente concebido en el cerebro de mi pobre esposa, era claro para mí que solo podía satisfacérsele paseando aquella puerta.

Con toda mi voluntad quería yo complacerla. Habiendo adelantado yo tanto, temía retroceder. Sentía que el oponerme a sus deseos en aquella situación pudiera traer resultados fatales. Pero, ¿cómo vencer aquel obstáculo?

Ni un rayo de luz se distinguía en la parte alta de la casa ni en la baja. No había más que echar una ojeada sobre la casa para comprender que nadie la habitaba. El corredor cuyo nombre figuraba en el anuncio tenía su oficina a una milla de distancia, y aun cuando yo me aventurase a dejar sola a Paulina e ir en su busca, a aquella hora de la noche no lo hubiera encontrado de seguro.

Miraba yo contrariado alrededor mío, preguntándome si sería mejor llamar un carro y hacer entrar en él a mi pobre Paulina, o dejar que esperase frente a la puerta hasta que, reconociendo por sí misma la imposibilidad de entrar, se resignase, forzada por el cansancio, a volver a casa por su propia voluntad, cuando me asaltó una idea. Yo otra vez había yo abierto con mi llave de noche una puerta que no era la mía: ¿no se abriría también acaso con mi llave aquella otra puerta? Yo sabía que es costumbre frecuente, por conveniencia o por descuido, no cerrar las casas que están en alquiler sino con el pestillo. Era una idea absurda; pero nada perdía yo con probar. Saqué mi llave, que era igual a la que llevaba consigo en otra ocasión. Sin esperanza alguna de éxito la introduje en el ojo de la cerradura, y cuando sentí que el pestillo cedía y se abría aquella puerta, un estremecimiento de algo parecido al horror sacudió todo mi cuerpo: ¡aquello no podía ser una mera coincidencia!

Apenas vió el paso libre, Paulina, sin una sola palabra, sin el menor gesto de sorpresa, sin nada que demostrase que notaba más que antes mi presencia, se me adelantó y entró primero. La seguí, y cerrando tras de mí, me hallé dentro en absoluta oscuridad. Oí en frente de mí su paso rápido y ligero; la oí subir la escalera; oí que se abría una puerta; y entonces, sólo entonces, tuvo mi ánimo extraviado fuerza suficiente para hacer andar mi cuerpo; hielo derretido parecía mi sangre, se me encogían las carnes, el cabello se me erizaba, y, todavía en la oscuridad, atravesé el corredor y hallé sin trabajo la escalera.

¿Por qué no había de hallarla, aunque aquella fría sombra me envolviese? ¡Conocía yo bien el camino! ¡Ya una vez lo había andado antes en la oscuridad, y muchas veces además, había vuelto a andarlo en sueños! Como una súbita revelación, la verdad toda apareció ante mí. Me apresuré al ver que la llave giraba en la cerradura. Yo estaba en aquella misma casa en que había entrado extraviado una noche, hacía tres años. Cruzaba el mismo corredor, subía por la misma escalera, debía estar en el mismo aposento que había sido la escena de aquel tremendo e ignorado crimen. ¡Volvería a ver con la luz de mis ojos el mismo lugar donde ciego y desvalido estuve una noche a punto de ser víctima de mi imprudencia! Pero a Paulina, ¡qué la había traído allí?

¡Sí: como yo lo esperaba! ¡cómo yo lo tenía por seguro! La escalera es aquella misma; el dintel de la puerta está donde debía estar. Dijérase que volvían a suceder los acontecimientos de aquella espantosa noche, hasta en la tiniebla misma iguales. Por un momento me estuve preguntando si

los tres años últimos no habían sido el verdadero sueño; si no estaba yo ciego ahora; si era verdad que vivía en el mundo una esposa ligada a mí para toda la existencia. ¡Ea! los sueños a un lado!

¿Dónde estaba Paulina? Vuelto a mí mismo, sentí al punto la necesidad de tener luz. Saqué de mi bolsillo mi caja de fósforos, encendi uno, y a su claridad volví a entrar en el aposento donde una vez antes había entrado con poca esperanza de dejarlo vivo.

Mi primer pensamiento, mi mirada primera, fueron para Paulina. Allí estaba ella, de pie en medio de la habitación, oprimiéndose con ambas manos las sienes. Apenas había cambiado la expresión de su rostro y de sus ojos: era fácil ver que nada aún entendía. Pero sentía yo que algo luchaba dentro de ella por abrirse paso, y temía el momento en que tomara al fin sentido y forma. Temía por ella y por mí mismo: ¿qué espantosas escenas iban a serme reveladas?

El fósforo medio apagado me quemaba los dedos: encendi otro, y busqué modo de tener una luz constante; con gran alegría hallé sobre la repisa de la chimenea un candelero con una vela a medio usar; soplé el polvo espeso que cubría la cera derretida al borde del pabellón, y después de un tenaz chirroneo, la vela quedó al fin encendida.

En la misma actitud estaba Paulina todavía; pero me pareció que su respiración se aceleraba. Paseaba sus dedos abiertos convulsivamente por sobre sus sienes; mudábanlos de sitio en incesante movimiento; se echaba hacia atrás los cabellos copiosos; me parecía como que con aquellos dedos crispados y móviles luchaba por conjurar el pensamiento ausente a que volviese a su vacío santuario! Nada podía yo hacer más que esperar, y mirar mientras tanto alrededor de mí.

Estábamos en una habitación de buen tamaño, amueblada con solidez, aunque no a la moda, al estilo común de las casas de alquiler. El polvo, que cubría allí todo, decía a las claras que la habitación había estado desocupada por algún tiempo. Podía yo retroceder con la mente, y recordar aquella misma esquina en que los asesinos me tuvieron de pie mientras remataban su tarea: podía señalar el lugar mismo en que caí sobre el cuerpo que aún se estremecía; y a duras penas frené mis impulsos de ponerme a buscar por el suelo las huellas del crimen. Pero aun cuando la alfombra fuese todavía la misma, era de un rojo oscuro, y guardaba prudentemente su secreto. A un extremo del cuarto se veía una puerta corrediza, de detrás de la cual debieron exhalarse aquellos trágicos gemidos de angustia que no había dejado de oír jamás. Corri la puerta, y manteniendo en alto la vela, miré adentro. Aquella habitación era muy parecida a la otra; pero, como yo de antemano esperaba, había en ella un piano, el mismo piano tal vez cuyas notas se habían extinguido en aquel grito de horror.

¿Qué fué lo que se apoderó de mí? ¿Qué impulso guió mis actos? ¡No lo sabré acaso jamás! Puse la luz a un lado, entré en el cuarto, abrí el piano, y toqué unas cuantas notas. Los trágicos recuerdos de aquella escena fueron sin duda los que, sin pensar en ello ni darme cuenta de donde me venían, reuñieron bajo mi mano las notas con que empezaba el admirable trozo que había yo oido con ánimo suspenso de afuera de la puerta, maravillado de la dulzura y plenitud de la sentida voz que lo entonaba. Al mismo tiempo que tocaba aquellas notas miré por la puerta abierta a la impasible figura de Paulina.

Pareció que un temblor nervioso sacudía todo su cuerpo. Se volvió y vino hacia mí, con una expresión tal en su rostro que me hizo apartarme del piano, asombrado y medroso de lo que iba a suceder.

El abrigo con que la cubría al salir se había caído de sus hombros. Se sentó en la banqueta del piano, y pulsando las teclas con manos magistrales, tocó con admirable corrección y brio el preludio del canto de que acababa yo de recordar algunas notas sueltas.

Extraordinario era mi asombro. Nunca hasta entonces había mostrado Paulina el menor gusto por la música; antes, como he dicho, parecía la música irritaria que serle agradable: ¡y ahora estaba arrancando a las teclas sonidos que era absurdo esperar de aquel instrumento abandonado y fuera de tono!

Pero a los pocos compases cesó mi aturdimiento. Tan bien como si se me hubiese previsto sabía yo lo que iba a suceder, en parte al menos. Ya me había preparado, cuando llegase el instante en que la voz acompañaba al piano, a oír cantar a Paulina con aquella misma perfección con que tocaba, en aquel mismo tono deprimido con que cantaba en aquella fatal noche. Tan completamente preparado estaba yo

que, con el aliento suspendido, aguardé a que llegase el canto a la nota en que cesó la noche primera que me detuve a oírlo; tan completamente preparado, que, cuando con arranque indescriptible y súbito se irguió sobre sus pies Paulina, y exhaló otra vez aquel grito terrible, mis brazos estaban ya aguardando su cuerpo, y la llevé a un sofá cercano.

Para ella, como para mí, todos los acontecimientos de aquella tremenda noche estaban siendo allí reproducidos. El pasado perdido había vuelto a Paulina; había vuelto en el momento mismo en que se ausentó de ella.

Qué efectos pudiera producir la reacción, y qué bien o mal me vendrían de ella, no tenía yo tiempo entonces para ponérme a meditarlo. Paulina necesitaba todos mis cuidados. Tremenda faena fué aquella noche la mía: tenía que sujetarla a viva fuerza, que procurar por cuantos modos me eran posibles apaciguarla y sofocar sus gritos, tan altos ya que temí que los vecinos se alarmaran. Ella batallaba conmigo, y mientras luchaba por repelerme y volverse a poner en pie, tan claro como si leyese en sus pensamientos sabía yo que cuanto aquella noche hubiese sucedido lo tenía otra vez Paulina en aquellos momentos delante de los ojos. Otra vez volvía a tenerla sujetada una mano vigorosa, y sobre el mismo sofá acaso; otra vez se debilitaban sus fuerzas gradualmente, y fueron siendo más ahogados sus gritos. Sólo faltaba, para que el cuadro, en cuanto a ella, volviese a ser completo, que los gritos ya débiles se convirtiesen en aquél lugubrre gemido: ¡la única diferencia era que las manos puestas hoy sobre ella eran manos amorosas!

Espero que se crea todo lo que hasta aquí llevo escrito y todo lo que hasta la terminación de este capítulo he de narrar. No digo yo que tales sucesos y coincidencias ocurran todos los días. Si todos los días ocurriesen, no hubiera yo tenido que escribir esta historia. Pero si digo esto: todo, excepto una sola cosa, fué pedir probar que es cierto, por evidencia directa o circunstancial; todo puede ser explicado sencilla o científicamente; pero por la verdad de lo que aquí sigue, sólo puedo dar en prenda mi propia palabra. Llámesele como se quiera: sueño, alucinación, imaginación calenturienta; llámesele todo, menos invención, que sólo con esto me sentiría ya mortificado. Invención no fué. He aquí lo que sucedió:

Paulina al fin se aquietó. Ya al gemido lugubrre había sucedido el silencio. Una vez más pareció haber perdido todo conocimiento. Mi única idea entonces era sacarla cuan pronto pudiese de aquel lugar fatídico. Los planes y pensamientos más extraños corrían por mi cerebro desordenadamente. No había esperanza o miedo que allí no me acudiera. ¿Cuál sería la explicación de aquel suceso, si era que al fin podría obtenerla?

Quieta y en paz estaba mi pobre compañera. Pensé que haría bien en dejarla reposar algunos momentos antes de emprender la vuelta. Meditaba yo con miedo en las consecuencias que pudiera traer el despertarla; tomé su mano y la retuve en la mía.

En la repisa de la chimenea detrás de mí estaba la vela. Poco o ninguna luz alcanzaba de ella al aposento del frente, cuya puerta corrediza estaba sola en parte abierta, y cerrada la hoja que daba a los pies del sofá en que yacía Paulina. Era, por lo tanto, imposible para mí ver desde mi asiento el cuarto del frente. Más estaba sentado de manera que quedaba de espaldas a él:

Tenía ya hacia algunos segundos la mano de Paulina en la mía, cuando una singular e indefinible sensación se fué apoderando de mi cuerpo, aquella sensación misma que se experimenta algunas veces en un sueño en que aparecen dos personas, sin que pueda el que sueña estar seguro cuál de las dos es aquella en que él mismo habla y obra. Me pareció por algunos instantes que tenía yo una doble existencia. Aunque enteramente seguro de que ocupaba aún el mismo sitio, de que tenía aún en la mía la mano de Paulina, me veía también sentado en el piano, y mirando en cierto modo hacia el cuarto contiguo; y aquél cuarto estaba lleno de luz!

De una luz tan brillante que una sola mirada me bastó para abarcar todo lo que en el aposento había, todo: cada uno de los muebles, los cuadros que adornaban las paredes, las cortinas oscuras que cubrían la ventana del extremo opuesto de la habitación, el espejo sobre la chimenea, la mesa en el centro, sobre la que ardía una gran lámpara. Podía ver todo esto — y más! porque alrededor de la mesa había agrupados cuatro hombres, y los rostros de dos de ellos me eran bien conocidos!

Aquel que estaba frente a mí, apoyado en la mesa en que tenía puestas las manos, en cuyas facciones parecía pintarse la alarma y la sorpresa, cuyos ojos estaban fijos en un objeto

a pocos pies de él, aquel era Cenerí, el doctor italiano, el tutor y tío de Paulina.

Aquel otro que estaba cerca de la mesa, a la derecha de Cenerí, en la actitud de quien se prepara a resistir un ataque que espera, cuyo rostro amenazador enciende la ira, cuyos ojos negros arden, aquel otro es el italiano que había inglés, Macari, o como él se llama ahora, Antonio March, el hermano de Paulina. También él mira al mismo objeto que Cenerí.

Aquel hombre allá al fondo, bajo y rollizo, con una catriza en la mejilla, aquel me es desconocido. Está mirando por sobre el hombro de Cenerí en la misma dirección que los otros dos.

Y el objeto a que todos miran es un hombre joven, que parece estarce cayendo de la silla, y con su mano sujetá convulsivamente el mango de un puñal, cuya hoja tiene enterrada, yo lo sé, de un golpe dado de alto a bajo por uno que estaba en pie junto a él.

Todo esto lo vi en un segundo la actitud de cada uno, todo lo que los rodeaba, fué recogido en un instante por mis ojos, como de una sola mirada se abarcen los detalles de un cuadro, y su propósito. Dejé caer la mano de Paulina, y me puse en pie de un salto.

¿Dónde estaba el aposento iluminado? ¿Dónde estaban los los hombres que había visto? ¿Dónde aquella trágica escena que acababa de tener delante de mis ojos? ¡En aire se había todo convertido, aposento, hombres, escena! La vela ardía penosamente detrás de mí. El cuarto del frente estaba a oscuras. ¡Paulina y yo éramos las únicas criaturas vivas en aquel lugar!

Fué un sueño, por supuesto: tal vez, en tales circunstancias, no era un sueño enteramente extravagante. Sabiendo lo que ya yo sabía del crimen de que aquellos aposentos habían sido teatro, seguro de que en alguna manera Paulina había estado presente cuando se le cometió, excitado por cuanto había sucedido aquella noche — el extraño paseo de Paulina, su abrupta determinación de entonar al piano el canto mismo que aquella noche oí, aquel canto que tuvo el fin terrible — ¿quién ha de maravillarse de que imaginara yo una escena como ésta, y agrupando las únicas personas que sabía estaban de algún modo relacionadas con mi esposa, me las reproduciera en la exaltada fantasía con todos los colores y propiedades de la vida?

Pero, aún dando por cierto que se pueda tener el mismo sueño dos veces, tres veces tal vez, no hay memoria de que se repita un sueño a voluntad cuantas ocasiones se lo deseé. ¡Y esto era lo que me estaba sucediendo! Otra vez tomé en la mía la mano de Paulina, y otra vez, a los pocos momentos de espera, se apoderó de mi aquella peculiar sensación, y volví a ver la misma horrible escena. No una vez, ni dos veces, sino muchas, y siempre del mismo modo, me sucedió esto, hasta que, a pesar de mi frío escepticismo, que en esta clase de sucesos aún conservo, sólo me era posible creer que por algún recurso misterioso estaba yo asistiendo actualmente al espectáculo mismo que hirió los ojos de la pobre criatura, en el momento misericordioso en que la memoria voló de ella, y quedó su razón obscurada.

Yo no veía el espantable cuadro sino cuando estrechaba en la mía la mano de Paulina. Este hecho comprobaba mi opinión. Senti entonces, siento ahora, que mi teoría era verdadera. Dicir cuál fuese la peculiar organización mental o física que pudiera producir semejante efecto, me sería imposible. Llámesele clarividencia, catalepsia, como se quiera llamar; pero fué como lo digo! Una vez y otra tomé en la mía la mano de Paulina, y mientras nuestras manos estaban en contacto, en todos sus detalles veían mis ojos aquella escena en el aposento iluminado.

Como las inmóviles figuras de un cuadro plástico, una y otra vez, sin que cambiasean de actitud ni de expresión, vi a Cenerí, a Macari, y al hombre que del fondo del aposento miraba a la víctima. Estudiaba yo tenazmente el rostro de ésta; aún en las ansias supremas de la agonía, aquel hombre era extraordinariamente hermoso. Debió haber sido aquél un rostro mirado muchas veces con amor por las mujeres, y aún en la hora misma de aquella visión lugubrre, pense con amargura en la clase de relaciones que hubieran podido unirlo a la mujer del canto bello que perdió la memoria al verlo herido!

¿Quién lo había herido? Fué sin duda Macari, quien, como dije, estaba en pie más cerca de él, en la actitud del que espera un ataque. Su mano podía haber abandonado en aquel mismo momento el mango del puñal. Con tan fiero impulso había entrado la hoja en el corazón que la muerte y el golpe fueron simultáneos. Eso fué lo que Paulina vió, lo que al vez estaba viendo en aquel momento mismo, lo que por algún

poder extraño me hacia ver a mí como cuando se enseña una pintura!

Siempre desde aquella noche me he asombrado de cómo tuve la presencia de espíritu necesaria para permanecer allí sentado, evocando una vez sobre la otra, con la ayuda de aquella pobre mujer insensible, la escena tremenda. Debí sin duda sostenerme el ardentísimo deseo de sondar por fin los misterios de aquella otra noche remota, de conocer con la mayor exactitud los detalles todos del acontecimiento que había nublado el juicio de mi esposa: el deseo ardiente, la indignación que sentí ante aquel cobarde asesinato, y la esperanza de hacer caer sobre los malvados el castigo de la justicia, me dieron fuerzas para evocar tan repetidas veces con mi voluntad el cuadro odioso, hasta satisfacerme de que sabía cuánto la muda revelación podía enseñarme, hasta que el corazón me reprendía por haber dejado a la pobre Paulina tanto tiempo en aquel estado de inconsciencia.

La cubri cuidadosamente con su abrigo, y alzándola en mis brazos, bajé con ella la escalera y crucé la puerta de la calle. No era muy tarde todavía: una buena persona que pasaba me ayudó a llamar un carro, y al poco tiempo entrábamos en casa, y dejaba yo a Paulina sobre su cama, aún insensible.

Cualquiera que hubiese sido el singular poder que permitió a Paulina comunicarme sus propios pensamientos, cesó tan pronto como salimos de aquella casa fatal. En vano, entonces y después, estrechaba yo su mano en la mía: ya no volvían a mí la aparición, la alucinación, el sueño.

Y ésta es aquella única cosa que no podía yo explicar, el misterio aquél a que aludi cuando empecé a narrar mi historia. He contado lo que sucedió: si mi palabra no basta para inspirar confianza, tengo que resignarme en este punto a no ser creido.

C A P I T U L O I X

VII. MENTIRA

Dejé a mi infeliz mujer en las manos maternales de Priscila, y traje conmigo al mejor médico que me vino a la memoria, quien comenzó al instante a procurar volverla al sentido. Mucho tiempo pasó antes de que diera señal alguna de recobrar el conocimiento, pero despertó al fin. ¿Debo decir que fui aquél para mí un instante supremo?

No necesito contar los pormenores de aquella vuelta a la vida. No fui, después de todo, sino un restablecimiento incompleto, que me inspiró nuevos temores. Cuando asomó la mañana hallé a Paulina divagando con lo que en mi congoja robaba al cielo no fuese más que el delirio de la fiebre.

El médico me dijo que su estado era sumamente grave. Había esperanza de que viviese; pero no certidumbre.

En aquellos largos días de ansiedad incomparable, vine a saber de veras cuán profundo era mi cariño a Paulina. ¡No volviera en buena hora al juicio, si así al menos podían devolvérme la vida!

Saetas para mi corazón eran las desordenadas palabras de su fiebre. Llamaba a alguien, unas veces en inglés, otras en dulcísimo italiano; rompía en exclamaciones de pesar y amor profundo; se escapaban de sus labios muy tiernas caricias. Y a esto sucedían gritos de dolor, y parecía como si la estremeciesen temblores de espanto.

Para mí, ni una sola palabra; para mí, ni una mirada de reconocimiento. Yo, que hubiese dado cuanto ilumina y cubre el Universo por oírme una vez decir mi nombre en su delirio con amor, yo era a su cabecera un simple extraño.

¿Por quién, por qué lloraba tan amargamente? ¿A quién llamaba con aquellas palabras cariñosas? ¿Quién era el hombre a quien ella y yo habíamos visto herido? Pronto lo supe jay de mí; y si el que me lo dijo ni mintió, el golpe ha sido tal, que de él no me recobraré yo nunca.

De Macari fui el golpe. Vino a verme el día después de que Paulina y yo habíamos ido a aquella casa. No quise verlo entonces aún no tenía mi plan formado: en aquel momento no pensaba más que en el peligro de mi esposa. Pero dos días más tarde, cuando volví, ordené que lo recibieran.

Me estremecí al cambiar con él un apretón de manos que no osaba aún negarle, aunque en mi mente tenía yo por seguro que aquella mano que estrechaba la mía era una mano de asesino: tal vez era la misma que aquella noche me asió por la garganta. Pero, con lo que yo sabía, dudaba aún que me fuese dable hacer caer sobre él a la justicia.

A menos que Paulina no curase, la prueba que podía yo aducir no era de peso alguno. Hasta el nombre de la víctima ignoraba para establecer la acusación era necesario hallar

el identificar sus restos: inútil era pensar en el castigo del asesino, cuando ya habían pasado tres años desde el crimen.

Además, ¿no era hermano de Paulina?

Hermano o no, yo le arrancaría la máscara; yo le haría saber que su crimen no era ya un secreto, que un extraño conocía todos los detalles; y le diría esto siquiera, en la esperanza de que su existencia futura estuviese agobiada con el miedo de un justo castigo.

El nombre de la calle a que Paulina me llevó me era conocido: me fijé en él al salir de ella aquella misma noche, y entendi al instante la causa de la equivocación del guía ebrio. A la calle Walpole le dije que me llevase y recordando sin duda en su inseguro pensamiento a Horacio Walpole, me dejó en la calle Horacio: ¡de qué detalle nimbo depende a veces la suerte de la vida entera!

Macari tría ya noticia de la enfermedad y el delirio de Paulina. En verdad que el mejor de los hermanos no habría mostrado más interés que el que él mostró por ella. Mis respuestas fueron preves y frías. Hermano o no, de él había sido la culpa de todo.

De pronto cambió de conversación.

—Me apena mucho tener que molestarle ahora con asuntos míos; pero quisiera saber si usted desea por fin unirse a mí en la petición a Víctor Manuel de que le habló.

No: antes necesito que me sean explicadas varias cosas. Se inclinó cortésamente; pero vi que sus labios se contrajeron.

—Estoy a sus órdenes, me dijo.

—Ante todo, debo cerciorarme de que es usted hermano de mi esposa.

Alzó sus espesas cejas y trató de sonreir.

—No hay cosa más fácil. Si Ceneri hubiera estado con nosotros, él lo atestiguaría.

—Pero lo que él me dijo fué muy distinto de lo que me dice usted.

—¡Oh! él tenía sus razones. No importa; yo puedo presentar de eso multitud de testigos.

—Además, añadi, mirándole cara a cara y dejando caer mis palabras lentamente, necesito saber por qué asesinó usted a un hombre hace tres años en una casa de la calle Horacio.

Fuese cualquiera la impresión del hombre, rabia o miedo, lo que en su rostro se leyó fué un absoluto asombro. No, bien lo sabía yo, la sorpresa de la inocencia, sino de que su crimen fuera conocido. Tuvo por un momento desencajada la mejilla, y me miraba, caída la boca, en atónito silencio; más pronto recobró su dominio.

—¿Está usted loco, Mr. Vaughan? — exclamó.

—El dia 20 de agosto de 186- en el N.º de la calle Horacio, dió una puñalada aquí, en el corazón, a un joven que estaba sentado junto a la mesa. El Doctor Ceneri estaba en el cuarto en aquel momento, y otro combre con una catadri en la cara.

No intentó evadir el cargo. De un salto se puso en pie, convulso de ira. Me asió el brazo. Pensé por un momento que iba a acometerme; pero pronto vi que sólo quería ver de cerca mi cara. No me opuse a su examen. No creía posible que me reconociese: ¡tan pronto cambia la luz el rostro de los hombres!

Pero me conoció. Dejó caer mi brazo y golpeó con el pie el suelo.

—¡Imbéciles! ¡Idiotas!, dijo, encogiéndose los labios en ademán de desprecio: ¿por qué no me dejaron hacer bien las cosas?

A pasos agitados anduve de un lado a otro por el apuesto, hasta que, ya compuestas las facciones, se paró frenético a mí.

—Es usted un gran actor, Mr. Vaughan, me dijo, con frialdad y cinismo aterradores. Hasta a mí mismo me engañó usted, y a mí no se me engaña fácilmente.

—Pero ni siquiera niega usted su crimen, malvado?

Se encogió de hombros.

—A qué lo he de negar a un testigo de vista? A otros bien me cuidaré yo de negarlo. Además, como usted está interesado en el asunto, no hay razón para que yo se lo negue.

—¡Qué estoy yo interesado!

—Ciertamente, puesto que usted se ha casado con mi hermana. Y ahora, mi buen amigo, mi alegre novio, mi querido cuñado, le diré a usted por qué maté a aquel hombre, y qué significaban aquellas palabras con que me despedí de usted en Génova.

Me espantaba, por lo que iba a suceder, aquel tono de burla fría y amarga. Apenas podía contener mis manos, que se iban al cuello de aquel hombre.

—Pues aquel, cuyo nombre callaré a usted por obvias razones, era el amante de Paulina.

—¡Ay! pero, ni siquiera dijo "¡amante!": preguntad, preguntad lo que significa *drudo* en italiano, y entonces sabréis lo que me dijiste.

—Por la familia de nuestra madre, siguió diciendo el villano, tenemos en las venas sangre noble, sangre que no sufre insultos. Digo que aquel era el amante de Paulina, de la mujer de usted. Se negó a casarse con ella, y Ceneri y yo lo matamos, lo matamos en Londres, a los mismos ojos de ella. Ya le dije a usted otra vez, Mr. Vaughan, que era bueno casarse con mujer que no podía recordar lo pasado.

—¿Qué le había yo de contestar? Revelación tan odiosa excusaba comentario. Me levanté y me fui sobre él. Bien leyó mis intentos en mi cara.

No: aquí no, dijo apresuradamente, apartándose de mí: ¿a qué viene que emprendamos aquí una riña vulgar dos caballeros? No: fuera de Inglaterra, en donde usted quiera, búsqueme, y allí le enseñaré cómo le odio.

—Decía bien el sereno villano! ¿A qué emprender allí una riña vulgar, en la que apenas podía esperar acabar con él, con Paulina a las puertas, acaso en aquel instante moribunda?

—¡Vete, exclamé, asesino y cobarde! Cada una de las palabras que me has dicho ha sido una vil mentira, y como me odias tanto, las que me has dicho hoy son las más viles. ¡Vete! ¡salváte de la horca con la fuga!

Salió del aposento echándose una mirada de maligno triunfo: más puro me pareció el aire del cuarto cuando aquel hombre cesó de respirarlo.

Y me fui entonces a la alcoba de Paulina, y sentado a su cabecera oí sus labios secos vibrando siempre y siempre con el nombre italiano o inglés de uno a quien ella amaba, y les oí suplicar, les oí prevenir; y yo sabía que aquellas cariñosas y desordenadas palabras iban a aquel a quien Macari decía que había dado muerte porque era el amante de su hermana, de mi esposa!

—Mentía aquel villano! Yo sabía que mentía. Una y otra vez me dije a mí mismo que aquella era una infame, traidora calumnia, que Paulina era pura como un ángel. Pero yo sabía que, mentira como era, hasta que no pudiese probar que lo era, me comería como una llaga el corazón: conmigo estaría siempre; en la mente me crecería sin reposo, hasta que llegase a tenerla por verdad; ni un instante de paz me dejaría, hasta llevarme a maldecir la hora en que Kenyon me hizo entrar en aquella vieja iglesia para ver "el momento más hermoso".

—¿Cómo probaría yo la calumnia? Sólo había dos personas en el mundo que conociesen la historia de Paulina: Ceneri y Teresa. Teresa había desaparecido; Ceneri estaba en las minas de Siberia o en alguna otra tumba animada. Ya empecé a sentir los primeros retortijos envenenados de la calumnia de Macari, al revolver en la mente otra vez las misteriosas palabras de la vieja italiana. "Ni para querer ni para casarse está Paulina": ¿tendría aquella advertencia algún otro sentido, un sentido deshonroso? Y se acumulaban agigantadas en la memoria las circunstancias extrañas de nuestro matrimonio, la prisa de Ceneri en casar a su sobrina, su deseo de verse libre de ella. ¡Acabarían aquellos pensamientos por volverme loco!

No pude estar sentado por más tiempo al lado de Paulina. Sali al aire libre, y anduve de un lado a otro sin objeto, hasta que hubo en mí dos ideas fijas: una era, la de consultar al mejor alienista de Londres sobre las esperanzas de cura que pudiera haber para Paulina; otra, ir a la calle Horacio, y examinar a la luz del día, de los quicios a las chimeneas, toda la casa. Fui primero a ver al médico.

Todo le dije, todo, salvo la vil mentira de Macari. No veía modo de explicarle el caso sin narrárselo íntegro: pronto vi que había despertado en él vivo interés: ya él había visto a Paulina, y conocía exactamente su estado anterior. Me parece que creyó, como otros muchos creerán, todo cuanto le dije, salvo aquella visión inexplicable; pero aun de ella no se burló, habituado como estaba a las más osadas fantasías y alucinaciones. Era natural que lo atribuyese a esta causa, y a ella lo atribuyó: ¿qué consuelo o esperanza podía darme?

—Ya he dicho a Ud., Mr. Vaughan, que no es cosa completamente nueva el perder la memoria de lo pasado por un largo tiempo, y recobrarla luego en el punto mismo en que se la perdió. Yo veré a su esposa, por lo que Ud. me dice, sufre ahora de un ataque de fiebre cerebral, y no necesita todavía de especialista. Cuando la fiebre haya cesado iré a verla. Espero que salga de la fiebre enteramente curada; pero su vida comenzará de nuevo en la hora misma en que se trastornó su mente. Ud. mismo, que es su marido, le parecerá tal vez una persona extraña.

No; el caso no es enteramente nuevo; pero las circunstancias lo son.

No bien dejé al médico, fui a ver al corredor encargado de alquilar la casa de la calle Horacio, cuyas llaves me dió, con algunas noticias que de la casa le pedí. Vine así a saber que en la época del asesinato había sido la casa alquilada con muebles por unas cuantas semanas a un caballero italiano cuyo nombre no recordaba el corredor, por haber pagado adelantada la renta, lo que ahorraba mayores informes. La casa había estado después vacía por mucho tiempo, no por ninguna razón especial, sino porque el dueño se empeñaba en alquilarla en cierta suma, que la mayor parte de las que la veían consideraban excesiva.

Di mi nombre y mis señas, y me llevé las llaves. Todo el resto de aquella tarde lo empleé registrando cuanta hendija y rincón había en la casa, sin que el menor descubrimiento recompensase mis pesquisas. No había allí, a mi ver, lugar alguno donde hubiesen podido ocultar el cuerpo de la víctima: tampoco había jardín en que hubiesen podido enterrarlo. Me volvía a casa, a pensar en mi pena, mientras que la mentira de Macari se abría camino en mi corazón.

Y día tras día fué en él labrando, mordiendo, royendo, agujoneando, hasta que me dijeron por fin que la crisis había terminado, que Paulina estaba fuera de peligro, que ya había vuelto a su ser.

—Pero a qué ser? ¿El ser que yo había conocido, o el que tenía antes de aquella noche? Con agitado corazón me acerqué a su cabecera. Débil, extenuada, sin fuerzas para moverse ni para hablar, abrió los ojos y me miró. Era una mirada de asombro, de desconocimiento; pero una mirada en que brillaba ¡la razón! No me conocía. Sucedía lo que el médico había previsto. Como a un extraño me vieron sin duda aquellos hermosos ojos que se abrieron un instante, se fijaron en mí, y como fatigados se volvieron a cerrar. Las lágrimas corrían por mis mejillas cuando salí de aquella alcoba, y había en mi corazón extraña mezcla de pena y alegría, de esperanza y de miedo que, impotentes, renuncian las palabras a expresar.

Y de su escondite, en el fondo de mi alma, salió afuera la tremenda mentira de Macari, y como si tuviese una mano de hierro me asió por la garganta, me ciñó el cuerpo, batalló conmigo: "¡Soy verdad!", gritaba: bien puedes echarme a un lado; seré siempre verdad. De villano eran los labios que me dijeron; pero una vez al menos el villano ha dicho la verdad. Pues a no ser por eso ¿a qué el crimen? Los hombres no asesinan por razones ligeras." Así me hablaba desplazadamente, prendida de toda mi alma, la mentira! Así me invadía, me vencía, me echaba a tierra sofocado y angustiado, con la duda horrible de que pudiera ser cierta, en la hora misma, por mí tan anhelada y pedía al cielo, en que la plenitud de la razón era devuelta a la mujer amada!

—Somos todavía como dos extraños, me dije: ella no me conoce. ¡O pruebo yo que esa historia de Macari es una calumnia, o seremos extraños para siempre!

—¿Cómo podía yo probarlo? ¿Cómo podía hablar de esto a Paulina? Aun cuando le hablase ¿cómo podía esperar que me respondiera? Y si me respondía ¿me satisfarían acaso sus explicaciones? ¡Oh, si pudiese yo ver a Ceneri! Villano podría ser, pero yo presentía que no era tan sonsumido villano como Macari.

Pensando en esto, di en una resolución desesperada. Suelen los hombres hacer cosas desesperadas y extrañas cuando les va en ellas la vida. Más que la vida me iba a mí: iba el honor, la felicidad, ¡cuánto puede ser caro a dos criaturas!

—Si, lo haría! Locura podría parecer; pero yo iría a Siberia: y si el dinero, la perseverancia, el favor a la astucia podían ponerme al fin cara a cara con Ceneri, de sus labios arrancaría yo la verdad toda!

CAPITULO X

En busca de la verdad

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—ATRAVESAR toda Europa, atravesar casi toda Asia por obtener una entrevista de una hora con un preso político ruso! Plan singular; pero yo estaba decidido a llevarlo a cabo: y mientras con más método lo dispusiese, más probabilidades tenía de éxito. No me lanzaría desatadamente hasta el fin de mi viaje, para hallar en él, por falta de las necesarias precauciones, que la estupidez o suspicacia de algún alcalde de poca cuenta me impidiese ver al hombre a quien buscaba: iría provisto de tales credenciales que no hubiera ocasión de duda ni disputa. Dinero, que no es cosa de poca monta, lo llevaba yo

en abundancia, y la voluntad de no escasearlo; pero algo más me era preciso, y él procurármelo debía de ser mi primera tarea. Holgadamente podía obtener lo que deseaba, pues días habían de pasar antes de que pudiera dejar sola a Paulina: sólo cuando ella estuviese fuera del más leve peligro podía yo emprender viaje.

Empleé, pues, los lentes días en que mi pobre enferma iba recobrando a pasos muy perezosos las fuerzas, en buscar entre mis amigos en las altas regiones del estado uno cuya posición fuese tal que pudiera, con esperanzas de inmediato éxito, solicitar un favor de otro aún más alto que él. Me sirvió mi amigo con tal eficacia que obtuve una carta de introducción para el embajador inglés en San Petersburgo, y a más, la copia de otra que le había sido enviada con instrucciones en favor mío. Llevaban ambas cartas una firma que me garantizaba la más amplia ayuda. Con ellas, y con una carta de crédito por una buena suma sobre un banco de San Petersburgo, ya estaba pronto para ponermee en camino.

Antes de mi partida, debía disponer las cosas de manera que no corriesen riesgo la seguridad ni el bienestar de Paulina, lo cual ofrecía tan grandes dificultades que estuve a punto de abandonar, o posponer al menos, mi viaje. Pero yo sabía que si no llevaba a cabo mi plan como lo había imaginado, la calumnia de Macari se erguiría siempre entre mi esposa y mis brazos. ¡Mejor era irme entonces, cuando todavía éramos como dos extraños! ¡mejor era, si llegaba Ceneri a confirmar con sus palabras o con su silencio la vergonzosa historia, que no volviésemos a vernos jamás!

Paulina quedaría en buenas manos: la fiel Priscila me la cuidaría amorosamente. Priscila, que ya sabía cómo su nueva enferma había vuelto a la vez a la memoria de lo pasado y al olvido de lo más reciente. Ella sabía por qué, días sobre días no había yo entrado siquiera en la alcoba de Paulina; por qué en su actual estado, no la consideraba yo más ligada a mí que cuando por primera vez la vi en la iglesia. Ella sabía que algún misterio impedía aún mis relaciones más íntimas con mi esposa, y que para aclararlo iba a emprender mi largo viaje. Con esto se satisfizo Priscila, y no me preguntó más de lo que me pareció bien decirle.

Todo lo dejé dispuesto minuciosamente. Apenas se sintiera Paulina con suficientes fuerzas, Priscila iría con ella a un lugar de la costa. Todo había de hacerse para su bienestar, y conforme a sus deseos. Si indagaba sobre su actual condición, le diría Priscila que un pariente cercano, que andaba viajando, la había dejado encargada de ella hasta su vuelta; pero a menos que no recordara por si misma los sucesos de los últimos meses, nada se le había de decir sobre su condición de esposa mía. En verdad, hasta dudaba yo de que ella fuese en ley mi esposa, de que, si lo deseaba, no pudiera anular nuestro matrimonio, alegando que lo contrajó cuando no era dueña de su juicio. Al volver yo de mi expedición, si recobraba en ella, como con toda fe creía, la salud de mi alma, todo habría de comenzar de nuevo como si entre Paulina y yo nadie hubiese aún sucedido. ¡Sería el nacer del alba, y el asomar de los primeros capullos de la primavera!

Yo sabía de seguro que desde la desaparición de la fiebre nada había dicho Paulina del horroso suceso que nubló su razón tres años antes; y me asaltaba el miedo de que, cuando se sintiese restablecida, intentaba remover aquellos hechos. ¿Qué podía haber logrado? Macari había salido de Inglaterra el día después de la entrevista en que le acusé del crimen. Ceneri estaba fuera de su alcance. Esperaba yo que se lograría tener en calma a Paulina hasta mi vuelta, y aleccioné a Priscila para que, si mi mujer le hablaba de un gran crimen cometido por personas a quienes conocía, le dijese que se estaba buscando a los culpables, y haciendo todo esfuerzo porque les diera su merecido la justicia: confiaba yo en que, con su usual docilidad, se contentase con estos informes.

Priscila me escribiría constantemente, a San Petersburgo, a Moscow, a todos los lugares en que debía yo detenerme, al ir y volver. Le dejé los sobres ya escritos: de San Petersburgo le enviaría las fechas en que debía ir dirigiéndome sucesivamente sus cartas. Esto era todo lo que podía yo prever.

Todo, excepto una cosa. Mañana por la mañana debó partitir; ya mi pasaporte estaba firmado, mis baules cerrados, todo pronto. Pero un instante, un instante al menos, necesito verla antes de recogerme esta noche a mi triste sueno—verla acaso por última vez! Estaba dormida profundamente: me lo dijo Priscila. ¡Una vez más debía yo ver aún aquel hermoso rostro, para llevar conmigo su perfecta imagen en aquella jornada de miles de millas!

Y entré en su alcoba. De pie a la cabecera de su cama, contemplaba yo con los ojos llenos de lágrimas a la que era

mi esposa, y no lo era. Me juzgaba como un criminal, como un profanador; tan poco derecho creía tener a penetrar en aquella alcoba. En la almohada descansaba su puro rostro pálido, el rostro para mí más bello de cuantos la tierra habla criado. Su aliento regular y tranquilo agitaba su seno suavemente. Bella y blanca lucía, como una criatura de los cielos; y juré, contemplándola, que palabra alguna de hombre me haría dudar de su inocencia. Pero iría, sin embargo, a Siberia.

Mundos hubiera yo dado por tener el derecho de poner mis labios en los tuyos, de despertarla con un beso, de ver alzar aquellas luengas y negras pestañas, y fijarse en mis ojos animados de amor! Y no siendo aún para ella más que lo que era, casi sin voluntad mis labios se fueron inclinando hacia su rostro, y la besé en la sien muy suavemente, allí donde comienza a crecer fino y rico el cabello. Se estremeció en un sueño, palpitaron sus párpados, y, como un malvado a quien sorprenden al empezar a cometer un crimen, hui.

A centenares de millas estaba yo al día siguiente, más sereno ya el juicio. Si al alcanzar, si lo alcanzaba al fin, a Ceneri, me cercioraba yo de que Macari no había mentido, de que me habían burlado, engañado, empleado como un instrumento, tendría al menos la triste satisfacción de la venganza. Sacaría mis ojos en la desdicha del hombre que me había engañado, y usado para sus propios fines. Le vería arrastrando su vida miserable en la degradación y en las cadenas. Le vería esclavo, azotado y maltratado. No tuviera yo más recompensa que ésta, y daría por bien hecho mi viaje. Rudos, como se ve, eran mis pensamientos; pero si se recuerdan mis ansias y espantos, y el doloroso miedo con que emprendía mi camino, quién extrañará esta ira de la mente en una humilde criatura humana?

¡En San Petersburgo por fin! La carta que traigo, y la que me había precedido, me abren las puertas del embajador inglés. No se mofa de mi súplica, sino que la oye atentamente. Se me dice que nunca ha habido caso igual; pero no oigo la palabra "imposible!" Hay dificultades, grandes, dificultades; pero con mi asunto es puramente doméstico, sin ápice de política en él, y como van mis cartas realizadas por la mágica firma de aquél a quien el noble embajador anhela complacer, no se me dice que sean insuperables los obstáculos. Tendré que esperar días, semanas tal vez; pero puedo estar cierto de que cuanto se pueda hacer, se hará. Dicen los diarios que no están ahora en muy cabal amistad los dos gobiernos; y esto se suele conocer en que el de Rusia niega demandas mucho más sencillas que la mía. Pero se verá, se verá... Mientras tanto: ¿quién es el preso, y dónde está?

¡Ah! eso no lo puedo decir. Sólo lo conozco por el Doctor Ceneri, italiano, apóstol de la libertad, conspirador, patriota. Torpeza hubiera sido de mí suponer que había sido procesado y condenado bajo aquel mismo nombre, que yo creía ficticio.

El embajador estaba seguro de que en los últimos meses no se había sentenciado a ningún Doctor Ceneri. Pero eso importaba poco. Una vez otorgado el permiso, la policía rusa identificaría al preso con los datos que yo tenía de él. Buenos días, pues: muy pronto recibiría yo noticias de la embajada.

—Una advertencia, Mr. Vaughan, me dijo el embajador. No está Ud. en Inglaterra: recuerde que una palabra imprudente, una simple mirada, la más sencilla observación al caballero que se sienta a su lado en la mesa pueden frustrar sus planes. Acá se gobierna de otro modo.

Agradecí el consejo, aunque en verdad no me era necesario: más pecaría un inglés por silencioso que por comunicativo. Me volví a mi hotel; procuré distraer el tiempo en los primeros días de espera como mejor me fué dable. No carecía, por cierto, San Petersburgo de entretenimientos: precisamente era ciudad que había yo deseado siempre ver: todo en ella me era nuevo y extraño, y sus costumbres son dignas de estudio, mas nada podía sacarme de mis pensamientos. Todo lo que yo apetecía era salir en busca de Ceneri.

El que insiste, enoja. Sabía yo que el embajador haría cuanto le fuese posible en mi servicio, y esperé pacientemente, hasta que una esquela suya me llamó a la Embajada. Me recibió con bondad.

—Todo está arreglado, me dijo. Irá Ud. a Siberia provisto de una autoridad que el alcalde o militar más ignorante obedecerán sin réplica. Por supuesto, he asegurado bajo mi propia palabra que de ningún modo ayudará Ud. a la evasión del preso, y que su misión es enteramente privada.

Le di gracias, y le pedí instrucciones.

—Ante todo, debo llevar a Ud. a un palacio. El Czar desea conocer al inglés excéntrico que acomete tan largo viaje para hacer unas cuantas preguntas.

(Continuará)

HE AQUI
ALGUNAS
DE
LAS COSAS
QUE



LE PROBARA UNA DEMOSTRACION

Todos los refrigeradores Frigidaire son acabados, interior y exteriormente, de porcelana sobre acero. Frigidaire es de gran belleza, brillo permanente y de fácil limpieza.

Frigidaire hace cubitos de hielo con rapidez y cuando usted hace uso del "Control de Frio" la temperatura baja inmediatamente. Usted verá cómo es posible obtener temperaturas hasta de 17° C. bajo cero, en cualquier momento que lo deseé.

Para producir temperaturas tan bajas como ésta es necesario disponer de gran capacidad de refrigeración, y Frigidaire con su mecanismo extra-poderoso, dispone de capacidad de reserva en abundancia para producir temperaturas extremadamente bajas aún en los días más calurosos. Recuerde que esta poderosa unidad mecánica suministra también las temperaturas que usted desea en el compartimiento para los alimentos... que la misma se encuentra oculta en la base del refrigerador y que funcionará siempre silenciosamente y con la mayor eficiencia.

Analice también las conveniencias que ofrece el Hydrator — un compartimiento especial que recupera el sabor y jugosidad a los vegetales, conservándolos deliciosamente frescos.

Fijese luego en la gaveta especial "Hielofácil". Todo Frigidaire se encuentra ahora equipado con este nuevo tipo de gaveta. Es flexible, de una sola pieza y hace posible remover uno o más cubitos de hielo fácil y rápidamente.

El periodo de funcionamiento de la unidad mecánica es sumamente corto y esto puede usted probarlo con reloj en mano. Este es uno de los motivos porque Frigidaire es tan económico.

Recuerde también que Frigidaire puede adquirirse muy fácilmente. Tan sólo un pequeño pago al contado pondrá a Frigidaire en su hogar — el saldo puede pagarse en convenientes cuotas mensuales. ¿Por qué no hacernos una visita hoy mismo y ver una demostración de Frigidaire?

CARR, HAYNES Y CIA.

AGUSTINAS, 1080

SANTIAGO

FRIGIDAIRE

PARA SATISFACCION PERMANENTE

CINZANO

VERMOUTH

